
CATHERINE
BROOK
LA CUARTA ESPOSA DEL BARÓN

La Cuarta esposa del barón
Catherine Brook

Capítulo 1

Londres, 1833

Había tres cosas que lady Rosemary Astor amaba: el arte, el té con azúcar y las bodas. Esta última, en particular, le gustaba más que todo lo anterior, porque leer novelas de amor era su pasatiempo favorito, y los matrimonios solían ser el final ideal para todas las historias.

Por supuesto, era consciente de que no todas las uniones se realizaban por amor (quizás ni siquiera la mitad de estos), pero siempre era bonito pensar que sí, y, en esa boda en particular, la pareja parecía tenerse bastante cariño, así que Rosemary observaba y sentía su felicidad como si fuera la propia.

Mientras miraba cómo los novios abrían el vals que daba inicio a la velada, no pudo evitar fantasear con su propia boda. Rosemary tenía muy claro cómo deseaba que fuese su futuro esposo: amable, de trato agradable, que la hiciera reír, no mucho mayor que ella y, si no era demasiado pedir, agradable a la vista. Sabía bien que encontrar todas esas cualidades en un solo hombre era una misión complicada, pero Rosemary no tenía prisas. Apenas era su segunda temporada, su familia no la presionaba y tenía varios pretendientes que le despertaban mariposas en el estómago, solo debía elegir con cuidado con quién pasaría el resto de su vida.

A medida que la música avanzaba, varias parejas se sumaron al baile. Con el pie, empezó a dar golpecitos al ritmo de la música, mientras su mirada buscaba ansiosamente a alguien particular.

—¿Es pedir demasiado a la suerte que tenga libre esta pieza, milady? —dijo una voz masculina a sus espaldas.

Ella sonrió y se mordió el labio, pero moderó su expresión antes de girarse.

—Es usted un hombre afortunado. Sí, la tengo libre.

Porque así lo había querido. Rosemary había sido muy cuidadosa para mantener ese baile libre. Por norma, una dama no debía rechazar a un caballero que le pidiera uno y después acertarle

la misma pieza a otro, así que se estuvo escondiendo de sus pretendientes hasta que este dio inicio.

—¿Me concede el honor?

El señor Capell extendió la mano y ella la aceptó con discreta emoción.

De todos los caballeros que aspiraban su mano, el señor Capell era quien más le gustaba. Tenía todo lo que esperaba de un esposo, y aunque no se conocían muy bien, Rosemary sentía que podrían hacer un buen matrimonio.

El hombre la llevó hasta la pista, sus cabellos rubios brillaron bajo la luz de las velas y su sonrisa le daba un toque encantador a su rostro juvenil. Debía estar cerca de los treinta años, y era el hijo segundo de un conde, detalle que a su hermano Raymond no le agradaba demasiado. Su hermano, marqués de Rhodesay, siempre había sido un poco clasista. Tenía la certeza de que podía conseguir un partido mejor, pero Rosemary sabía que la quería lo suficiente para aceptar ese matrimonio si ella se lo pedía.

«Creo que hacemos una buena pareja», pensó mientras sincronizaban sus movimientos al ritmo de la danza. Imaginó cómo debían de verlos los demás y concluyó que se veían bien juntos. La imagen la emocionó.

—Dígame, Capell, ¿disfruta de la velada?

—En este momento sí.

Ella se rio ante su coqueteo. Le gustaba coquetear y ser halagada, y él sabía hacer ambas cosas muy bien.

—¿Qué opina de los novios? —preguntó ella—. ¿Creen que son felices?

—Al menos lo parecen.

—Quiero pensar que sí lo son —comentó—. Me gustan los finales felices. —Se rio—. Debe creer que soy muy idealista.

—Sí, pero admiro a quienes todavía tienen la capacidad de soñar cosas bonitas, significa que son seres buenos de alma pura.

Rosemary se sonrojó y esbozó una pequeña sonrisa. El baile terminó y él la escoltó fuera de la pista.

—Disfruto mucho de su compañía, lady Rosemary, por eso me tomo el atrevimiento de pedirle el último baile.

Ella contuvo un chillido de emoción. Nunca antes había bailado con ella dos veces. Según las reglas sociales, al hacerlo, estaría oficialmente cortejándola.

—Se lo reservaré con gusto.

Él también sonrió. Oh, cómo le gustaba su sonrisa. Era adorable.

—Nos vemos, entonces.

Tomó su mano, depositó un corto beso en esta y se marchó. Rosemary contuvo el impulso de dar saltitos de emoción.

Tenía que decírselo a Rebecca.

Al darse la vuelta para buscar a su hermana, tropezó con alguien, o, mejor dicho, alguien tropezó con ella, y le derramó un vaso de limonada encima.

—Oh, no sabe cómo lo siento, qué torpe soy.

La voz femenina sonaba apenada, pero su rostro mostraba mal disimulada satisfacción. Rosemary la fulminó con la mirada y tuvo que contener el impulso de gruñirle.

La señorita Helen Carter no merecía la satisfacción de su enojo.

—No se preocupe —musitó entre dientes.

Ella sonrió.

Oh, cómo la detestaba. Se habían conocido en la escuela de señoritas de la señora Brown, donde su hermano las había mandado para que culminaran su educación antes de ser presentadas en sociedad. Desde entonces, nunca se habían llevado bien. Helen era arrogante, altanera y muy envidiosa. Su padre fue un barón que había muerto cuando ella y su hermana eran muy jóvenes, por lo que el título había pasado a un primo lejano al que apenas veían, pero que por lo menos se había ocupado de ambas. Era inevitable encontrarla en el evento, puesto que la que se casaba era su hermana, pero, aunque Rosemary estaba preparada para enfrentarla, no dejaba de ser desagradable su presencia.

Observó de reojo la mancha que había quedado en su vestido rosa. Había derramado una cantidad de limonada considerable, demasiado para ser un accidente.

—Puedo prestarle uno de mis vestidos, si lo desea —ofreció con malicia.

Una de las cosas que más detestaba de Helen era su hipocresía. Tenía estudios especializados en fingir ser agradable.

—Es muy amable, pero no creo que me queden. Soy un poco más… voluptuosa que usted.

La sonrisa de Helen tembló y sus ojos brillaron con ira. Rosemary nunca había sido una persona arrogante, pero siempre fue consciente de su atractivo, y no dudaría en presumirlo si eso significaba hacer sufrir a Helen, quien, aunque no era fea, cada uno de sus rasgos reflejaba su amargura interior.

—Pero no podrá bailar así con ningún caballero.

—Quien esté de verdad interesado, no le importará.

Supo que entendió la indirecta porque frunció los labios. La razón por la que inició su enemistad la desconocía, pero sí sabía por qué la odiaba en esos momentos: ambas luchaban por el interés del señor Capell. Rosemary la había visto hacerle ojitos, reírse con modestia e intentar interponerse en su camino para que este se viera obligado a pedirle un baile. Sin embargo, a Helen nunca le había pedido dos piezas.

—Si usted lo dice…

—Si me disculpa, iré a retocarme un poco.

Cuando Rosemary se marchó, el rostro de Helen sustituyó la forzada expresión de cortesía por una mirada de odio.

La detestaba, a ella y a toda su familia perfecta. Tenían mucho, y aun así, quería al señor Capell. Rosemary podría conseguir algo más, en cambio, el caballero era lo mejor a lo que Helen podría aspirar, con dote moderada y apariencia apenas aceptable.

—Esta guerra está por terminar, Rosemary —siseó entre dientes.

En el camino hacia el tocador, Rosemary se topó con Rebecca. Su hermana, con unos ojos verdes idénticos a los suyos, la examinó de arriba a abajo, deteniéndose en la gran mancha que arruinaba su vestido.

—Helen —dijo Rosemary antes de que esta pudiera preguntar y continuó su camino. Estaba intentando mantener su ira controlada.

—Alguien tiene que darle una lección.

Era algo en lo que Rebecca venía insistiendo desde hacía algún tiempo, pero era una idea que Rosemary había descartado porque prefería evitar los problemas. Jamás había sido conflictiva, y su rencor tenía poca duración si lo comparaban con el tiempo que podía pasar su hermana cobrándose una afrenta. Además, tenía mejores cosas que hacer que fastidiar a Helen.

—Puede hacer lo que quiera, él seguirá eligiéndome a mí.

No le importaba pecar de vanidosa porque era la verdad. El interés que el señor Capell había mostrado por Helen era forzado, mientras que siempre se acercaba a Rosemary por voluntad propia. Sabía, por supuesto, que parte del atractivo que le generaba al caballero residía en su dinero y posición. A Rosemary le gustaba fantasear, pero no tenía por costumbre alejarse demasiado de la realidad. Los matrimonios en la alta sociedad eran una excusa para mejorar su posición y como segundo hijo, al señor Capell le convenía más el matrimonio con la hermana de un marqués cuya dote ascendía a las diez mil libras, que la hija de un barón muerto, quien vivía de la caridad de un primo lejano que, para algunos fue muy generoso con ellas, mientras que para otros fue avaro, pues, a pesar de tener una fortuna considerable en sus arcas, solo le había dado a las hermanas Carter cinco mil libras de dote.

A Rosemary no le importaba que su atractivo principal no fuera su personalidad. Para ella, las razones por las que iniciaba una relación no siempre eran las mismas por las que esta se mantenía. De alguna manera tenía que haber un primer encuentro, y era el tiempo y la convivencia los que decidían si valía la pena seguir o no. A su modo de ver, podían acercársele los caballeros que quisieran atraídos por su posición, quedaba después en ella demostrarles que podía ofrecer más que dinero y estatus, así como evaluar quién era más que solo avaricia.

Rosemary quería creer que el señor Capell era mucho más.

La conveniencia y el amor no tenían por qué ser enemigos.

Llegaron al tocador de damas y Rosemary se acercó a un lavabo, de donde tomó un pañuelo limpio y lo usó para secar el exceso de limonada en su vestido. Notó que algunas damas la

observaban con curiosidad, pero optó por ignorarlas a todas. En cambio, tomó otro pañuelo, lo mojó en la palangana y se lo pasó por el cuello y el escote, para limpiarse el líquido que estaba volviendo pegajosa su piel.

—Te ofrecería mi vestido, pero no creo que lo aceptes —dijo Rebecca.

Rosemary la observó a través del espejo y frunció el ceño. Aunque su contextura era idéntica (al igual que todos sus rasgos), nunca usaría un vestido de su hermana. Para Rebecca, la moda y otros aspectos esenciales de la cotidianeidad eran inadecuados si quitaban la comodidad, así que su ropa parecía sacada de un guardarropa que no había sido remodelado en diez años. Sus mangas eran abullonadas, pero no con el volumen requerido, no llevaba suficientes enaguas para que la anchura de la falda fuera correcta y, por si fuera poco, vestía de un color morado oscuro que a Rosemary le parecía horrible. Preferiría una y mil veces el vestido mojado. Con suerte, se secaría para el final de la velada y no dejaría una mancha espantosa.

—Aprecio la intención.

Rebecca sonrió y Rosemary ajustó las horquillas de su peinado. Sacó de su ridículo polvo de arroz y se lo aplicó con toques suaves sobre su rostro. Cuando terminó, se giró hacia su hermana y extendió la mano.

Rebecca dio un paso hacia atrás.

—No, gracias.

—Necesitas algo de color.

—¿Desde cuándo la palidez es color?

La respuesta le ganó miradas despectivas de todas las damas presentes que Rebecca ignoró. Resignada, Rosemary guardó el polvo en su ridículo y salió del tocador, seguida por su hermana. En el camino, fueron interceptadas por un lacayo que, sin decir palabra, le entregó a Rosemary una nota y se marchó. Curiosa, la abrió con rapidez.

«Querida, sé que esto es una impertinencia de mi parte, pero mis ansias por tener una conversación real con usted son más fuertes que el protocolo.

Saliendo del salón, al final del pasillo, la habitación de la izquierda es el estudio. Me gustaría verla allí en quince minutos. Me hará un hombre muy feliz si acepta.

Siempre suyo,
Capell».

Rosemary contuvo chillidos de emoción mientras Rebecca, que había leído la carta por encima de su hombro, frunció el ceño.

—No puedes ir —le dijo.

—¿Por qué no? No creo que precisamente tú quieras darme un discurso sobre reglas sociales.

En efecto, Rebecca no podría describirse como una dama que acataba a cabalidad las buenas costumbres, pero siempre había sido muy objetiva, y sabía cuándo era o no conveniente correr el riesgo de ser rebelde. Y para ella, las posibles consecuencias de ese encuentro no eran equivalentes a las ventajas.

—Pueden descubrirlos. ¿Estás tan segura de tu amor por él como para correr el riesgo?

No, no lo estaba, y Rebecca podía leer la respuesta en su mirada. Lo cierto era que no se conocían desde hacía tanto tiempo como para afirmarlo. A Rosemary le agradaba mucho, creía que podría ser un buen esposo, pero debía seguir evaluándolo y ¿qué mejor manera de hacerlo que en una conversación donde no hubiera ninguna presión externa?

—No creo que pase nada malo.

La mirada que Rebecca le lanzó decía claramente «no seas tan idiota», pero respetaba a su hermana lo suficiente para no comentarlo en voz alta. Había tolerado muchos años su vena fantasiosa para aprender a ser un poco más tolerante con ella. Rosemary lo apreciaba, sabiendo que con otro no tendría la misma cortesía.

—Vigilaré desde afuera —se ofreció con resignación.

Rosemary sonrió.

—¿Te he dicho cuánto te quiero?

—Solo cuando te conviene.

Ambas rieron. Su relación siempre había sido así. Diferían en muchos puntos, pero se ayudaban como podían. Ante la soledad que traía como consecuencia la orfandad, la vida con un hermano que

sabía muy poco de ser cariñoso y una hermana pequeña que sufría de una enfermedad que la imposibilitaba a seguir su ritmo, su mayor compañía siempre había sido ellas mismas.

De camino al estudio, evaluaron a su alrededor para verificar que nadie las estuviera observando. Por Raymond no se preocupaban. No era, ni sería un guardián demasiado estricto, porque para eso estaba su esposa: Henrietta.

Rebecca y Rosemary querían mucho a Hattie. Desde que ella había llegado a la casa, esta dejó de ser un lugar lúgubre y tenso para parecer más un hogar. Sin embargo, se había tomado muy en serio su papel de matrona, las vigilaba con ojos de halcón y les presentaba más caballeros de los que podía recordar. Rosemary tenía la sospecha de que le parecía divertida esa nueva etapa de su vida y ellas eran su experimento.

Ubicaron a su cuñada hablando con una amiga de la familia y supieron que ese era el momento. Casi lograban salir del salón de baile cuando un caballero se interpuso en su camino. Era un hombre alto y delgado, no demasiado apuesto y evidentemente nervioso. Rosemary no lo conocía, pero Rebecca hizo una mueca.

—Miladies —saludó con un ligero temblor en la voz—. Lady Rebecca, creo que me prometió este baile.

Rebecca ni siquiera miró su carnet. Rosemary asumió que la promesa había sido forzada por Hattie, y también sabía que su hermana estaba a punto de rechazar sin piedad al pobre hombre. En los dos años que llevaban en sociedad, Rebecca no había mostrado mucho interés en casarse, pero Rosemary tenía la certeza de que era porque no se había tomado el tiempo de conocer bien a alguien. Creyente de que todos podían tener un final feliz si se tenían las circunstancias correctas, Rosemary dio un paso hacia atrás.

—Los dejo.

—Pero…

—No te preocupes por mí —dijo Rosemary con una sonrisa pícara—. Disfruta el baile.

Se fue antes de que su hermana lograra encontrar una excusa para huir, pero incluso a la distancia sintió el peso de su mirada llena de traición.

«Algún día, cuando encuentre a quien la haga feliz, me lo agradecerá», pensó mientras caminaba con desenfado hacia el estudio. Fue fácil ubicarlo, y también entrar. No había criados cerca, y la puerta estaba abierta. La habitación estaba tan oscura que Rosemary tuvo que caminar con lentitud para no tropezar con nada.

—¿Señor Capell? —musitó en voz baja—. ¿Está aquí?

El sonido del rechinar de una madera la hizo girarse. Una silueta estaba de pie cerca de la ventana, pero la oscuridad le impedía distinguir ninguno de sus rasgos.

—Admito que la oscuridad le da un toque romántico a la cita, pero creo que es poco práctica. ¿Podría encender una lámpara? —preguntó con una risa nerviosa.

No sabía por qué se sentía inquieta. El hombre que estaba allí debía ser el señor Capell, ¿quién más? Sin embargo, no poder ver su rostro la perturbaba.

Él empezó a caminar por la habitación con la seguridad de alguien que parecía ver en la oscuridad. Cada paso aceleraba su corazón, y no estaba segura de que fuera por la emoción. Sentía que algo estaba mal, pero no podía definir qué.

—Su petición me sorprendió —musitó en voz baja mientras intentaba identificar dónde se encontraba el caballero. Sentía que estaba dando círculos alrededor de ella—. Pero también me gustaría hablar con usted sin la presión externa, es una mejor manera de conocernos antes de dar un paso más serio, ¿no cree?

—Creo que sus padres debieron haberle enseñado, señorita, que si un caballero la cita a solas en un lugar oscuro, tiene muchas intenciones con usted, pero ninguna de ellas seria. Por suerte, nunca es tarde para aprender esa lección.

El sonido de una cerilla la sobresaltó. Por la voz, ya había asumido que el caballero no era el señor Capell, pero Rosemary no estaba preparada para lo que vio. Frente a sí estaba un hombre que evidentemente pasaba los treinta. La lámpara lo iluminaba desde abajo, y las sombras que creaba en sus rasgos duros resultaban aterradoras. Dio un paso hacia atrás, horrorizada no tanto porque no fuera quien esperaba, sino porque el aura oscura que lo rodeaba era intimidante. Sus ojos negros no tenían compasión y su boca estaba

torcida en una mueca macabra y sus rasgos parecían haber sido alineados para fomentar obediencia.

Sentía que estaba observando al mismísimo demonio, y que acababa de entrar en un infierno sin salida.

Capítulo 2

Había tres cosas que Dominik Morgan, barón Mowbrat, detestaba: las fiestas con mucha gente, el ruido excesivo y las debutantes asustadizas.

Lo último, en particular, le causaba un repudio casi incontrolable, por lo que cuando ella dio un paso hacia atrás, temerosa, no pudo hacer menos que una mueca.

«Ha venido a una cita clandestina sin aceptar los riesgos», pensó con fastidio. Si él fuera su padre, le daría una lección.

Por suerte para ella no lo era, y aunque estaba tentado, pues le fastidiaba mucho que hubiera interrumpido su paz, no solía intervenir en la educación ajena. Aun así, no resistió la tentación de dar un paso más hacia delante para ver su reacción.

Ella retrocedió dos pasos.

Dominik esbozó una sonrisa perversa.

—¿Quién es usted? —preguntó Rosemary con voz temblorosa.

—Eso debería cuestionarlo yo, ¿no cree? Ha sido usted quien ha irrumpido en el salón.

—Yo…

No podía admitir que estaba esperando a alguien, aunque ya había hablado demasiado para que cualquier excusa resultara creíble. Rosemary se maldijo por dar tantos detalles. No saber cuándo callar era uno de sus mayores defectos.

—Mis disculpas, señor.

La sonrisa de él se amplió, haciendo que ella se estremeciera. Dominik sabía cuál era el efecto que sus rasgos no tan agraciados causaba en otros, y de vez en cuando los usaba a su favor. Lástima que ella no pareciera conocerlo, pues el impacto era más aterrador con todas las historias que cargaba su nombre.

—¿Eres consciente de a lo que te arriesgas al venir a una cita clandestina, niña?

Ella bajó la mirada. Estaba avergonzada, pero también furiosa por los reclamos de un desconocido. ¿Qué derecho tenía a hablarle con tal condescendencia? No era su hermano, y no creía que tuviera

buenas intenciones si estaba en una habitación completamente a oscuras.

—Lo mismo que usted, ¿no? —replicó con rebeldía—. ¿O me dirá que está aquí para disfrutar del silencio?

Dominik abrió los ojos, sorprendido por su impertinencia. No era una cachorra asustadiza después de todo, y evidentemente tampoco una jovencita bien educada. ¿O había pasado tanto tiempo en el campo que los tiempos habían cambiado drásticamente y ahora las jóvenes alzaban la voz?

—En realidad, sí.

Rosemary bufó.

—¿A oscuras en una casa que no es suya? Es un poco grosero con el anfitrión, ¿no cree?

—Es mi casa, y puesto que he pagado toda esta boda, también soy el anfitrión.

Supo el momento exacto en que ella ubicó su identidad. Dio un paso hacia atrás, horrorizada, y parecía a punto de desmayarse.

Y, de hecho, lo estaba. Rosemary estaba haciendo un gran esfuerzo por no ceder al terror, pero le costaba mucho.

El barón Mowbrat.

Era el barón Mowbrat.

Al igual que todos, había escuchado muchas historias sobre él, una más terrorífica que la otra. Se había casado tres veces, y ninguno de sus matrimonios había durado más de un año. Las causas de la muerte oficiales solían ser naturales, pero la gente especulaba. Unos decían que las había matado a todas, otros, que estaba maldito. Nadie sabía la verdad, pero ninguna dama en su sano juicio querría ser su esposa con tan terrible final asechando.

Muchas veces había oído cómo Helen se refería a él como un demonio. Decía que nunca salía de su mansión en el campo, que hablaba poco y que, cuando lo hacía, sus palabras eran crueles. Afirmaba estar convencida de que mató, al menos, a una de sus mujeres. Más allá del rencor que la dama pudiera tenerle por verse obligada a vivir de su caridad, Rosemary creía que, si todo el mundo decía lo mismo, alguna parte debía ser verdad.

Tenía que salir de allí.

—Lo-lo lamento, milord. Yo… eh… me marcho.

Caminó hacia la puerta como si estuviera huyendo de un incendio. Dominik la observó con fastidio. Conocía bien su reputación, por momentos le divertía, pero a veces, le fastidiaba la gente crédula.

Cuando Rosemary llegó a la entrada, se encontró con la desagradable sorpresa de que la puerta estaba cerrada. Tiró de la manilla varias veces, pero no cedió.

Dominik, que observaba todo desde la distancia, se acercó.

—¿Qué sucede?

Ella apenas le sostuvo la mirada, como si tuviera la creencia de que si no lo veía, él desaparecería.

—Creo que alguien le pasó llave.

Dominik tiró de la manilla sin resultado. Lo hizo más fuerte, e incluso golpeó la puerta, pero esta no abrió. Sí, alguien le había pasado llave.

Observó a la dama frente a sí con sospecha. Quizás si no pareciera tan asustada y con pocas ganas de quedarse a su lado, creería que ella le habría tendido una trampa. Pero era imposible. No pudo haber conseguido la llave.

Sacó de su bolsillo la copia que había usado para entrar y probó. Ni siquiera se movió. Eso solo significaba que alguien había dejado la llave pegada a la puerta.

Dio un paso hacia ella, al que Rosemary instintivamente respondió retrocediendo otro. Fastidiado, Dominik extendió el brazo.

—¿Qué hace? —chilló al ver que él se acercaba a su cara.

Dominik no le prestó atención y, en menos de un segundo, le había robado una horquilla del cabello.

—Intento sacarnos de aquí.

Metió la horquilla en la cerradura, pero esta se dobló sin conseguir nada.

—Definitivamente han dejado la llave pegada —musitó él.

Lo cual hacía más difícil el trabajo. No era un cerrajero, ni un experto en forzar puertas. Sin embargo, el que los había encerrado allí sabía lo que estaba haciendo.

—Pero ¿cómo pudo pasar esto? —gimoteó. Rosemary había pasado del miedo a la histeria—. ¿La habrá cerrado un criado cerrado por equivocación?

Dominik lo dudaba. Aunque un criado decidiera haber cerrado el estudio, no había dejado la llave pegada a la puerta. Eso era algo que se hacía con deliberación para que la persona que estuviera adentro no pudiera abrir. Quizás fuera su naturaleza pesimista, pero había intenciones oscuras detrás.

Por su parte, Rosemary estaba perdiendo la batalla contra el pánico. ¿Y si alguien los descubría? ¿Y si era el señor Capell quien lo hacía? ¿Cómo le explicaba que estaba encerrada en el estudio con ese hombre?

«Calma, Rosemary, él fue quien te citó aquí, entenderá que fue un desafortunado inconveniente»

O eso esperaba.

—Dame otra horquilla.

Sonaba como una petición, pero no lo era. De hecho, le arrebató otras dos horquillas antes de que pudiera autorizarlo, y uno de sus mechones se soltó.

—Mi peinado —protestó.

—¿Quiere salir o no?

Ella se mordió el labio para no replicar. Lo mejor era mantener las distancias con ese caballero, si podía considerarse como tal.

Observó cómo intentaba empujar la llave hacia afuera, pero no estaba teniendo mucho éxito, porque soltó muchas maldiciones en el proceso.

—¿A qué hora se iba a encontrar con su pretendiente?

Rosemary dudó en contestar y Dominik empezaba a exasperarse. Sabía por qué ella no quería dar detalles de su cita inadecuada, pero no eran circunstancias propicias para por fin hacer uso de la prudencia.

—Ya debería estar aquí —musitó ella en voz baja.

De hecho, le extrañaba mucho que no estuviera. ¿Se habría arrepentido? Quizás fuera lo mejor.

—¿Pero alguno de sus familiares debe estar buscándola?

—Quizás mi hermana me encuentre.

Estaba rezando por ello. En cuanto terminara la pieza, Rebecca seguramente la buscaría. Si notaba que tardaba mucho en salir, podría sacarlos de ese inconveniente sin que Raymond se enterase.

«Por favor, Rebecca, por favor. Prometo no volver a obligarte a bailar con nadie».

—¿Quién es su tutor legal?

—Preferiría no decírselo.

Raymond no podría enterarse de eso bajo ninguna circunstancia.

Por su parte, Dominik quiso zarandearla.

—No lo pregunto porque desee delatarla —dijo con poca paciencia—. Quiero saber si los conozco, si estarían dispuestos a entender que esto fue un encuentro desafortunado y no amoroso, porque imagino que sabrá cuáles son las consecuencias de que nos encuentren aquí.

—Preferiría no pensar en eso. A veces atraemos lo que pensamos, ¿sabe? Es mejor ser positivos.

No era una palabra con la que Dominik se describiese. Observó con detalle a la mujer frente a sí. Era indudablemente bonita, pero no lo suficiente para arrancar suspiros. Tenía una belleza rubia bastante convencional, y unos ojos rasgados que delataban todas sus emociones. No recordaba haberla visto, pero tampoco era extraño. Hacía tres años que no pisaba un salón de baile.

—¿Quién es su tutor? —insistió.

Rosemary dudó, pero algo en su tono le advirtió que no era prudente discutir con él.

—Mi hermano, el marqués de Rhodesay.

Dominik había escuchado de él. Hacía varios años que buscó una esposa para tener un heredero y así poder conservar la fortuna familiar. Tenía entendido que lo había logrado, y aunque poco sabía de su estatus actual, nunca fue un hombre despilfarrador, así que, si su economía era tan buena como su posición, no tenía ninguna razón para armar ese tipo de ardid. Entonces, ¿quién diablos los había encerrado allí?

Aunque su semblante era impasible, por dentro estaba sudando frío. Lo que menos deseaba en la vida era otro matrimonio.

—Confío en que será un hombre razonable.

—Yo también —gimoteó ella.

Ray podía ser tan racional como irracional dependiendo de su humor. Por lo general, Henrietta era la que intervenía por ellas si perdía la paciencia, pero incluso Hattie tenía sus límites.

«Rebecca, por favor».

¿Cuánto había pasado? ¿Cinco minutos? ¿Diez? Era difícil medir el tiempo. Empezó a caminar de un lado a otro, incapaz de quedarse quieta.

Él no dijo nada, y el silencio la perturbó más.

—Mi hermana sabe que estoy aquí, iba a acompañarme, pero le había prometido una pieza a un caballero. Sin embargo, en cuanto termine, seguramente vendrá.

A él no le interesaba en absoluto su explicación y ella lo vio en sus ojos, pero si se mantenía callada, sentía que explotaría.

—Ella no le dirá nada a mi hermano y todo será solo un desafortunado momento. Oh, pero ¿quién pudo habernos hecho esto? Si fue un criado, creo que debería decirles que tengan más cuidado, porque es inadmisible que…

—Niña. —Ella se sobresaltó ante el apodo—. Guarda silencio y deja de caminar así, me mareas.

Rosemary tuvo que morderse la lengua para evitar decirle lo que pensaba de su poca empatía.

—Solo intentaba ser positiva y aligerar la tensión.

—Pues me está irritando sobremanera.

«Qué amargado», pensó.

Era ella la que más tenía que perder. Las mujeres tenían una reputación demasiado delicada.

Con ese carácter, no le extrañaba que hubiera tantos rumores horribles relacionados con su nombre. Por supuesto que era capaz de matar a alguien.

Ese pensamiento logró detener todos los demás.

¡Estaba encerrada con un presunto asesino!

«Calma, Rosemary, no entres en pánico, son solo historias»

Pero toda historia solía tener algo de verdad.

Él no tenía razón para hacerle daño, ni posibilidad de hacerlo sin que nadie se diera cuenta, es decir, si la mataba, ¿cómo lo ocultaría?

Bueno, podría ocultar su cuerpo en la habitación y desecharlo cuando nadie lo viera. Era su casa después. Su familia creería que ella simplemente desapareció y…

«Basta, Rosemary», se dijo. Pero ya había dado rienda suelta a su imaginación, que llevaba muchos años siendo alimentada por toda clase de novelas. Su terror era tal que ni siquiera lo sintió acercarse.

Soltó un gemido de auxilio cuando él le colocó las manos desnudas sobre los hombros. Eran frías, como seguramente lo eran sus intenciones.

—Cálmese —le ordenó.

¿Era su pánico tan evidente? Ni siquiera estaba paseando.

Pero estaba dando golpecitos con el pie sobre el suelo, se percató.

Dejó de hacerlo de inmediato con la esperanza de no enfurecerlo, pero la oscuridad en sus ojos no le daba demasiada esperanza. En su mirada no había empatía, ni compasión, ni ninguna emoción positiva. ¿Estaría pensando en cómo asesinarla?

No podía saber ella que los pensamientos de Dominik no estaban ni siquiera cerca de lo que se imaginaba. De hecho, para él, ni siquiera tenían sentido, pues estaba pensando en que era más bonita de lo que le había parecido en un principio y que le gustaba su olor a jazmín.

«La situación debe estar haciéndome perder el sentido común», pensó. Sin embargo, no cortó la línea de pensamiento, sino que se dedicó un rato a observarla y apreciar su aroma. Era dulce, muy dulce. Lástima que portadora de tal belleza y rico aroma no pareciera poseer esa cualidad.

—¿Podría soltarme, por favor?

Dominik se percató de que aún tenía las manos sobre ella. Quiso ceder a su petición, pero algo dentro de él se reveló. Quizás

fuera la calidez y suavidad de su piel. Hacía tiempo que sus dedos no disfrutaban de una textura tan agradable.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —la provocó.

—Porque no tiene ningún derecho —chilló ella presa del pánico.

En la cabeza de Rosemary solo rondaba una frase: la iba a matar.

—¿No ha usted otorgado el derecho al huir de la guardia de su familia? ¿O cree que el tal señor Capell mantendría sus distancias?

Quizás sí le diera una lección. Dominik no tendía a justificar los malos actos, pero había cosas que consideraba de sentido común. Que un ladrón no tuviera ningún derecho a robar bienes ajenos no significaba que no fuera a hacerlo y, por ende, no iba a pasearse por calles peligrosas con cada prenda de su cuerpo gritando «dinero». Lo mismo se aplicaba a muchos casos. Que nadie tuviera derecho a sobrepasarse con ella no implicaba que no fueran a hacerlo. En el mundo había quien no entendía de moral y eso nunca iba a cambiar.

—Tal vez a él le hubiera dado permiso —siseó ella, intentando no entrar en pánico.

—Eso no habla bien de usted.

—No me importa lo que usted piense. No lo entendería.

Empezó a forcejear para liberarse, pero Dominik la sostuvo con firmeza, cuidando siempre de no hacerle daño. Había algo gratificante en sus respuestas desafiantes. Hacía mucho tiempo que nadie hacía amago de tal valentía en su presencia, ni damas ni caballeros.

—Suélteme, o le juro que…

En menos de un segundo él le liberó los hombros y la sujetó por la cintura, atrayéndola a él.

Rosemary jadeó, temiendo lo peor, pero Dominik no tenía intenciones de hacerle daño o sobrepasarse. Solo quería darle una lección. O esa era su excusa. Lo que en realidad quería era disfrutar de su embriagador aroma, de su piel cálida. Dios sabría por qué. A

lo mejor porque había pasado mucho tiempo sin ninguna clase de calidez en su vida.

Estaba tan centrado en ella que procesó tarde el sonido de la puerta abrirse. La dejó ir apenas entró en razón, pero supo que fue muy tarde.

Y lo peor no era que la familia de la joven los hubiera encontrado en tan comprometedora posición, sino que su público estaba conformado por más personas de las que esperó.

Muchas más.

Demasiadas para ser una coincidencia.

Y demasiadas para salir indemnes de esa situación.

Capítulo 3

Rosemary recibiría con gusto la muerte si esta viniera a buscarla. De hecho, si no fuera una dama educada en la fe, quizás ella misma iría a buscarla, porque de esa situación lo único que podría sacarla indemne era la desaparición eterna.

El problema no radicaba en que Rebecca, Henrietta y Raymond la hubieran encontrado en tan comprometedora posición (aunque ya era muy malo que su hermano hubiera presenciado la escena), sino en el resto del público. Estaba Helen, la madre de esta, dos damas cuyos nombres no recordaba ¡y el señor Capell! Quien mostraba una evidente decepción.

¿Por qué?

Él había sido quien la había citado allí. Debería haber saber que todo fue un malentendido.

—No esperaba una conducta tan inapropiada de una dama de su estatus, lady Rosemary —dijo la baronesa viuda de Mowbrat con altivez—, y menos en una fecha tan especial como el matrimonio de mi hija.

—Seguramente hay una explicación —intervino Hattie.

—La hay, pero creo que las damas estarán reacias a creernos —comentó Dominik con sarcasmo.

Optó por evaluar uno a uno a los presentes. Quien había hecho el primer reproche era la lady Mowbrat, la esposa del antiguo barón, y estaba acompañada de la hija que aún tenía soltera. Había dos damas jóvenes, una idéntica a Lady Rosemary, quien obviamente era la hermana que había mencionado, y la otra que tomaba con fuerza el brazo de un caballero de aspecto aristócrata. Puesto que esa mujer había hablado a su favor, dedujo que eran familia de la jovencita que temblaba a su lado. Él debía ser su hermano, y ella quizás su cuñada. Por otra parte, había otras tres personas que le eran desconocidas: dos damas que murmuraban entre sí y un caballero que parecía bastante apesadumbrado.

«El que planeó esto lo hizo bien», pensó con fastidio. Ella podría haber convencido a su familia de que todo fue un malentendido; él podría haber amenazado a la suya con cortar los

fondos si abrían la boca, pero ninguno de los dos tenía poder sobre los externos.

Se giró hacia ella y la expresión pálida en su rostro revelaba que pensaba lo mismo que Dominik.

—Comprenderá que es difícil pensar bien en esta situación —dijo la baronesa viuda con precaución, aunque había un brillo macabro en su mirada difícil de ignorar.

—Ni siquiera lo conozco —chilló Rosemary encontrando su voz —. ¿Cómo podría hacerlo cuando ni siquiera vive en Londres?

—Ciertamente —apoyó Dominik. Al menos ella aún era capaz de dar argumentos lógicos—. Los últimos tres años me los he pasado en mi casa en Yorkshire, como bien sabe la baronesa viuda. Me presento ante nuestro querido público: Soy Dominik Morgan, barón de Mowbrat.

La respuesta de los externos no se hizo esperar. Las damas soltaron jadeos horrorizados que no hicieron nada por calmar el nerviosismo de Rosemary. Incluso Raymond arrugó el ceño.

Y pocas cosas sorprendían al marqués de Rhodesay.

—Rosemary, ¿qué hacías aquí? —preguntó Raymond con el tono de alguien que tenía la paciencia limitada.

Ella lanzó una mirada al señor Capell que no le pasó desapercibida a Dominik. Este inmediatamente dedujo quién era el caballero, lo que le extrañó era que parecía muy sorprendido por encontrarla a ella allí. Si había sido él quien concertó la cita, debía de saber que eso fue una trágica coincidencia.

«Al menos que no fuera él quien concertó la cita».

Estaba empezando a unir los puntos y no le agradaba el resultado final.

—Yo… iba al tocador y llegué aquí por error. Iba a salir, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—Querida —dijo Helen con malicia—, no es necesario mentir. Es evidente que tuvieron una atracción inmediata y quisieron más privacidad. Yo misma abrí la puerta y no tenía ningún seguro.

—Por supuesto que sí. Incluso…

No terminó la frase porque el entendimiento la golpeó. Basta ver su sonrisa perversa disfrazada de inocente para disipar cualquier

duda.

Había sido una tonta.

Las emociones que tanto se esforzó por mantener bajo control explotaron como un agua que rompe a hervir. No lo pensó, solo se lanzó hacia Helen con la mano en alto y deseo de sangre.

—Maldita —siseó.

No llegó a su objetivo porque Dominik la sostuvo a tiempo. Sin embargo, Rosemary no entendía razones. Su vida acababa de ser arruinada por una víbora envidiosa, sabía muy bien qué le esperaba a su futuro y se negaba a aceptarlo.

Luchó contra el cuerpo fornido que le impedía llegar a su objetivo mientras las lágrimas bañaban su rostro. Apenas sintió la mano que le acarició el cabello con calma, instándole a oír la voz que le susurró al oído:

—Cálmese. Si ha sido ella la culpable, me encargaré de que lo lamente —susurró con voz ronca, en tono lento y pausado.

La idea logró reconfortarla lo suficiente para que recuperara el juicio. Se separó de él con rapidez, como si el daño no estuviera hecho.

—¡Está loca! —gritó la baronesa viuda—. No culpe a mi hija por su inmoralidad.

—Mi hermana tiene más decencia que su hija —espetó Rebecca con mordacidad—. Por eso no ha conseguido ningún pretendiente que la tolere.

—¿Cómo se atreve…?

—Lady Mowbrat, ¿le importaría dejar que mi familia resuelva este asunto? —habló Raymond con calma engañosa.

Estaba furioso. Muy furioso.

—Por supuesto, pero aconsejo que les pague a sus hermanas una mejor educación.

—Se le agradece el consejo no solicitado —siseó Henrietta mientras la dama se marchaba.

Esta la escuchó, por supuesto, pero decidió fingir que no, cosa que algunos agradecieron y otros no, como Rebecca, que estaba ansiosa de pelea.

El salón se vació en menos de un minuto. Henrietta se aseguró de que todos los espectadores estuvieran lejos antes de cerrar la puerta.

Rosemary observaba a su familia con vergüenza mientras Dominik intentaba mantener la calma, aunque sabía bien cómo terminaría ese encuentro.

«Maldita mujer», se dijo, pensando en Helen. De las dos primas que quedaron desafortunadamente a su cargo hacía ya casi diez años, ella era la que más le desagradaba. Siempre había poseído el carácter mezquino de su madre y una creencia de que merecía todo en su vida. Los motivos por los que había hecho esa jugarreta le eran desconocidos, pero como confirmara su participación, podría considerarse destruida.

Hacía años que la compasión no formaba parte de su vida.

—¿Qué fue lo que sucedió?

La voz de Raymond rompió el silencio, un cuchillo afilado rasgaría la piel. Rosemary se estremeció; Dominik evaluó al hombre frente a sí.

«Desprende autoridad», pensó. No era alguien fácil de engañar, ni de convencer. Sin embargo, parecía justo. Aunque que les creyera o no carecía de importancia dada la situación.

—Ya lo dije, Ray. Iba al tocador cuando…

—Dígale la verdad —la interrumpió Dominik. No estaba de humor para historias baratas. Dadas las circunstancias, resguardar las apariencias era lo que menos importaba.

Pero ella no lo tomó así. Le dirigió una mirada que bien podía congelar el infierno.

—Usted no se involucre —espetó.

—Estoy involucrado en esto desde que invadió mi estudio queriendo verse con su amante.

Henrietta jadeó, Raymond abrió los ojos con sorpresa y Rebecca miró a Dominik con unos ojos que prometían muerte. Por desgracia para ella, este era difícil de intimidar.

—¿Qué diablos?

—No es mi amante, lo juro —dijo Rosemary con ojos llorosos —. Yo… solo recibí una nota del señor Capell, diciendo que quería

que conversáramos en un lugar más privado. No vi nada de malo.

—¡¿No viste nada de malo?! —rugió Raymond con estupor.

Dominik podía comprender el enojo del marqués. Muchacha insensata, ¿cómo no vio nada de malo?

—Las reglas sociales son muy estrictas —musitó entre dientes —. Quería conocerlo bien para saber si quería casarme con él. No íbamos a hacer nada malo.

—Te lo dije, niña, ningún caballero con buenas intenciones cita a una dama en un lugar a solas. Creí que te había dejado claro esa lección.

Ella se ruborizó y agradeció que la oscuridad ocultara su vergüenza.

Maldito, mil veces maldito.

—Los encontraron en una posición muy comprometedora —dijo Raymond, mirando a Dominik como quien espera una explicación.

Un hombre más débil se hubiera sentido intimidado, pero si él bajara la cabeza ante cada mal comentario, la sociedad lo hubiera destruido.

—Fue enteramente mi culpa, lo admito —dijo sin que su voz revelara ninguna emoción, a pesar de que ni él mismo sabía qué le había pasado en ese momento—. Quería darle una lección y me sobrepasé. Pido disculpas sinceras a la dama.

—¿Disculpas? —chilló ella—. ¿Cree que con una disculpa se arregla esto? Por su culpa todos los presentes han malinterpretado nuestra relación.

—La hubieran malinterpretado aunque nos hubieran encontrado en esquinas opuestas, niña —dijo con sorna—. Pareciera que no sabe cuáles son las reglas de la alta sociedad.

—Maldito bastardo…

—¡Rosemary! —reprendió Henrietta.

Para Dominik, el lenguaje soez que usara la dama era el menor de sus problemas. Sin embargo, a ella sí le afectó el regaño, porque bajó la cabeza como la niña obediente que le había faltado ser hacía una hora.

—¡Basta! —rugió Raymond—. Si la culpa fue de Capell, ¿por qué casi te lanzas encima de la señorita Morgan?

—Porque fue ella la verdadera autora de la nota —dijo con resquemor—. Debía saber que el barón estaba aquí y quiso arruinar mi reputación encerrándome aquí con él. Todos saben que quiere atrapar al señor Capell, y también que él me prefiere a mí.

Aunque sonara presuntuoso, era una razón que Dominik consideraba válida. Si él fuera el señor Capell, también elegiría a Rosemary sobre Helen, pues, más allá de los defectos de la dama que consideraba irritantes, seguía siendo más atractiva que su prima en absolutamente todos los aspectos.

Ahora bien, por qué había decidido arrastrarlo a él era algo que tendría que averiguar.

—Me gustaría escuchar su opinión, lord Mowbrat. Entiendo que está bajo su tutela.

—No puedo meter las manos al fuego ni por su inocencia ni por su culpabilidad. Sin embargo, es algo de lo que la creo capaz. Y también puedo asegurar que la puerta estaba cerrada con llave, y que debieron dejar esta puesta porque yo mismo intenté abrirla sin éxito.

Se hizo el silencio mientras todos digerían la información. Rosemary rogaba que su hermano le creyera.

—Supongo que poco importa ya. Solo queda definir la fecha de la boda.

La noticia no sorprendió a nadie, exceptuando a Rosemary, quien soltó un jadeo lastimero.

—¿Boda? Ray, ni siquiera lo conozco. Tienes que creerme.

—Te creo, pero eso no cambia que tu reputación ha quedado arruinada —dijo con calma.

Rosemary ya no pudo seguir conteniendo las lágrimas de frustración y rompió a llorar. Había muchas cosas que quería decir, pero ¿valía la pena hacerlo? Conocía a Raymond, pocas veces se retractaba de una decisión.

Oh, pero era tan injusto. No conocía a ese hombre. No había hecho nada malo. ¿Por qué la reputación de una dama era tan frágil? ¿Quién había inventado esas reglas tan injustas? Y lo más

importante, ¿por qué tenía que ser él? De todos los caballeros que había entre la alta sociedad, ¿por qué el que parecía desconocer el significado de la empatía? ¿Por qué el que se rumoreaba que había matado a sus esposas?

Helen había pensado muy bien su venganza. Rosemary estaba segura de que nunca podría ser feliz al lado de ese hombre.

Dominik la observó de reojo y tuvo cuidado de hacer algún comentario. Con regularidad, las mujeres que lloraban demasiado lo irritaban, pero no podía decir que ella no tenía una buena razón. Él mismo estaba intentando mantener a raya la inquietud que le causaba ese matrimonio.

Su cuarto matrimonio.

Se atrevería a decir que ningún hombre en su sano juicio se echaría la soga al cuello por cuarta vez. Él, sin duda, juró no hacerlo, pero la vida tenía un sentido del humor muy amargo. A veces, un hombre simplemente no estaba destinado a estar en paz.

—Comprendo que esto no es por completo su responsabilidad, lord Mowbrat, pero entenderá…

—Lo entiendo —lo cortó con frialdad—. Responderé como corresponde.

El honor de un caballero era un asco. Quien lo inventó, sin duda, no pensó la cadena con la que tendría que cargar. Quizás él podría desentenderse, irse al campo y dejar que la gente hablara. Dejar a una dama deshonrada no sería lo peor que dirían de él. No obstante, dudaba que el marqués dejara pasar esa afrenta. Y no es que temiera un duelo, pues se las arregló bastante con las armas bien en el tiempo que estuvo en el ejército, pero sí le daba bastante pereza tener, sino otro muerto, un herido en su historial. Además, en el fondo sabía que también había actuado mal, no debió haberla abrazado de esa forma. No sabía qué lo había poseído para perder el juicio de esa manera, pero si algo caracterizaba a Dominik era siempre afrontar las consecuencias de sus actos, por más terribles que fueran.

—Ray, ella no se puede casar con él.

La intervención vino de Rebecca, quien se había acercado a su hermana y la consolaba con un abrazo. Dominik le lanzó a la

gemela una mirada cautelosa. A simple vista, parecía tener más temple que su hermana y unos ojos que prometían una tormenta.

—Rebecca…

—¡Ella no será feliz con él! —exclamó. Lanzó una mirada a Dominik—. Con todo respeto.

Por su paz, Dominik decidió no darse por aludido.

—Si no se casan, ni tú ni Alison conseguirán esposo en un futuro —dijo Raymond como si estuviera hablando con una niña.

—Oh, bueno, si es por eso, creo que es buen momento para decirte que la idea de casarme no se me hace muy atractiva. Es difícil encontrar a alguien que te entienda, no sé si me explico. Respecto a Alison… objetivamente hablando, no creo que nadie quiera casarse con ella.

—¡Rebecca! No seas cruel —regañó Henrietta.

—Es la verdad —se defendió la joven—. Nadie querrá casarse con una dama que no puede montar a caballo sin perder el aliento y que ni siquiera se sabe si resistirá un embarazo. Saben que quiero a Alison, pero no podemos mentirnos así.

Nadie respondió.

La enfermedad de Alison era un tema delicado en la familia. La menor de las hermanas había nacido antes de tiempo en un parto complicado, que se llevó al más allá a la antigua marquesa de Rhodasay. Fue un milagro que la bebé sobreviviera, pero la vida vino con un costo: una enfermedad pulmonar incurable. Según los doctores, sus pulmones no se habían terminado de desarrollar cuando nació, por lo que, si se agitaba mucho, recibía emociones fuertes o hacía cualquier esfuerzo, la respiración le fallaba hasta un punto que asustaba a los que convivían con ella. Había vivido más de lo que los médicos esperaron.

—Mi hija —dijo Raymond volviendo al tema original.

—Tiene tres años. Para cuando sea su turno de ser presentada en sociedad, el escándalo habrá quedado en el pasado.

—Siempre habrá alguien encantado de recordarlo —gruñó Raymond—. Rebecca, sé que quieres ayudar, pero…

—Me casaré —dijo Rosemary con un tono muy firme para alguien que hacía un minuto estaba ahogada en lágrimas—. No seré

yo quien deshonre nuestro apellido.

Lo dijo con tal solemnidad que Dominik sintió una punzada de admiración. Al menos no era una niña llorona. No por completo.

Eso aliviaba en un diez por ciento el dolor de cabeza que tenía por esa situación.

—Pero… —intervino Rebecca.

—¿Podemos irnos, por favor?

Estaba de nuevo al borde del llanto.

—Iré a pedir el carruaje. Lord Mowbrat, me gustaría hablar mañana con usted. Si es tan amable de ir a mi casa…

Dominik hizo un seco asentimiento de cabeza. Cumpliría su deber, pero no tenía que ser amable.

Raymond ignoró su descortesía y encabezó el camino hacia la puerta. Antes de salir, Rosemary se giró hacia él y, dubitativa, hizo una reverencia.

Él entendió el mensaje: una muestra de respeto a su futuro esposo, quizás una petición de tregua temporal.

Inclinó la cabeza de vuelta, convencido de que esa paz no iba a durar demasiado.

Capítulo 4

Por lo general, el abuso de poder no era algo que Dominik aprobara, pero cuando la ira de una afrenta lo consumía, su moral tendía a desaparecer.

Y era justo lo que estaba pasando en ese momento.

Helen Morgan estaba sentada frente a él, con su madre al lado, y aunque intentaba mantener a raya sus emociones, el peso de la mirada interrogante de Dominik empezaba a hacer que sus dedos apenas pudieran sostener la taza de té.

—Preguntaré una vez más: ¿Por qué has mentido cuando lady Rosemary afirmó que la puerta estaba cerrada?

—No he mentido, no estaba cerrada. Ella miente.

—¿Y yo miento? Porque intenté abrir la puerta con mi propia llave y no cedió, y eso solo puede suceder si había otra llave pegada.

Helen hizo acopio de un gran esfuerzo para mantenerse impasible. Afrontar la ira de su primo era un riesgo que ya había calculado y que decidió tomar. Aunque su mirada la intimidaba, la satisfacción de haber arruinado a Rosemary se imponía ante cualquier temor. Helen nunca había disfrutado nada como disfrutó de los chismorreos de la noche anterior. Toda la sociedad hablaba sobre su poca moralidad, y en el último baile el señor Capell terminó pidiéndoselo a ella.

Era muy, muy satisfactorio. Lo suficiente para afrontar el interrogatorio con buen humor.

Elegir a su primo no había sido deliberado. Primeramente, era el blanco más fácil. Todos sabían que no le gustaban las fiestas, era un hombre que llevaba años recluido en el campo, así que su suposición de que no permanecería mucho en el lugar de la celebración no fue errónea. La segunda razón era que Rosemary lo odiaría. Conocía a la hija del marqués desde la escuela de señoritas, era una joven ilusa y romántica, y nadie se alejaba más de su prototipo de hombre que Dominik. El tercer motivo era que odiaba a su primo.

O, mejor dicho, odiaba depender de su caridad. Algunos dirían que fue generoso con ellas, pero Helen sentía que, teniendo

tanto, les había dado muy poco.

—Quizás se trabó.

—Por supuesto. Se trabó justo cuando lady Rosemary entró, y se destrabó en el momento exacto en que ustedes llegaron. Una gran coincidencia cuando todo el personal de servicio coincide en que esa puerta nunca había tenido problemas. Dime, Helen, ¿te parezco un tonto?

—Por supuesto que no, primo —se apresuró a decir.

—Entonces, ¿también es una coincidencia que te hayas aparecido allí con dos testigos y toda la familia de la dama?

—Sí. No sabía que ustedes estaban allí. Solo quería mostrarles algo.

—¿Qué?

—Pues…

—Tengo entendido que tienes interés en el señor Capell, el mismo que cortejaba a lady Rosemary.

Mientras Helen se tomaba el tiempo de meditar su respuesta, la baronesa viuda fue en su auxilio.

—Me parece que está siendo muy injusto. Lo que sea que le haya dicho lady Rosemary no debería tenerlo en cuenta. Es una inmoral.

—No olvide que habla de mi futura esposa. Le agradecería más respeto al dirigirse a ella.

Las damas se tensaron ante su afilada respuesta. Dominik se dijo que el instinto de defenderla estaba sustentado más en el fastidio porque le siguieran mintiendo que en un sentido de protección hacia una mujer que acababa de conocer.

—Como no quieren decirme la verdad, voy a tener que pensar lo peor. Que todo fue un complot en mi contra y, por ende, tomar medidas. Tengo entendido que ya tienes veintiuno, ¿no, Helen?

Ella asintió con cautela.

—Entonces, legalmente no soy más tu tutor. Puedo retirar toda mi ayuda y dejar que se defiendan solas.

La baronesa viuda jadeó horrorizada.

—No puede hacer eso, tiene un deber moral con nosotras.

—Algunos dirían, usted entre ellos, que no tengo moral.

Las mujeres se lanzaron una mirada preocupada.

—Tal vez cambie de opinión si recibo sinceridad de su parte.

La táctica funcionó. Lo supo incluso antes de que Helen se deshiciera en un llanto más falso que una promesa real.

—Oh, primo, lo-lo lamento. Nosotros lo hicimos por ti —dijo entre sollozos escandalosos.

—¿Ah, sí?

Sería una explicación sin duda divertida.

—Aún no tienes un heredero y… y… no parecías querer casarte, entonces… ¡Solo lo hice por tu bien y el de la familia!

Si tuviera que calificar dotes dramáticos de uno al diez, Dominik le daría un ocho. Era bastante convincente, pero todavía no había logrado soltar lágrimas falsas.

—¡Qué buen corazón el tuyo! —dijo con evidente sarcasmo—. ¿Pero no te parecen medidas extremas e injustas para la dama perjudicada? Sobre todo considerando que no pedí su ayuda.

—Mi hija quería lo mejor para los dos —intervino la baronesa viuda. Dominik les aplaudía su ímpetu en defender semejante absurdo—. Lady Rosemary es una dama de buena posición, con una buena dote y muy bonita, milord. Estaba fijada en el señor Capell, pero no es tan buen partido como usted.

—Entiendo, entonces todo fue parte de un acto de buena voluntad. Admiro tu altruismo, prima Helen.

—Gracias —musitó con recelo. Había captado la burla en su tono.

La mirada de Dominik se oscureció. No solía soportar por demasiado tiempo la hipocresía.

Se levantó con brusquedad, provocando que las dos damas lo imitaran para no sentirse tan intimidadas con su altura.

—Ya me harté de su juego. No me crean tan estúpido. Sé cuál fue la verdadera razón de tu actuar, y ya que a ti no te importó involucrarme en tu pequeña treta, a mí no me importa tu futuro. Reduciré tu dote a mil libras, y desde este momento quedan cortados los fondos para la temporada. Tendrán que arreglárselas con lo que tienen. Y reza por un esposo, porque si no lo obtienes, el año que viene no verás un penique de mí.

—¡Con esa dote no podrá conseguir un buen partido! —chilló la baronesa viuda.

—Debió pensarlo antes de involucrarme en esto —espetó sin remordimiento mientras caminaba a la salida. Por desgracia, su día apenas iniciaba—. Si me disculpan, tengo asuntos de mi futura boda que atender.

Lo último que escuchó fue un llanto estruendoso.

Apostaba que esta vez sí había lágrimas.

Le daba un diez.

Rosemary no había querido bajar a desayunar. Tampoco había pegado ojo en toda la noche. Era muy consciente de que su aspecto dejaba mucho que desear, pero no le importaba. Estaba destrozada.

—Tiene que comer algo, Rose —le dijo Rebecca acariciando su cabello. Estaba acostada a su lado en la habitación de esta, ya que Rosemary se vio incapaz de pasar la noche sola—. Todo se ve mejor con el estómago lleno.

Rosemary levantó la cara de la almohada y miró a su hermana con expresión fúnebre.

—¿Hay algo bueno que se pueda sacar de esto?

Rebecca no contestó. No era una mentirosa.

—Me lo imaginé.

Volvió a enterrar la cara en la almohada.

Rebecca quiso decir algo, pero no supo qué. Sus habilidades para dar consuelo siempre habían sido limitadas, se le daba mejor apoyar en la elaboración de venganzas.

Y vaya que se vengaría.

Helen Morgan pagaría por lo que le hizo a su hermana o ella dejaba de llamarse Rebecca Astor.

Estaba pensando en un comentario prudente cuando alguien abrió la puerta con brusquedad. Rosemary alzó la cabeza para ubicar al intruso, que no era otra que Alison.

La joven de dieciséis años entró a la habitación con un perro en los brazos y una sonrisa tan amplia que cualquiera diría que no estaba enterada del mal momento que pasaba su hermana, algo

imposible, pues el chisme se había extendido tan rápido que desde horas tempranas los criados no hablaban de otra cosa.

Rebecca esperaba que hubiera una buena razón para tanta alegría, porque en la situación de Rosemary mostrar tanta dicha era tan bien recibido como en un funeral.

—¿Adivinen de qué me he enterado?

Rebecca odiaba las adivinanzas. Lanzó a su hermana una mirada de fastidio, pero Rosemary, que por lo general era más paciente con la menor, intentó esbozar una sonrisa que la hizo parecer una aparición.

—¿De qué?

Alison se adentró en la habitación y dejó a Robby sobre la cama. Rosemary aceptó con cariño las lamidas del perro sobre su mano y lo apretó contra su cuerpo como un peluche. Robby nunca había servido tanto de apoyo como en ese momento.

La joven tardó un momento en contestar. Rosemary se fijó en que su respiración estaba agitada, debió subir corriendo las escaleras.

En otras circunstancias la habrían regañado por hacer ese esfuerzo, pero Rosemary no quiso apagar la dicha de la única que parecía contenta en esa casa. Con un poco de suerte lograba contagiarla.

—Como saben, mi doncella es muy amiga de una joven que trabaja en la casa de los Morgan. Esta mañana ha salido a buscarme unas cintas para el pelo y se ha encontrado con su amiga, quien me dijo que en la casa Morgan hubo una discusión, y que el barón le ha reducido la dote a Helen a mil libras y también le cortó los fondos para esta temporada. ¿No es increíble?

—Sí —respondió Rosemary con rencor.

No se sentía mal por sentir satisfacción ante su desdicha. A su modo de ver, se merecía eso y mucho más. ¿Cómo se había atrevido a hacer eso? Una cosa era la competencia por ver quién se quedaba con el señor Capell y otra llegar a ese nivel de maldad. La vida de una mujer cambiaba mucho cuando se casaba. Dejaba la protección de su familia para estar bajo el dominio de su esposo, quien podía hacer lo que quisiera con ella. Elegir un buen hombre era elemental,

y Helen le había quitado ese derecho, uno que no todas tenían, pero que su familia le había otorgado.

—Y no solo eso —continuó Alison, emocionada—. Le dijo que, si no se casaba esta temporada, se desentendería por completo de ella. ¿No te da satisfacción, Rose?

La pregunta hecha con preocupación se debió al cambio de expresión en la cara de Rosemary. Sí, le causaba satisfacción, pero también alentaba los temores que había estado intentando evadir toda la noche: ese hombre no tenía piedad.

Entre todos los problemas que conllevaba un matrimonio con un desconocido, que su futuro esposo hubiera enviudado tres veces era el más perturbador. Una muerte era trágica. Dos, una terrible coincidencia, pero tres… había algo raro, muy raro.

Y por lo poco que Rosemary lo había conocido, sí podría ser un asesino. Tenía la mirada macabra de uno, un carácter poco empático y una vena vengativa.

Oh, Dios, ¿dónde terminaría ella, cuyo matrimonio fue obligado?

—¿Rose? —preguntó Alison con preocupación.

Se obligó a alejar los pensamientos trágicos. Pensar que su prometido era un asesino no la ayudaría a sobrellevar la situación. Tenía que aferrarse lo más que pudiera a la sensatez.

—Estoy bien.

De pronto, Robbie empezó a ladrar y se zafó de sus brazos. Rebecca hizo ademán de perseguirlo, pero Rosemary se adelantó.

—Yo voy por él.

—Pero…

—No nos queda mucho tiempo juntos —dijo con una sonrisa melancólica—. Tengo que aprovecharlo.

Se levantó de la cama sintiendo cada músculo pesado por la falta de movimiento. Cualquiera que la viera diría que es un alma en pena, con su camisón blanco, su pelo enmarañado y carente de su buen humor habitual. No estaba muy lejos de la verdad. Su alma definitivamente estaba llorando una pena.

—Robbie —gritó mientras caminaba por el pasillo—. Robbie, ven. Si rompes algo, Raymond te echará de la casa.

No lo haría. Henrietta quería mucho a ese perro, y su hermano quería mucho a Henrietta como para enfadarla, pero nadie quería tolerar su mal humor si el canino tiraba algo.

Vio de reojo cómo la mascota bajaba las escaleras y se apresuró a seguirlo. Se preguntó qué lo habría alterado tanto, aunque no hacía falta mucho para distraerlo. Robbie podía ver una paloma en la ventana y lanzarse a perseguirla, u oler un gato en la esquina e ir a su caza. Tenía mucha energía para tener la avanzada edad de ocho años.

—¡Robbie!

No le hizo ningún caso. En cambio, dobló a la derecha.

Rosemary se arrepintió de haberlo seguido. Consideró la posibilidad de dejarlo en paz, pero cuando entraba en ese estado de excitación era más propenso a hacer algo que enfadaría a Raymond.

Corrió tras él hasta que lo vio entrar a la sala donde solía recibir a las visitas. Como no esperaban a nadie, Rosemary ni siquiera dudó en ir tras él.

Cuando entró en la estancia se quedó helada al ver que no estaba vacía.

Dominik dejó de acariciar al canino que se le había lanzado encima y este soltó un pequeño gruñido de protesta. Procuró mantener su expresión neutral, pero no pudo evitar que sus ojos recorrieran el cuerpo femenino cubierto por una tela que tendía más a lo indecente que a lo correcto.

—Lady Rosemary —dijo con educación practicada—. Qué gusto volver a verla.

Ella soltó un gemido de horror.

Quería que la tierra se la tragase. Se abrazó a sí misma, intentando cubrir su cuerpo de su mirada curiosa.

—Yo… eh… temo que se ha confundido.

Rebecca la mataría por usar ese truco, pero no era ella quien viviría con ese hombre el resto de su vida, así que no era quien debía temer pasar vergüenza frente a él.

—Sé que es usted —dijo con calma.

Ella maldijo en voz baja.

—¿Cómo?

—Por lo que vi de tu hermana, no le hubiera temblado la voz. Y creo que tenía una cicatriz en la ceja. ¿Les funciona a menudo ese truco?

—Con Raymond funciona al menos la mitad de las veces.

Él curvó los labios en una sonrisa que no llegó a completarse.

Rosemary se preguntó si era capaz de hacerlo.

Aprovechó la oportunidad para detallar mejor su aspecto. Tenía los cabellos y los ojos negros. No lucía tan aterrador como la noche anterior, pero no era ni de lejos alguien a quien pudiese describir con mirada amable. Sus rasgos parecían cincelados en piedras y las arrugas en su entrecejo decían mucho sobre su carácter. Como había supuesto, pasaba los treinta, pero no podía definir su edad con exactitud.

«Amargado y viejo», pensó con tristeza. ¡Qué desdicha la suya!

—Si me disculpa…

Miró a Robbie, pero el perro traidor parecía muy cómodo en el regazo del barón, así que supo que tendría que irse sin él. Prefería el regaño de Raymond que un minuto más ahí.

—Me comentaron que su hermano tuvo que atender un asunto urgente y regresará pronto, ¿por qué no me hace compañía?

Dominik no supo si divertirse u ofenderse por el horror en su mirada.

—Mmm… temo que no estoy presentable.

—Ciertamente parece un espectro, aun así no es un detalle que me moleste.

Ella envaró los hombros, ofendida, pero se cuidó mucho de replicar, aunque sus labios temblaban por hacerlo. La dama de esa mañana era más cautelosa que la de la noche anterior. Dominik supuso que era porque su relación ya no era la misma. Quizás le guardaba algo de respeto a su prometido.

O quizás solo necesitaba reponer energías.

—¿Acaso le tiene miedo a su futuro esposo, lady Rosemary?

«Sí», pero Rosemary moriría antes de admitirlo.

En todas las novelas que había leído, nunca era buena idea mostrar el miedo, menos si se encontraba frente a un asesino.

—Solo no creo que sea correcto.

—¿Hay algo de correcto en nuestra relación?

Tenía un punto irrefutable. Rosemary quería salir huyendo, pero se obligó a caminar hacia delante. Se dijo a modo de consuelo que sería una buena oportunidad para conocer más al hombre con el que se casaría.

Así sabría si resignarse o seguir llorando.

—Parece que no ha pasado buena noche —le comentó cuando ella se sentó.

—¿Usted sí?

—No ha sido mi noche más placentera, pero tampoco la peor.

Había tenido peores, mucho peores.

Ella se preguntó si no serían los remordimientos los que no lo dejaban dormir.

Se estremeció de imaginar qué tan sucia debía tener la conciencia.

«Calma, Rosemary». Si le daba rienda suelta a su imaginación, terminaría gritando como una histérica.

Le hizo un gesto a Robbie para que saltara a su regazo, pero el animal traidor no se inmutó. Parecía muy cómodo en las piernas del barón.

—¿Es sordo? —preguntó de repente mientras le acariciaba una oreja que no se había formado bien.

—Solo cuando le conviene, pero en general es un defecto físico.

Era la razón por la que su criador había querido sacrificarlo en un principio. Ninguna familia lo hubiera querido. Solo Henrietta tenía la nobleza de encapricharse de un canino así.

Intentó llamarlo de nuevo, pero este ni se movió. No entendía por qué le agradaba tanto el barón, cuando a ella le parecía que desprendía tan mala energía.

Se quedaron sumidos en un silencio que a Rosemary le incomodó.

—Escuché que le ha reducido considerablemente los fondos a Helen. Imagino que admitió la verdad —comentó.

Era un tema seguro y agradable.

—¿Cómo se ha enterado tan pronto?

—La doncella de mi hermana es amiga de la de Helen. Se han encontrado en Bow Street esta mañana.

—Debe haber regresado a decírselo apenas lo escuchó, pues no demoré demasiado en venir aquí después de esa discusión.

—El servicio siempre es una buena fuente de información.

«Y también de chismes falsos», pensó con amargura. Pero no quería entrar en esa discusión.

—Me imagino que le agradó la noticia.

—Sí —admitió sin remordimiento—. Creo incluso que fue bastante generoso con ella.

Él curvó los labios.

—¿No guarda mucho odio en un corazón tan tierno?

Ella se sorprendió no por la pregunta, sino por la manera de formularla. No era sarcasmo ni burla. Se atrevería a decir que lo dijo con ternura.

—¿Cómo sabe que tengo un corazón tierno?

—Porque sé lo que es tener un corazón podrido.

No fue una declaración que la tranquilizara en lo absoluto, así que, para calmar su nerviosismo, se palmeó las piernas llamando a Robbie. La mascota tuvo la prudencia de ceder a su llamado, y ella pudo calmar sus ansiosas manos acariciándolo.

—Solo creo que su actuar fue malo, y merece consecuencias igual de terribles. ¿No lo piensa así?

—¿Insinúa que debo ser más duro con ella?

—Sí.

Su respuesta podría carecer de sentido si consideraba que hacía poco se había asustado al considerar al barón un hombre vengativo, pero no era lo mismo. Rosemary le guardaba rencor, podría decirse que la odiaba, pero al presentarse la oportunidad de hacerle daño, se retractaría en el último momento porque no era un alma vengativa. Era su odio momentáneo quien estaba respondiendo, no su verdadera personalidad. En cambio, él no había dudado en vengarse de la peor manera posible para una dama: quitándole las posibilidades de conseguir un buen esposo.

«Como ella te las quitó a ti», dijo su lado más perverso.

Pasaría un tiempo antes de que pudiera sentirse mal por ella.

—¿Qué es exactamente lo que quieres que haga y cómo planeas convencerme?

Ella no supo definir la intención de la pregunta. No parecía burla ni sarcasmo, pero tampoco que hablaba con seriedad. Su tono era más a una provocación, pero era difícil definirlo.

Lo que sí presentía era que aceptar no era una buena idea.

Negó con la cabeza.

—Olvídelo. Estoy enfadado con ella. Pronto lo olvidaré.

Dominik no pudo evitar analizarla.

El día anterior no dudó en lanzarse sobre Helen, hacía poco había admitido que quería verla destruida, pero de la nada decía que terminaría por olvidar. Tenía un corazón noble y ella era consciente de eso.

No sabría definir si eso complicaría más o no su futuro juntos, pues hacía mucho tiempo que Dominik no sabía de nobleza.

—Debería irme —dijo poniéndose de pie con Robbie en brazos —. Si Ray me encuentra aquí vestida así, se enfadará.

—No dudes de ello.

La voz de Raymond la sobresaltó tanto que casi deja caer a Robbie al suelo. Su hermano estaba recostado en la puerta, con cara de disgusto.

Aunque casi siempre tenía esa expresión, a menos que Henrietta estuviera a su lado.

¿Dónde estaba Henrietta?

Rosemary intentó sonreír.

—Ray, yo… puedo explicarlo.

—Yo le pedí que se quedara —intervino Dominik.

Ella se sorprendió por la defensa, aunque ni siquiera la miró. La forma en que lo dijo, tranquilo, como si tuviera el derecho, hizo enfadar más a Raymond.

Rosemary ya sospechaba que a su hermano no le agradaba el barón, pero la mirada funesta que le dirigió confirmó esa teoría.

«No entiendo por qué, si se parecen bastante».

Ambos cargaban una expresión que haría retroceder a los débiles. Quizás la más notoria diferencia entre ambos era que

Raymond era más apariencia que carácter. No negaba que era complicado tratar con él, pero por lo general solía ser comprensivo, justo y protector. En cambio, la frialdad en la mirada del barón era real. Muy real.

«La mirada de un asesino».

Rosemary calló la voz en su cabeza. No era el momento.

—¿No le pareció inadecuado? —siseó Raymond.

—Será mi esposa. ¿Qué importa si la veo en camisón ahora o después?

Raymond estuvo a nada de lanzársele encima, y Rosemary sentía el mismo impulso.

Se sentía como un maldito objeto.

Dominik era consciente de que los había enfadado, pero no le importaba. La sensación de demostrar poder y control era lo único que tenía para no ceder a la locura por toda esa situación. Él tampoco quería ese matrimonio, y si se ponía a pensar mucho en ello, se desquiciaría.

—Terminemos con esto.

Le hizo un movimiento de mano para que lo siguiera y Dominik lo hizo de mala gana.

—¿Puedo ir también? —preguntó Rosemary.

Raymond le dirigió una mirada de disgusto a su camisón.

—Me cambiaré rápido —añadió.

Él dudó y, para su sorpresa, fue Dominik quien habló en su favor.

—También es un asunto que le incumbe.

Raymond hizo un seco asentimiento de cabeza antes de continuar su camino.

Rosemary se apresuró a subir a su habitación para vestirse. Con un poco de suerte, no empezarían sin ella.

Y con algo más de suerte, encontrará a Hattie antes de que su hermano asesinara a su prometido.

«Prometido».

La palabra se le hacía tan extraña. Siempre creyó que cuando se prometiera a alguien, se sentiría contenta, dichosa y ansiosa por su nueva vida de casada.

Sin embargo, lo único que sentía era miedo.

Quizás si el barón no tuviera tan mala fama, la situación habría sido más fácil de sobrellevar.

Pero nada de eso importaba. Su destino ya estaba escrito, y tenía que afrontarlo por más terrible que este fuera.

Al menos esperaba sobrevivir para contarlo.

Capítulo 5

La boda sería en cinco días.

Raymond y Dominik habían llegado a ese acuerdo después de una corta discusión de diez minutos, y ninguno de los dos estaba contento con ello.

—Pues así será —dijo Raymond con desgana.

No era para menos, considerando que sería él quien tendría que mover influencias para conseguir una licencia especial, pues el barón aseguró que el arzobispo no se la daría. Rosemary no quiso indagar por qué.

Observó al que dentro de unos días se convertiría en su esposo y no pudo comprender en qué momento cambió tanto su suerte. Pasar de ser una joven soltera disfrutando de la temporada a una baronesa en menos de una semana era demasiado para asimilar. Sentía que estaba en un sueño y que pronto despertaría, solo necesitaba desearlo con fuerza.

Pero no era tan sencillo.

—Si eso es todo, me retiro.

Dominik se levantó con elegancia, muy consciente de la tensión en el ambiente. Observó a la que sería su futura esposa, sentada en una esquina alejada como si eso pudiera mantenerla a distancia del problema. Admiró el temple que mostraba, a pesar de que sus manos temblorosas y su parpadeo rápido delataban sus ganas de romper en llanto.

«Pobre alma», pensó.

Dominik pocas veces se compadecía de alguien, pues era fácil perder la empatía cuando el destino nunca la tuvo con él; sin embargo, verla así le generaba una pequeña y molesta sensación querer consolarla.

Pero no había consuelo alguno, ni siquiera para él.

Las consecuencias de no casarse eran demasiado graves para ignorarlas, sobre todo para ella. Solo le quedaba la esperanza de que su destino maldito le tuviera piedad.

Lástima que hacía años también hubiera perdido la esperanza.

Hizo una inclinación de cabeza que Rosemary respondió con rigidez y se marchó. Cuando lo hizo, ambos hermanos soltaron un suspiro cansado.

—No te agrada, ¿verdad? —preguntó ella en voz baja, con muchas ganas de hacerse un ovillo si la gran cantidad de enaguas del vestido no se lo dificultara.

—No me dirás que a ti sí —replicó Raymond con sarcasmo. Ante la mirada consternada de su hermana, suavizó su tono—. No te entregaría a él si tuviera otra opción.

—¿Tan terrible es lo que se dice? —preguntó con temor.

Rosemary había escuchado rumores, pero no había indagado mucho en ello.

—No es por lo que dicen, sabes lo que pienso de los rumores. Es… su mirada. Está vacía, como si no tuviera nada por lo que vivir, como si no tuviera alma.

Rosemary no se había fijado en ello, quizás porque estaba centrada en otra cosa. Sin embargo, era cierto que su forma de hablar y comportarse decía mucho de su personalidad. Ante el anuncio del matrimonio ni siquiera se había inmutado, como si no fuera capaz de sentir emociones.

«Los asesinos no tienen sentimientos», le recordó la voz fastidiosa que estaba empeñada en ponerla nerviosa.

Iba a responder cuando la puerta se abrió con brusquedad.

—Ray, no puedes casar a Rose con ese hombre —dijo Henrietta con un tono igual de dramático que su entrada. No se había percatado de que Rosemary estaba en la habitación.

—¿Por qué? ¿Te has encontrado con él? ¿Te ha hecho algo?

Raymond estaba alerta.

—Oh, no, pero he ido a hablar con Alice y con Charlotte para pedirles que me ayudaran a mitigar el escándalo y no sabes lo que Lottie me ha contado.

—Me lo imagino —gruñó Raymond, ya más calmado—. Querida, creo que todos sabemos los rumores que corren sobre él, pero…

—Pero no sabíamos los detalles —interrumpió ella—. Son tan horribles.

—¿Qué detalles? —preguntó Rosemary con temor.

Henrietta se sobresaltó al percatarse de su sorpresa y guardó silencio. Parecía debatir si sería conveniente o no comentarlos frente a ella.

—Si me casaré con él, tengo derecho a saberlo.

—Oh, bueno, no siempre los rumores son completamente verídicos —acotó.

—Quiero saberlo. ¿Qué se dice de él y de la muerte de sus esposas?

Hattie miró a Raymond y este le hizo un gesto con la mano para que hablara, quizás sabiendo que Rosemary no desistiría de saberlo o que omitirlo sería peor.

—Oh, bueno, es importante tomar en cuenta que, aunque Lottie repite siempre lo que oye, sus fuentes no son siempre las más sinceras.

Eso solo significaba que lo que había escuchado era muy grave.

—La muerte de su primera esposa no fue extraña —comenzó Henrietta intentando cuidar sus palabras—. Tisis, concuerdan todos. No llevaban mucho de casados, apenas unos meses, por eso nunca hubo un heredero. Como es natural, el barón quiso volver a casarse. Su segunda esposa era un buen partido: la hija de un conde. Llevaban dos años de matrimonio cuando… bueno… al parecer ella se cayó de un caballo.

«O la tumbaron», pensó Rosemary. Palabras que no le había dicho, pero que seguramente estaban implícitas en las historias.

—Tampoco hubo herederos —musitó Rosemary, aunque era obvio.

—Se rumoreaba que la baronesa era estéril.

Era una razón lógica para que un hombre quisiera buscarse otra esposa, sobre uno que obtuvo el título por azar y necesitaba afianzarlo.

—¿La tercera? —preguntó con voz aguda.

Henrietta empezó a arrugar su vestido. Estaba nerviosa, y eso solo acentuó la histeria de Rosemary.

—Sobrina de un vizconde. Quedó embarazada a los tres meses de matrimonio, pero fue un parto complicado y el bebé nació muerto. El doctor comentó que, con toda la sangre que había perdido, si vivía, temía que no volviera a concebir.

—¿Cómo murió? —preguntó Rosemary.

—Rosemary, son solo rumores —intervino Raymond.

—¿Cómo murió? —insistió.

—Nadie sabe. Semanas después del parto, simplemente la encontraron muerta en su habitación, aunque algunos dicen que… bueno… que quizás fue envenenada.

Rosemary jadeó.

—Cálmate —le pidió su hermano al verla temblar.

—¿Que me calme? Me acaban de decir que si no le doy hijo a ese hombre, me matará.

—Sé por experiencia que no es tan complicado como puede parecer en un principio —comentó Hattie, pensativa.

Raymond le dirigió una mirada de advertencia y ella se sonrojó.

—Sin embargo, no tiene sentido que el barón hubiera matado a sus esposas por falta de herederos, puesto que en ese caso habría estado buscando otra esposa; en cambio, lleva años encerrado en el campo.

No era que pudiera conseguir otra esposa con esa reputación. Ninguna dama en su sano juicio se casaría con él, a menos que…

Rosemary se levantó de un brinco cuando una idea asaltó su cabeza.

¿Podría ser que…?

No, él no pudo haber planeado eso. Si era cómplice de Helen, ¿por qué castigarla de esa manera? A menos que quisiera parecer inocente…

Un criminal siempre optaría por parecer inocente.

—Querida, ¿estás bien? —le preguntó Henrietta.

En absoluto. Pero no podía decir sus teorías conspirativas frente a ellos. Raymond no la comprendería, y Henrietta se asustaría.

—Disculpen —dijo con voz ausente mientras caminaba a la entrada.

Rebecca seguía en la misma habitación cuando Rosemary entró.

—¿Qué ha pasado? Tienes peor aspecto que cuando bajaste.

Rosemary le contó lo que había dicho Henrietta, y formuló su teoría de que él había sido cómplice de esa trampa.

Rebecca lo meditó.

—No lo sé. No parecía demasiado contento.

—Puede estar fingiendo inocencia. Los asesinos siempre fingen inocencia.

—También fingen ser encantadores. Rose, la amargura de ese hombre no puede ser fingida, te lo aseguro.

La amargura no era una característica que Rebecca criticara, sobre todo porque ella tendía a ser más odiosa que amigable, pero la acritud del barón sobrepasaba incluso su tolerancia. El odio que ese hombre le tenía al mundo era real. Muy real.

Eso le preocupaba más que la teoría de que fuera un asesino.

—Está bien, supongamos que no estuvo involucrado, pero tiene que estar maldito. ¿Cómo es posible que se le hayan muerto tres mujeres? ¿Quién me asegura que no seré la próxima?

—Yo no creo en maldiciones —dijo Rebecca con sinceridad—. Creo que simplemente ha sido desafortunado.

—¿Por qué lo estás defendiendo?

—Estoy siendo objetiva, y tú también deberías serlo. Casarse pensando que tu futuro esposo es un asesino no puede ser bueno para los nervios.

—Mis nervios no estarían en paz ni aunque se rumoreara que es la mejor persona del mundo.

Porque, a fin y al cabo, estaba por casarse con un hombre que solo había visto dos veces. Eso iba en contra de lo que siempre deseó, de lo que había planificado desde que se había permitido soñar con un esposo.

Las lágrimas empezaron a inundar sus ojos y Rebecca la abrazó.

—Ay, querida Rose, todo va a estar bien.

—No quiero irme sola al campo con él —gimoteó—. Me volveré loca encerrada allí.

Era el tema que más la había alterado en la conversación de ese día. El barón había manifestado que la boda tenía que ser pronto, porque no quería permanecer mucho tiempo en Londres. No lo había dicho directamente, pero todos asumían que Rosemary tendría que irse con él. Dejarla sola en Londres estando recién casada sería una humillación casi tan grande como no querer casarse con ella.

—Bueno, supongo que…

Rebecca calló, insegura de su propuesta, pero Rosemary ya la estaba mirando con esperanza.

—Podría acompañarte lo que queda de la temporada y hasta comienzos de la otra, supongo. Si es que logramos convencer a Raymond y a tu esposo de que…

No la dejó terminar, la abrazó tan fuerte que casi le quita el aire.

—Oh, Becca, no sabes cuánto te quiero.

Rebecca se zafó de su abrazo.

—No te ilusiones. Hay que convencer a Raymond y Henrietta, y como si eso no fuera suficientemente difícil, tu prometido tiene que aceptar.

—Lo hará —aseguró Rosemary, porque ante todo era optimista—. Yo hablaré con él.

Si no tenía intenciones de hacerle daño, como Rebecca aseguraba, no tendría por qué negarse. Tener a su hermana allí al menos durante un tiempo sería un gran consuelo para ella.

—Le mandará una nota… No, mejor iré a verlo. Suelo ser más persuasiva en persona.

Se bajó de la cama con rapidez y se observó en el espejo para ver su aspecto.

—¿Piensas ir en este momento? —preguntó con incredulidad—. ¿Y sola?

—¿Por qué no? Mi reputación ya está arruinada.

—Pero eso no implica que haya que arruinarla más —espetó Rebecca.

Por lo general, Rosemary solía ser la más sensata de las dos, por lo que ser la voz de la razón era un papel extraño para Rebecca. Sin embargo, había cosas que eran cuestión de lógica. Si ya se estaba en la ruina, lo ideal sería no arruinarse más.

—Además —continuó—. Deberíamos hablar primero con Raymond.

—Si el barón acepta, Raymond tendrá una excusa menos para decir que no.

A decir verdad, a Rosemary no le preocupaba tanto su hermano, pues sabía que de alguna u otra manera podría lograr convencerlo. El objetivo principal era el barón.

—Oh, por los dioses —dijo Rebecca con exasperación, arrepintiéndose de su sugerencia—. Está bien, iré contigo. Iré a preguntarle a Henrietta si nos quiere acompañar.

O, mejor dicho, iría a avisarle que saldrían para que esta se viera obligada a acompañarlas, pues su cuñada jamás permitiría que fueran solas a casa de un caballero soltero por más que este estuviera a punto de volverse parte de la familia.

—No le digas la razón, no todavía —le advirtió Rosemary.

Aunque Henrietta por lo general solía ser un apoyo, Rosemary la conocía lo suficiente para saber que estaría más en contra que a favor de ese plan. Su cuñada podría empatizar con la idea de que Rosemary necesitaba un apoyo en esa nueva vida, pero no con que Rebecca, a quien todavía había que buscarle esposo, fuera ese apoyo. Para una joven que seguía soltera en su segunda temporada, cada semana en sociedad era importante, y su Hattie, que había estado a punto de quedarse soltera para siempre, no le deseaba a nadie ese

mal, por lo que tan solo la sugerencia de que Rebecca se ausentara lo que restaba de esa temporada seguramente la infartaría.

Pero con Henrietta lidiaría después. Lo fundamental, por el momento, era el barón.

Se terminó de sujetar los rizos sueltos en el cabello, se pellizcó las mejillas para darle color y se echó un poco de perfume en el cuello. Con los años, había aprendido que era más fácil obtener lo que se quería de un caballero (y también de una dama) si su aspecto era lo suficientemente dulce para generar a este el instinto de complacer.

Quizás el barón no parecía alguien que se sometiera con facilidad a una cara suplicante, pero Rosemary en su optimismo quería pensar que no era de piedra. Ella estaba segura de que podría hacerlo ceder; pondría todo su empeño en ello.

Y lo lograría, por supuesto que sí.

Capítulo 6

—Ni lo sueñes.

La sonrisa de Rosemary se borró ante el tono brusco que no admitía réplica.

Dominik, sentado tras su escritorio con demasiadas cartas que contestar, miró de reojo a la mujer frente a sí sin inmutarse por su evidente decepción.

Ya había supuesto que deseaba algo cuando se presentó en su casa con su hermana y la marquesa y le pidió hablar a solas con una sonrisa calculada. Había conocido suficientes mujeres en su vida para distinguir una mirada destinada a persuadir.

—¿Por qué no? —chilló ella.

—Es suficientemente malo tenerte a ti, para también tener a tu doble.

Ella jadeó, pero como era una joven lista, decidió no ponerse a discutir sobre su comentario grosero.

—Rebecca no molestará. Ni siquiera la sentirá.

—Lo dudo.

No había hablado con la gemela, pero no le pareció que tuviera un carácter de los que pasaban desapercibidos.

—Por favor —rogó con una mirada de cachorro bien ensayada —. Esto es muy difícil para mí. Tener a alguien que me acompañe lo hará más sencillo.

—Una lección de vida, niña: las cosas no siempre podrán ser sencillas. Hay situaciones que tienes que sobrellevar sola.

Dominik no tenía intención de ser cruel, pero tampoco de sacrificar la paz de su casa, que ya de por sí se vería alterada por su llegada, solo por complacerla, pues, aunque sentía un particular deseo de hacerlo, lo que le había dicho era verdad: tenía que aprender a afrontar las situaciones complicadas sola.

—Por favor —insistió con una expresión de súplica cada vez más convincente—. Haré lo que quiera.

Dominik se levantó, sobresaltándola. Rosemary empezó a respirar con rapidez cuando lo observó acercarse. Quizás se había pasado al decirle eso, pero le había ganado la desesperación. Ya que

se había ilusionado con el apoyo de Rebecca, no podía concebir no tenerlo en su aterrador futuro.

Él se ubicó detrás de ella. Al principio, su intención había sido solo intimidarla para que dejara de insistir, pero al captar su aroma, una necesidad más primitiva se apoderó de él. Quedó prendado. Quería enterrar la cara en su cuello y embriagarse con su olor.

—Es una oferta tentadora, pero como mi esposa, ya estarías obligada a hacer lo que yo desee —susurró inclinado hacia su oído.

Ella enrojeció y su respiración empezó a acelerarse. Desde su posición, observó sus senos subir y bajar y una punzada de excitación le recorrió la entrepierna. Eran las consecuencias de tres años de celibato, supuso. No podía pretender ser un ser superior que no cedía a los deseos carnales. Empezó a imaginarse cosas poco convenientes, sobre todo considerando que cuando se coordinó la boda, no había pensado tocarla, mucho menos dejarla embarazada.

—¡Es un idiota! —espetó.

Su cercanía le estaba erizando la piel, su aliento cálido le dificultaba pensar. ¿Qué le pasaba? ¿Eran los nervios?

—Quizás —respondió tomando distancia. La necesitaba—. Pero dígame, ¿por qué tiene tanto miedo de vivir conmigo para necesitar que la hermana más fuerte venga a protegerla?

Ella jadeó, indignada. Dominik sabía bien el efecto que sus palabras causarían y eso era lo que deseaba. Por supuesto que conocía la razón de su miedo, no era difícil suponerlo, y eso lo enojaba hasta el punto de querer ser cruel.

—No es eso, es solo que…

Bien, sí era eso, pero Rosemary no se veía capaz de decírselo. Frustrada por su propia muestra de debilidad, se levantó con brusquedad.

—Olvídelo.

Dio media vuelta dispuesta a irse, pero el mismo instinto traidor que la había instado a acercarse a ella lo hizo reaccionar con irracionalidad. Le tomó de la mano y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo, sujetándola por la cintura.

La cercanía dejó a Rosemary sin poder pensar con claridad. Solo dos veces había estado en una posición tan íntima con un

hombre y en las dos había sido con él. La primera vez tuvo la excusa de la sorpresa, pero en esa ocasión su falta de reacción se debía a otra cosa: su cuerpo era sorprendentemente cálido.

Sentirse segura y protegida en los brazos de un hombre que se rumoreaba había matado a, al menos, dos de sus esposas, sin duda debía ser un fallo de su cerebro. Se obligó a intentar apartarse, pero no solo su abrazo no era desagradable, sino que desprendía un placentero olor masculino que nublaba su sentido común y mermaba sus fuerzas.

Oh, Dios. ¿Qué le pasaba?

—¿Está de acuerdo su hermano con este absurdo plan?

Ella tardó un momento en responder, hipnotizada por su voz ronca y suave.

—Si usted hubiera aceptado, no creo que tuviera alguna objeción.

Él sonrió. O al menos hizo amago de ello. Era la sonrisa más real que le había visto hasta el momento, pero también se asemejaba más a una mueca burlona y amarga.

—Me parece tierno que creyera que yo sería más fácil de persuadir. Dígame, ¿cuántas veces ha obtenido lo que quiere usando esa sonrisa tierna y la mirada de cachorro?

—Más de la mitad de las veces —confesó, algo inquieta por la profundidad de su mirada. ¿Era su impresión, o sus ojos se habían oscurecido más?—. Supongo que me dirá que con usted no funciona.

—Depende de la petición, y de qué tan buen humor me encuentre.

—¿Acaso sabe lo que es estar de buen humor? —espetó con amargura.

Como respuesta, Dominik la apretó más contra sí. Sus ojos llenos de una intensidad difícil de descifrar.

—A veces la vida no te permite estar de buen humor.

Y él lo sabía muy bien.

El recuerdo de su realidad trajo consigo una amargura que ya conocía. Estuvo a punto de dejarla libre cuando el aroma a jazmín disipó los malos pensamientos como el aire se lleva el humo. Sus

ojos se fijaron en sus labios, gruesos, con una adorable forma de corazón. Quería besarla y ¿por qué no podía hacerlo? Si ella sería su mujer, ¿por qué no aprovechar los beneficios de tan cruel destino impuesto? La moral estaba hecha para aquellos a los que la vida sí les tenía piedad.

—Quizás mi humor mejore si mi futura esposa sabe persuadirme adecuadamente —musitó mientras le acariciaba los labios con el dedo índice—. Quiero besarte.

Ella tragó saliva, más nerviosa de lo que se había sentido nunca. ¿Era una petición o un aviso? ¿Se enojaría si se negaba? ¿Quería negarse?

Era un aviso. Lo supo en cuanto él unió sus labios sin siquiera esperar respuesta.

Rosemary no supo cómo reaccionar ante el frenesí de su embate. Nunca la habían besado, y la fiereza con la que el barón estaba asaltando su boca la dejó desconcertada. Puso la mano sobre su pecho con la intención de apartarlo, pero no fue necesario, él mismo concluyó el beso.

—Correspóndeme —ordenó con voz ronca.

—No sé cómo —siseó con vergüenza.

Entonces, él comprendió que estaba actuando como un idiota. La niña posiblemente no había besado a nadie en su vida.

Se inclinó nuevamente hacia ella, pero en esta ocasión, apenas fue un roce de labios. Uno, dos, tres, hasta que ella consiguió seguir el ritmo.

Rosemary sintió un cosquilleo que le recorría el cuerpo y se concentraba entre sus piernas. Era agradable, muy agradable. Tanto, que las manos que antes habían intentado empujarlo se deslizaron hasta sus hombros.

El beso adquirió un ritmo placentero. Era como una danza, cada vez más intenso, hasta que la respiración empezó a faltar. Entonces, la intensidad disminuyó y sus labios por fin se separaron.

Rosemary estaba desconcertada por el ritmo acelerado de su corazón y la sensibilidad de su piel.

Él se alejó de ella con lentitud, también reacio a prescindir del contacto.

Tanto tiempo reprimiendo esos instintos primitivos, le habían pasado factura.

—¿Al menos pensará lo de Rebecca? —preguntó ella sin reconocer su voz. Estaba ronca.

—No.

Su cara de indignación fue graciosa, como la de una niña a la que le habían prometido una recompensa si se portaba bien, pero no le cumplieron. En defensa de Dominik, jamás le prometió nada.

—Pero…

—Tener a otro miembro de tu familia en mi casa no está en discusión, Rosemary —dijo con calma. El uso de su nombre la sobresaltó, pero ya a esas alturas se le hacían ridículas las formalidades—. Como mucho, puedo permitir que te traigas al perro.

Los animales le gustaban. Eran mejores que los humanos en muchos aspectos.

Ella hizo un puchero.

Robbie no sería un apoyo tan útil como Rebecca, y dudaba que Henrietta la quisiera lo suficiente para permitir que se lo llevara.

—Aunque sea quedémonos en Londres lo que resta de la temporada —suplicó en un último intento de que su vida no se volviera un completo caso.

Él negó con la cabeza. No se quedaría en ese nido de víboras que llamaban sociedad ni por equivocación.

—Eso tampoco está en discusión.

Rosemary apretó los dientes y, a fuerza de voluntad, contuvo las lágrimas que amenazaron con llenar sus ojos.

—Si me disculpa, creo que ya no tenemos nada más que discutir —murmuró malhumorada.

La razón de su enojo no se debía solo a no haber conseguido lo que deseaba, sino a su propia reacción cuando él la tomó entre sus brazos. Él era intransigente, cruel, ¿por qué había cedido tan rápido a sus exigencias?

¿Por qué se había sentido tan bien, cuando él ni siquiera le gustaba?

Azorada, caminó hacia la puerta, sin importarle si él la seguía o no.

Él lo hizo, por supuesto.

Llegaron a la sala del té donde la estaban esperando Henrietta y Rebecca, quienes se pusieron de pie ante su llegada. Su hermana solo necesitó ver su expresión funesta para saber el resultado de la conversación, y Henrietta, quien creía que solo había ido allí a pedirle que no se la llevara al campo, la observó con compasión.

—Ya podemos irnos —musitó con voz controlada.

Dominik sintió una ligera punzada de culpa al ver cómo intentaba no desmoronarse. Sin embargo, ceder a sus exigencias no era una opción. Él no se podía quedar en Londres, y definitivamente no llevaría a la hermana a su casa. Podía comprender sus miedos, pero a veces, en la vida, se tenían que afrontar situaciones desagradables. Él había aprendido esa lección, y ella también tendría que hacerlo.

Habían empezado a caminar hacia la puerta cuando esta se abrió. Ante ellos, aparecieron Helen, la baronesa viuda, y el señor Capell.

Rosemary sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago. La vida parecía no conformarse con imponerle un cruel destino, sino que también le recordaba lo que pudo haber tenido.

—Oh, disculpen. No sabía que el salón estaba ocupado —murmuró Helen, aferrada al brazo del señor Capell.

Claro que lo sabía. Su cara de suficiencia hablaba por sí sola. Rosemary apretó los dientes y se obligó el saludo correspondiente, una venia perfecta a pesar de que tenía el cuerpo más tenso que un palo.

—Nosotras ya nos marchábamos —murmuró Henrietta intentando aligerar la tensión del ambiente—. Un gusto encontrarlas aquí.

—Esta siempre será su casa, después de todo, pronto seremos familia —comentó Helen con malicia—. Señor Capell, creo que no conoce a mi primo, el barón Mowbrat. Es el prometido de lady Rosemary.

En sus ojos bailaba una amargura que exigía venganza. Rosemary quiso lanzársele encima, pero tuvo suficiente control para no darle el gusto.

—Un placer, milord —murmuró el señor Capell, incómodo.

Dominik respondió al saludo con una seca inclinación de cabeza, más pendiente en la interacción de su prometida con su antiguo pretendiente.

Hasta el momento, no se había puesto a pensar en la profundidad de los sentimientos de ella hacia él. Tener una mujer enamorada de otro a su lado sin duda sería un incordio, pero ese no parecía ser el caso. El ambiente entre ambos era innegablemente incómodo, pero el dolor en los ojos de Rosemary parecía más relacionado con la humillación a la que la quería someter Helen, que el dolor de la pérdida de un amor. Conocía lo suficientemente bien el último para saber identificarlo.

—El señor Capell me pidió permiso ayer para visitar a Helen hoy, y manifestó la intención de hablar con usted, primo —dijo la baronesa viuda con altanería.

El señor Capell se tensó. Hubiera insinuado eso o no, no le agradó que alguien más lo dijera por él.

La tensión en el ambiente aumentó. Henrietta torció la boca, Rebecca parecía querer decir algo, pero, para sorpresa de todos, fue Rosemary quien rompió el silencio.

—Es usted dichosa de tener un caballero como el señor Capell cortejándola, lady Helen —dijo Rosemary con una voz peligrosamente dulce—. Después del incidente de su dote, que él siga haciéndolo habla mucho de los sentimientos por usted.

Pero él no lo sabía. Quedó en evidencia con su expresión de desconcierto y la ira en la cara de madre e hija.

Ese debía ser el primer comentario impertinente que nadie reprochó. Rebecca sonreía con malicia, Henrietta fingió que no lo había escuchado, e incluso Dominik curvó los labios.

«Pequeña bruja», pensó Dominik.

Pero no era algo que le disgustase. En la vida había que aprender a defenderse, era parte de la naturaleza. Los fuertes acababan con los débiles.

Y, a veces, ser malo era divertido.

—Es verdad —comentó Dominik, regocijándose de la expresión de Helen—. Entenderá que cuando uno se casa, las

prioridades pasan a ser otras. Y nuestra querida dama está acostumbrada a una vida que, como esposo, tengo el deber de seguir dándole, ¿no cree?

El señor Capell asintió, pero la incomodidad en su mirada era evidente. Rosemary contuvo el impulso de esbozar una sonrisa de agradecimiento.

—Creo que he llegado a una hora inoportuna —dijo el señor Capell con cautela, zafándose disimuladamente del brazo de Helen —. Quizás deba regresar después.

—Oh, no, ellas ya se iban —comentó Helen.

Volvió a tomar su brazo y, por educación, él lo aceptó. Sin embargo, todos sabían que, aunque se aferrase a él, este no se iba a quedar.

—Si nos disculpan —murmuró Dominik.

Tomó a Rosemary del brazo, sobresaltándola, y caminó hacia la salida.

De camino a la puerta principal, su paso era lo suficientemente rápido para que Rosemary apenas pudiera seguirlo, y para que sus acompañantes estuvieran a una distancia considerable.

—Es una interesada, lo sabes, ¿no? —le preguntó en voz baja mientras caminaba.

Ella no necesitó que se explicara.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué querías casarte con él?

Dominik no la hubiera descrito como el tipo de dama que aceptaría un matrimonio por interés, sino como las románticas empedernidas que al final resultaban ser un inconveniente. Si bien parecía sensata y contenida para algunas cosas, fue evidente la noche anterior que, en cuestiones de pretendientes, su sentido común se iba de paseo.

—Que se acerque a mí por un motivo no significa que no pueda llegar a quererme —explicó con calma—. Una dama tiene pocos recursos a su favor para atraer al caballero que desea, y tiene que aprovecharlos. Yo… estaba segura de que cuando me conociera mejor también le gustaría, e incluso podría llegar a amar.

Ah, ahí estaba la vena romántica, acompañada, como siempre, con una percepción de la realidad muy alterada.

—Te diré lo que hubiera pasado —dijo sin tapujos mientras se detenían frente a la puerta—. Se habría casado contigo para asegurar su posición económica y ascender en sociedad. Entonces, como ha tenido muy poco poder en su vida por ser un hijo segundo, habría intentado sentirse mejor ejerciendo autoridad sobre ti, que sería lo único que estaría a su disposición.

Ella jadeó, horrorizada.

—Una visión un poco macabra, ¿no cree? ¿Piensa que tengo tan poca personalidad que nadie se enamoraría de mí?

—Creo que él no se enamoraría de usted —corrigió, aunque su voz seguía careciendo de tacto—. Caballeros como él están demasiado obsesionados con ascender y mostrar algo de valor para que su corazón albergue otros sentimientos que no sean la codicia.

Rosemary apretó los labios, furiosa. ¿Qué sabía él? Era evidente que su visión de la vida estaba sesgada por la amargura y el odio. Como era un ser sin empatía, creyó que todos pensaban con la misma frialdad.

Sí, era consciente de que lo que relataba era una posibilidad, pues era algo que sucedía con mucha frecuencia en su círculo, pero se negaba a creer que el señor Capell hubiera tenido tan macabras intenciones. Ella no era tan ingenua, no podía haberse equivocado tanto al juzgarlo.

—¿Insinúa entonces que debo agradecerle a la vida por haberme librado de tan terrible futuro al comprometerme con usted?

—Por Dios, no. Yo no estoy agradecido, se lo aseguro. Solo digo que el futuro podría haber sido mucho peor, pues, aunque te cueste creerlo, no tengo ninguna intención de hacerte daño.

Ella entendió el mensaje, pero le costaba creerlo. ¿Cómo podía hacerlo con todo lo que se decía de él? ¿Cómo podía confiar en alguien que hasta el momento solo le había mostrado frialdad?

«El beso no fue frío», dijo una voz traicionera en su cabeza, y se sonrojó al recordarlo. Su piel aún cosquilleaba ante el contacto, y su centro palpitaba por algo que desconocía.

Por suerte, no tuvo que responder. Henrietta y Rebecca los alcanzaron en ese momento y se despidieron.

—Nos vemos en la boda, lady Rosemary —musitó él.

Quizás fuera porque estaba susceptible, o porque lo dijo mirando sus labios, pero Rosemary sintió que había intenciones ocultas tras esa frase.

Intención, quizás, de terminar lo que ya había empezado.

Después de que las damas se marcharan, Dominik regresó a su despacho. En el camino, pasó por el salón de visitas y echó un vistazo rápido al interior. Todos estaban tensos e incómodos.

«Excelente», pensó.

Tal vez, el señor Capell era el tipo de pretendiente que su prima se merecía, pero dado todo lo que había hecho, darle el gusto de conseguirlo habría sido muy generoso de su parte.

Una vez en su despacho, fue a un estante y se sirvió una copa, pensando en su situación actual.

Dentro de cinco días se casaría, y estaba lejos de encontrarse feliz por ello. ¿Qué se suponía que haría con otra mujer?

Al principio, había pensado en mantener la falsa unos meses y después mandarla a pasar largas temporadas con su familia. Los herederos poco le importaban, pues lo único que quería a esas alturas de su vida era paz.

Sin embargo, algo cambió después del beso.

Dominik tenía que admitir que la deseaba, mucho, hasta el punto de ser egoísta y querer aprovechar todos los beneficios que tener una esposa implicaba. Al final, si la vida estaba empeñada en desquiciarlo, ¿por qué no sacar beneficio de sus desgracias? ¿Por qué ser considerado cuando esta nunca lo había sido con él?

Si estaba maldito, podría intentar llevar lo mejor posible el tiempo antes de la desgracia.

Mientras no se enamorara, podría sobrellevarlo, como siempre.

O eso esperaba.

De verdad lo esperaba.

Capítulo 7

—¿Y si huyo al campo? —preguntó Rosemary mirando al techo—. Aún estoy a tiempo, ¿no?

Nadie le respondió, quizás porque era difícil tomar sus palabras en serio cuando tenía puesto el vestido que usaría para su boda, que sería exactamente en dos horas.

—Te vas a arrugar el vestido y soltar el peinado —refunfuñó Henrietta—. Siéntate como una señorita decente.

Rosemary la ignoró.

—Rebecca, si te vas a la casa en Yorkshire, no creo que se atreva a echarte.

—No tengo muchas ganas de enfrentar su ira —comentó su hermana sin mostrar ni un poco de empatía.

Después del fallido intento de llevarla consigo, Rebecca se había mostrado más pragmática que de costumbre. Intentó hacerla sentir mejor diciéndole que debía tener paciencia y que después idearían una mejor forma de solventar el problema, pero eso no le supuso a Rosemary ningún consuelo. En pocas horas estaría camino a un pueblo desconocido con un hombre que había visto solo tres veces. Que dicho hombre fuera un posible asesino solo empeoraba su nerviosismo.

—No digan tonterías —las regañó Henrietta mientras ajustaba los lazos en la cabeza de la niña que jugaba en el suelo—. Rebecca no puede irse, tiene que conseguir esposo.

Rebecca, sentada en el borde de la cama, hizo una mueca de desagrado que Henrietta ignoró.

—No me quiero casar —gimoteó Rosemary—. Ni siquiera lo conozco.

Todos se quedaron en silencio. Incluso Abby dejó de jugar con los bloques de madera para mirarla fijamente. Tenía tres años, pero podía escuchar la desesperación en su voz.

—Yo conocí poco a tu hermano antes de la boda —comentó Henrietta, dubitativa—. Y ha sido un hermoso matrimonio.

—Mi hermano no tenía tres viudas en su historia —protestó Rosemary.

—Son solo rumores.

Pero ni siquiera ella estaba segura. Henrietta quería aparentar ser sensata, pero no podía matar su lado supersticioso.

—Podemos conseguir que te devuelva —sugirió Rebecca.

Henrietta la miró con horror.

—¿Te has vuelto loca? —chilló.

No era para menos. No había peor deshonra para una mujer que ser devuelta. Casi siempre significaba que había hecho algo muy grave.

—No en el mal sentido —se explicó—. Me refiero a que la deje pasar largas temporadas con nosotros. Entiendo que no le gusta salir del campo, así que quizás pueda venir aquí los meses que dura la temporada social, y uno que otro invierno. No sería tan extraño, muchas parejas lo hacen cuando ya no se toleran. A lo mejor, si lo perturba demasiado, lo hace.

Rosemary se incorporó.

—¿A qué te refieres?

—Bien, no parece un hombre que aprecie el bullicio. Si llenas su casa de ruido, hablas demasiado y perturbas su paz, puede que se vea ansioso por no tenerte en casa. Lo único que tienes que hacer es comportarte como siempre.

Rosemary hubiera fruncido el ceño si la idea no fuera buena. Era cierto que el barón parecía un hombre dado a los silencios y que se molestaba con facilidad. Tal vez si…

—Es una idea absurda —dijo Henrietta interrumpiendo sus pensamientos—. No será feliz si siempre está buscando cómo escapar.

—¿Y quién dice que seré feliz con él? —replicó ella—. Estaría mejor sola. Es amargado, odioso y cruel. Jamás seré dichosa a su lado.

—No puedes saberlo si no te das la oportunidad —insistió Henrietta. Se sentó a su lado y le puso una mano sobre la pierna—. Entiendo que no es una situación fácil, pero a veces

la vida nos lleva por caminos que no esperamos, y hay que afrontarlos de la mejor manera posible, o vivirás siempre desdichada.

Era un consejo basado en su propia experiencia. Aunque su naturaleza optimista dijera lo contrario, Henrietta no había tenido una vida del todo. Su padre murió antes de que ella pudiera casarse, y tuvo que depender de la caridad de su tío para vivir, lo que inconscientemente la presionaba más para buscar esposo. Había llegado ya a una edad en la que se consideraba un caso perdido si no hubiera llegado Raymond, quien se casó con ella no porque la quisiera, sino porque estaba igual de desesperado.

Y había funcionado muy bien ese matrimonio, sí, pero Rosemary era incapaz de esperanzarse, pues la diferencia crucial en ambos casos era que a ellos nadie los había forzado a una boda.

—Yo solo decía que… —comentó Rebecca.

Henrietta la interrumpió.

—¿Me puedes dejar a solas con ella un momento?

Las hermanas se miraron con recelo. Rebecca esperaba la confirmación de Rosemary. Henrietta podría ser su cuñada, pero si Rosemary no quería quedarse a solas con ella, Rebecca no se iría, no importaba quién se enfureciese. Siempre había habido un acuerdo tácito de protección entre ambas.

Rosemary asintió y Rebecca se puso de pie con lentitud. Aunque intentaba aparentar calma, esa situación también le tenía los nervios irritados. No podía simplemente ignorar el sufrimiento de su hermana, pero tampoco se le ocurría una solución sensata para acabar con el problema.

Y si no había solución racional, tendrían que hacer uso de las irracionales.

Tomó a Abby en brazos y caminó hacia la puerta. La niña protestó por ser alejada de sus juguetes, pero Rebecca la ignoró. Tenía muchas cosas en las que pensar.

Cuando Rebecca salió, Henrietta empezó a pasearse por toda la habitación, nerviosa.

—Hay algo que necesitas saber, pero eh…, no estoy segura de cómo comenzar.

No fue un inicio alentador. Rosemary se daba una idea sobre lo que quería hablar. Tenía algunas amigas casadas, y todas comentaron sobre la charla que tenían sus madres con ellas antes de la boda. Henrietta no era su madre, sin embargo, era la única representación femenina casada que tenía cerca, así que supuso que asumió el papel.

Tenía miedo.

—¿Sabes cómo nos reproducimos? —soltó de pronto.

El tacto no solía ser una de sus virtudes.

—No estoy segura de que quiera saberlo —murmuró.

Henrietta frunció el ceño.

—No hay manera cómoda de hablar sobre esto —dijo después de un rato. Volvió a sentarse en la esquina de la cama, las manos arrugando su vestido con evidente inquietud—. Pero es necesario que sepas qué esperar, y que estés bien informada porque… bueno, digamos que mi madre no me explicó bien y mi noche de bodas pasé una vergüenza terrible. De vez en cuando tu hermano aún se burla de eso.

Rosemary esperaba que la conversación no incluyera una descripción de la noche de bodas con su hermano. No podría tolerarlo.

Ya la sensación de que se la tragara la tierra era lo suficientemente grande.

—Digamos que el hombre y la mujer están hechos. —Entrecruzó sus manos como si esa fuera una representación gráfica adecuada—. Cada uno tiene…

—Por favor —suplicó Rosemary con las mejillas sonrosadas—. ¿Podemos omitir esta conversación?

—No —dijo Henrietta con firmeza. Al ver su expresión llorosa, le rodeó los hombros con un brazo—. Oh, querida. Es importante que lo sepas. Él esperará ciertas cosas de ti, ¿sabes? Y creo que no hay nada peor que enfrentarse a ellas con ignorancia.

Tenía un punto indiscutible, pero, en ese momento, lo único que quería Rosemary era escapar de la terrible realidad que se avecinaba. Quería fingir que no se casaba ese día. Quería ignorar que él esperaría cosas de ella, y quería creer que todo había sido una pesadilla, que pronto despertaría y que su vida seguiría siendo tal como antes.

Creer en lo imposible era lo único que la mantenía cuerda.

—No tiene por qué ser terrible, ¿sabes? —dijo con empatía—. Y no me refiero solo a la noche de bodas, sino a tu vida en general. No tiene por qué ser un sufrimiento eterno. A veces, solo basta enfrentar los problemas con cierto optimismo para que estos no sean tan horribles. Sé que no es fácil, pero podrías intentar ver más allá de lo que dicen. ¿Y si solo es un hombre que ha tenido mala suerte en la vida?

—Hattie. Han sido tres matrimonios. ¡Tres!

—Hay gente a la que la vida no le sonríe, querida —dijo con calma—. Él puede ser uno de ellos.

No era una posibilidad que se pudiera descartar, pero tampoco lo suficientemente sólida para animarla.

—Ahora bien, volviendo a la noche de bodas…

Lo que procedió no era una explicación que Rosemary quisiera recordar, a pesar de los múltiples intentos por tranquilizarla con frases como «no es terrible, aunque creo que depende del hombre», «él tiene experiencia, seguramente es amable» o «solo relájate». Pero ¿cómo se iba a relajar? Si la explicación física del acto no parecía muy agradable.

Cuando terminó, Rosemary tenía ganas de saltar por la ventana.

—¿Puedes dejarme un momento a solas, por favor?

Hattie asintió, comprensiva. No demores mucho, el carruaje espera.

Salió de la habitación, dejándola sola. Rosemary se fijó en cada detalle del que había sido su lugar seguro durante años, y se le aguaron los ojos al imaginar que nunca más volvería allí. ¿Cómo hacían las demás? Dejar su familia, su

casa, su protección por un futuro incierto. Quizás era más fácil cuando había sentimientos de por medio, pero imaginar dejar todo eso por algo desconocido le agitaba los nervios.

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera. El día estaba lindo, soleado, con pajaritos cantando dichosos, celebrando su libertad. Cómo quisiera ser un pájaro en esos momentos. Libre, feliz, y no estar encerrada en la jaula impuesta por las normas sociales.

Alguien abrió la puerta, sobresaltándola. Rebecca apareció, su rostro una máscara de decisión.

—Tengo un plan. Es terriblemente insensato e imprudente, pero no hay manera razonable de salir de este problema, así que…

—Explícate, Becca.

—Podemos huir.

Rosemary no se esperaba eso.

—Tengo algo de dinero ahorrado, y joyas que vender. Tú también debes tener. Podemos irnos al sur, o quizás a Escocia. Fingiremos que somos dos hermanas arruinadas que buscamos trabajo de doncellas o institutriz, quizás de maestras en un pequeño pueblo. Tendremos una libertad limitada, pero más de lo que tenemos ahora. Raymond no nos lo va a perdonar, así que volver no es una opción, al menos en varios años.

—Becca… —Era mucha información para procesarla—. Eso es peligroso.

—Es un suicidio —concordó su hermana—. Pero hay una pequeña posibilidad de que todo salga bien.

Una muy pequeña.

Tanto Rebecca como Rosemary eran conscientes de las debilidades de la idea. Dos mujeres solas en la deriva era muy peligroso en un mundo cruel. Podía pasar muchas cosas, desde que las quisieran estafar cuando fueran a vender las joyas hasta ser víctimas de la delincuencia. Y, aunque sobrevivieran a eso, la farsa que tendrían que ejercer debía de ser muy elaborada. Eran demasiado jóvenes para considerarse

solteronas, muy bien educadas para generar sospechas. Habría muchos huecos que tapar.

Sin contar las consecuencias de hacerlo.

—Becca, no podemos.

—¿Te quieres casar con él?

—No, pero no quiero que por mi culpa arruines tu futuro.

Una cosa era llevársela al campo unos meses y otra alejarla por completo de la sociedad. Aunque dijera que no le interesaba, su hermana aún podría casarse, ser feliz. Rosemary no podía quitarle eso. Ni a ella ni a Alison.

—Ya te he dicho que…

—Nuestras acciones no solo nos afectan a nosotras, Becca, sino a toda la familia —dijo con los ojos llorosos—. No puedo hacerte esto a ti, no puedo hacérselo a Alison, ni a Abby. Hay deberes que debemos cumplir más allá de lo que queramos.

Rebecca lo comprendía bastante bien. Se acercó a su hermana y la abrazó.

—Oh, Rose, ¿cuándo has madurado tanto?

Rosemary se limpió las lágrimas y esbozó una sonrisa triste.

—En los últimos tres días, supongo. Aunque hubiera deseado no hacerlo. La vida es más sencilla cuando se es egoísta.

Ojalá pudiera serlo. Cuánto lo deseaba.

—Todo estará bien, Rose —dijo, aunque estaba intentando convencerse más a sí misma que a ella—. Todo estará bien. Si te hace daño, es hombre muerto.

Rosemary sonrió. Hattie decidió que era un buen momento para aparecer.

—Se hace tarde.

Las hermanas se miraron y Rosemary asintió.

De camino a la iglesia, sintió que un nudo en la garganta le cortaba la respiración. Después, todo lo que sucedió pasó demasiado rápido. Él esperándola en el altar. Votos que se

había aprendido el día anterior y una frialdad en sus miradas que nadie asociaría a una boda.

Debía ser ese el matrimonio más triste de la historia.

—Sonríe —le susurró Dominik en el oído mientras salían de la iglesia—. Tu miseria es la única satisfacción que le queda, no se la des.

Rosemary lanzó una mirada de reojo a Helen, quien estaba sentada en uno de los puestos de atrás junto con su madre. Su expresión no era grata, quizás porque le habían arruinado su oportunidad con el señor Capell, pero en sus ojos aún brillaba la satisfacción por su desdicha.

Así, sonrió como si él le acabara de decir algo cómico.

—Y usted, ¿no sonreirá?

—De los dos, creo que es a ti a quien más quiere ver sufrir. Además, una sonrisa de mi parte se vería forzada.

—¿Y la mía se ve real?

Rosemary lo dudaba.

—No, pero de los dos, eres quien mejor se podría tomar esta situación.

Porque él, sin duda, le estaba costando mucho tomárselo con calma.

Cualquiera diría con sorna que ya debía de estar acostumbrado a las ceremonias como para estar nervioso, pero lo cierto es que ese era el matrimonio que más inquietud le generaba, pues no sabía qué hacer con una esposa que no había buscado.

Y lo peor no era casarse. Quizás otro hombre con una historia menos trágica se habría resignado y visto lo mejor del futuro, pero para él era inevitable sentir miedo, por más que intentara convencerse de que le era indiferente el futuro.

¿Qué plan cruel tenía el destino entre sus manos para ponerlo en esa situación?

—Me hubiera gustado que no estuviera presente —murmuró Rosemary.

Estaban en el carruaje que los llevaría a la casa del marqués, donde se celebraría una reunión privada porque, según Hattie, era peor no hacer nada. Esa había sido también la excusa para celebrar

la boda en la iglesia y no utilizar todas las ventajas de una licencia especial, como llevar el vicario a la casa y tener una ceremonia sin muchos testigos.

—Sabían que no eran bienvenidas, y por eso están aquí.

Dominik no les había prohibido asistir, pues supuso que, si tenían algo de decencia, no lo harían.

Pero, por supuesto, no la tenían, y eso también lo esperó. Se resignó a tener su presencia, diciéndose que el mejor castigo era la indiferencia.

—A decir verdad, habría preferido que la celebración fuese más privada —comentó ella, sin poder tolerar el silencio entre ambos —. Es decir, siempre quise una gran boda, y por eso supongo que Hattie sugirió hacerlo en una iglesia, pero no creo que en nuestra situación fuera oportuno. Hay momentos para grandes fiestas, y otros no. Por ejemplo…

Dominik se desconectó de lo que ella decía porque estaba hablando demasiado y rápido para su gusto, y no tenía el ánimo para seguirla. Se dedicó entonces a observarla. Estaba muy bonita, con un vestido color lila con mucho bordado y un peinado bien elaborado. Lo único que la opacaba eran unas ojeras que no se había molestado en cubrir.

Debió haber pasado una muy mala noche, al igual que él.

No pudo evitar sentir empatía.

Parecía una dama dulce y pura que estaba siendo sacrificada.

No estaba lejos de la verdad. Una dama de su estatus pudo conseguir algo mucho mejor, alguien que entendiera sus ilusiones y la protegiera en una cajita de cristal.

«¿Por qué?», volvió a preguntarle al destino.

Sin respuesta.

Nunca tendría una respuesta.

—¿Qué opina?

Dominik parpadeó.

—¿Disculpa?

—Sobre regresar a Londres durante la temporada social.

—Ni lo sueñes, no está en discusión.

Odiaba Londres. Odiaba a la gente. Estar lejos de la mira de bocas juzgadores era lo único que le había dado cierta paz en los últimos tres años.

Ella, sin embargo, no podía entenderla. Aunque parpadeó, él notó cómo los ojos se le habían aguado.

—¿Nos quedaremos encerrados en el campo para siempre? —dijo con voz aguda.

—Tú puedes ir a la temporada si lo deseas —comentó con indiferencia—. Aunque me temo que lo que quede de esta tendrás que quedarte conmigo. Sería muy inapropiado para tu reputación que te abandonase aquí estando recién casados.

—¡También es inapropiado que me abandone después! —chilló—. ¿Cómo voy a asistir a las temporadas sin usted? Puedo asistir a unos cuantos eventos sola, pero no a todos. ¿Qué dirá la gente?

—Temo que tendrás que acostumbrarte a que siempre dirán algo que no nos gusta.

Ella no tuvo tiempo de responder porque el carruaje se detuvo.

«Mejor», pensó él. Por su mirada fulminante, presentía que no le iba a gustar la réplica que ella tenía en la boca.

Rosemary aceptó de mala gana la mano que él le ofreció para bajar, dejando en evidencia la rigidez de su cuerpo.

«Será un infierno», pensó.

Toda su vida sería un infierno al lado de ese hombre intransigente. Si no la mataba él, terminaría contagiándole su amargura hasta que ya no quisiese vivir.

La atmósfera en el salón de su casa se volvió gris, no solo porque estaba triste, sino porque nadie parecía muy animado.

Entre los pocos invitados se encontraban los vizcondes Latimer y los duques de Abercorn, ambos parientes de Hattie, junto con los condes de Leinster, amigos de la familia. Y, por supuesto, Helen, su madre, y su recién casada hermana con su nuevo esposo.

El salón de fiesta parecía gigante con tan poca gente en él, pero daba la oportunidad de que todos mantuvieran las distancias entre sí.

—Si me disculpa —murmuró Rosemary—. Quiero hablar con mi hermana un rato.

Él hizo una inclinación de cabeza y ella se marchó.

Como solía hacer cuando se veía obligado a convivir con gente, Dominik se fue a la esquina más alejada para buscar paz, desde donde podía observar con desenfado a todos los invitados. La mayoría le eran desconocidos, y dudaba que su nueva familia tuviera la cortesía de presentárselos.

Tampoco quería.

No soportaba la mirada de los extraños cuando decía su nombre.

—A mí también siempre me dejan abandonada en una esquina.

Él se sobresaltó por la repentina voz femenina a sus espaldas. Giró la cabeza y una joven de cabello ébano que apenas le llegaba a los hombros lo observaba con unos ojos negros y vivaces.

—En realidad, vine por voluntad propia.

—Eso es aún peor.

Dominik contuvo un bufido. La joven hizo una reverencia elaborada.

—Soy lady Alison Astor. Un placer.

Él ya lo había supuesto. Su baja estatura y contextura delgada delataban su enfermedad, aunque su voz animada y ojos brillantes hablaban de alguien que tenía mucha energía.

—Es un gusto, milady.

—Oh, puede llamarme Alison. Somos familia ahora, ¿no es así, cuñado?

Por lo general, detestaba a quien se tomaba muchas confianzas con demasiada rapidez, pero esa niña tenía algo que mantenía a raya la irritación, si bien no la desaparecía.

—¿Cómo puedo llamarte?

—Mowbrat estará bien.

Ella pareció decepcionada, pero tuvo la prudencia de no comentarlo.

—Bien, Mowbrat, ¿quieres que te presente a los invitados para que no te quedes aquí como un perro abandonado?

Por lo visto, al marqués le hacía falta educar mejor a sus hermanas.

—No es necesario, pero te agradecería si me informaras quiénes son.

—Esos de allá son los vizcondes Latimer —dijo señalando a una pareja mayor que hablaba en una esquina con los marqueses y otra pareja—. Son los tíos de Hattie, la esposa de Raymond, ya la conoces. La pareja que está a su lado son los duques de Abercorn. La duquesa es hija de los vizcondes y prima de Hattie. Su madre también iba a venir, pero está en el campo y no le llegó la noticia a tiempo. —Por cómo lo dijo, no le parecía en lo absoluto una tragedia —. Los que están en aquella esquina, con Rosemary y Rebecca, son los condes de Leinster, amigos de la familia. Y bueno, a las arpías de aquella esquina ya las conoces.

Por educación, Dominik se contuvo para no sonreír.

—Te agradezco la información.

—Puede agradecerme haciéndome un favor.

Él frunció el ceño.

—No me digas que también quieres pasarte una temporada en mi casa.

—¿Qué? No. ¿Por qué querría eso? Oh, bueno, no importa. En la biblioteca hay una caja llena de novelas, en su mayoría románticas, que pertenecen a Rosemary.

Él no veía por qué eso tenía que importarle, y se lo hizo saber alzando las cejas.

—Necesito que le pida a uno de sus lacayos que se la lleve.

—¿Y por qué no lo ordena ella?

Observó a Rosemary, que parecía haber recuperado parte de la tranquilidad conversando con sus conocidos.

—Dijo que no se la llevaría, comentó algo de no seguir viviendo de ilusiones. Pero la conozco, ama esas novelas, las extrañará. Lléveselas, por favor.

La declaración lo impactó más de lo que la joven imaginaba.

Si no quería seguir viviendo de ilusiones, es porque estaba peleada con la vida, porque se preparaba para lo peor.

No podía culparla. A veces, la vida era cruel, y había que adaptarse.

Pero era triste vivir sin ilusiones.

—Me las llevaré —le prometió.

La joven le dedicó una sonrisa radiante.

—Gracias, Mowbrat. Me agradas.

Habían pasado muchos años desde que escuchó eso.

—¿Está seguro de que no quiere que…?

—Alison, veo que ya te has presentado al barón —interrumpió Rosemary, apareciendo junto con su hermana.

—Ya que nadie se ha molestado… —dijo Alison. Miró a Dominik y confesó—: Siempre me dejan a un lado.

—No es verdad —musitó Rosemary, avergonzada.

—Lo es. De hecho, solo se han acercado porque creen que tal vez te esté incordiando.

—No es así —insistió Rosemary.

Sin embargo, Rebecca desmintió la afirmación haciendo un asentimiento de cabeza.

—¿Por qué los criados están trayendo los instrumentos? —preguntó Rebecca, causando que todos dirigieran la atención a la entrada.

Cuatro lacayos entraron cargando el piano, y otros dos traían el violín y el violonchelo.

—Yo se los he pedido —informó Alison—. Pensé que podríamos tocar algo para que esto pareciera más una boda y no un funeral.

—¿A qué te refieres con podríamos? —preguntó Rebecca con desconfianza.

Las hermanas no eran las únicas sorprendidas. Raymond miraba hacia ellas con el ceño fruncido.

—A nosotras tres, por supuesto. Ya lo hemos hecho antes.

—No creo que sea buena idea —murmuró Rosemary.

No tenía ánimos para centrarse en la música.

—No hay nada en el mundo que consiga que me suba a ese escenario a tocar —advirtió Rebecca.

—Incluso estaba pensando —continuó Alison como si ellas no hubieran hablado— en invitar al público a tocar. Después de nosotras, podríamos sugerirle a la señorita que nos deleite con algo.

La malicia brilló en los ojos de todas. Dominik adivinó que su prima no debía de ser buena con la música.

—Yo voy al piano —dijo Rebecca e inició la marcha hacia donde habían dejado los instrumentos.

—Pido el violín —comentó Alison subiendo a su hermana.

—Supongo que me toca el violonchelo —murmuró Rosemary, pero no partió de inmediato.

Estaba incómoda, no sabía cómo comportarse ante él. Era su esposo, pero también un desconocido.

Finalmente, hizo una pequeña reverencia y se unió a sus hermanas.

Ninguna de ellas era dada a presumir, pero la música era el único talento que todas compartían. Tocaron una pieza. Algunas parejas bailaron y la tensión en el ambiente se disipó. Cuando finalizaron la segunda melodía, Rebecca dijo con malicia.

—Señorita Morgan, escuché que es usted muy buena en el piano. ¿Nos haría el honor?

Ella palideció. Todas sabían que Helen tocaba tres notas y desafinaba dos. Siempre evitaba esos compromisos en los eventos sociales.

Pero negarse sería admitirlo, y eso era igual de vergonzoso que tocar.

—No me gustaría robarles su momento —murmuró antes de lanzarle una mirada preocupada a su madre.

—Para nada —insistió Rosemary—. Nos encantaría que nos deleitara con su talento.

La mirada de desprecio que Helen le dirigió no fue disimulada, como tampoco lo fue la satisfacción en los ojos de Rosemary.

Helen caminó hacia los instrumentos con lentitud, consciente de las miradas de todos los presentes.

Rosemary se dijo que debía agradecer que era una fiesta pequeña.

Tocaba peor de lo que recordaba. No lograba atinar ni una nota, y la canción que estaba representando resultaba confusa.

—Estoy un poco nerviosa —murmuró—. Me da algo de vergüenza tocar en público.

Todos asintieron, comprensivos. Por suerte para ella y para desgracia de las hermanas Astor, la mayoría de los invitados a la fiesta no eran partícipes de juzgar. Sin embargo, Rosemary se conformaba con que hubiera pasado un poco de la vergüenza que la hizo sufrir el día que armó su treta.

La fiesta continuó con algunas canciones más, pequeñas conversaciones y un pequeño banquete.

A cada minuto que pasaba, Rosemary se sentía más nerviosa, hasta que él al fin dijo lo que más temía:

—Deberíamos irnos. Preferiría adelantar camino antes de que caiga la noche.

Ella asintió, y la conversación vana que se habían esforzado por mantener en el pequeño grupo donde estaban su hermano, su cuñada y los duques de Abercorn murió como si la hubieran soplado con una vela.

—Voy a cambiarme —musitó Rosemary, caminando hacia la salida sin mirar atrás.

Rebecca la siguió, pero la gemela ni siquiera la miró, demasiado tensa y nerviosa para centrarse en algo que no fuera su inminente partida.

—Aún podemos huir —le sugirió Rebbeca.

Rosemary abrió la puerta de la habitación.

—Creo que ya es muy tarde —respondió con voz apagada.

Su doncella la estaba esperando sentada en el tocador. El vestido de viaje estaba extendido sobre la cama como el recordatorio de una sentencia. El corazón le latía cada vez más rápido.

—Señorita —dijo la doncella tendiéndole una nota—. Alguien dejó esto para usted.

Con manos temblorosas, Rosemary tomó el papel. No había nada escrito en el sobre, así que se apresuró a abrirlo.

La carta tampoco estaba firmada y tenía escritas menos de diez palabras.

No te cases con él. Te matará.

Las manos le temblaron tanto que dejó caer la nota. Su cabeza no tardó en revivir miedos y plantearse horribles escenarios. ¿Quién le habría enviado eso? ¿Por qué? Dudaba que fuera una broma. Nadie podría ser tan cruel. El sobre estaba arrugado, como si la carta hubiera venido de lejos. Parecía una advertencia que había llegado tarde.

Muy tarde.

Rebecca recogió el papel del suelo y leyó su contenido. Su expresión fue más contenida que la de su hermana, pero sus ojos delataban miedo.

—Becca —murmuró Rosemary sin voz—. ¿Aún sigue en pie la propuesta?

Rebecca hizo una mueca de preocupación.

—Sí, pero ya no estoy segura de que sea tan buena idea.

—Al contrario —murmuró Rosemary—. Me parece una idea increíble. Juntas, ¿hasta el final?

—Hasta el final —confirmó Becca.

Después de todo, cualquier final parecía mejor que la muerte.

O eso esperaba.

Capítulo 8

—¿Y si alguien la escribió? —preguntó Rebecca mientras metía en un pequeño bolso de viaje un cambio de ropa y artículos esenciales.

Rosemary ya había hecho lo mismo, y solo esperaba por su hermana, quien no parecía demasiado convencida de lo que había sido su propia idea. Sin embargo, tenía un punto razonable.

—¿Helen? —preguntó esperanzada.

Porque ella también era consciente de que lo que estaban por hacer era una locura. No obstante, el miedo era más fuerte que el raciocinio.

—No, no es su letra —respondió Rebecca, y antes de que Rosemary pudiera preguntar cómo lo sabía, añadió—: Pero quizás alguien más pudo haberlo considerado una buena broma, dadas las circunstancias. Es muy extraño que haya llegado justo después de la boda.

Sí, lo era, aunque podría justificarse en que la persona que envió el aviso lo hizo desde lejos, y la nota no llegó a tiempo. Ahora bien, ¿quién se tomaría tantas molestias?

—Oh, Becca, no sé qué hacer —murmuró Rosemary.

La huida era un plan desesperado y nada sensato, ambas lo sabían. Pero Rosemary temblaba de miedo solo de imaginar montarse en el carruaje con un presunto asesino. ¿Cómo acabaría con ella? Veneno. No, ya lo había usado. Otro accidente casual no sería tan sospechoso. O quizás…

—Aquí están. Rose, tu esposo se está impacientando… ¿Qué están haciendo?

Alison irrumpió en el cuarto, dejando a las hermanas paralizadas.

—Guardo un vestido que le quiero regalar a Rosemary —dijo Rebecca con cautela—. Para que me recuerde.

—¿Y por qué no lo lleva en su propio baúl? Además, Rosemary odia tus vestidos.

Rebecca arrugó el ceño. Alison era demasiado lista para medir apenas metro y medio.

—No es para que lo use, es para que se lo lleve de recuerdo —insistió Rebecca.

—Ya… ¿y las joyas también se las darás de recuerdo?

Se habían olvidado de las joyas que había dejado sobre la cama.

—No soy tonta. Quieren escapar —acusó Alison—. ¿Se han vuelto locas? Rose, no puedes dejar a tu esposo.

—No lo entiendes —murmuró Rosemary.

—Entiendo que no deseabas casarte con él, pero de ahí a huir…

—Es un asesino —soltó Rebecca sin tacto—. O, al menos, eso dicen. No puedes culpar a Rose por no querer irse con él.

—No tenías por qué decírselo —masculló Rosemary.

—Ya no es una niña —se defendió Rebecca—. Y debió haber escuchado los rumores. La servidumbre no habla de otra cosa.

—Los he escuchado —confirmó Alison—. Pero me parece injusto que lo juzguen sin tener la certeza. A mí me dio la impresión de que era un buen hombre. ¿Te has tomado si quiera la molestia de hablar con él sobre eso, Rose?

No, por supuesto que no. Y en cuanto lo pensó, se sintió culpable. Sin embargo, podía decir en su defensa que solo lo había visto dos veces antes de la boda, y que no era un tema que saliera en una conversación casual. Además, él no lo admitiría. Sería ridículo.

Aun así, no se le ocurrió una respuesta lo suficientemente convincente para replicar.

—Le enviaron una nota —continuó Rebecca tendiéndole la carta.

No era que Rebecca creyera fielmente en las acusaciones en contra del barón, pues ante todo era una mujer pragmática, pero una de las características más destacables de su personalidad era defender las decisiones tomadas y llevarlas hasta el final, asumiendo en el camino las consecuencias necesarias.

Alison la leyó. Su rostro, ya de por sí pálido, se volvió blanco.

—¿Y si es una broma de mal gusto?

Era la teoría que todos querían creer, y Rosemary tenía muchas dudas sobre cómo proceder. Huir era un camino difícil y poco seguro, pero quedarse significaría dormir todos los días con un ojo abierto.

—¿Qué quieres hacer, Rose? —preguntó Rebecca con ternura.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Quiero mi vida de regreso, eso es lo único que deseo.

Y se dejó caer en el suelo, sollozando. Abrazó su bolsa de viaje como quien abraza los resquicios de su cordura.

Sus hermanas se acercaron a ella. Becca le rodeó los hombros con su brazo y Alison le puso una mano sobre la rodilla.

No dijeron nada, solo la dejaron llorar.

En esa posición las encontró Raymond, quien se quedó observando desde la entrada sin saber qué hacer. Nunca había sido un hermano afectivo, no porque no lo quisiera, sino porque desconocía cómo.

En otro momento, Rosemary se hubiera limpiado las lágrimas, pero el llanto era tan inconsolable que no serviría de nada. Sentía un vacío horrible en su interior. Tenía un nudo en el pecho por la incertidumbre y muchos pensamientos pesimistas. No podía evitar preguntarse cómo habría sido su vida si no hubiera entrado a ese despacho aquella noche.

Las acciones tenían consecuencias, pero si hubiera un Dios justo, serían acordes al mal cometido. ¿Era un pecado tan grande haber querido conocer más a alguien que le llamaba la atención?

Raymond caminó hacia ella con paso dubitativo.

—Él te está esperando.

—No quiero ir —sollozó Rosemary.

Sentía que tenía de nuevo cuatro años, su madre acababa de morir y se encontraba desprotegida.

Raymond estaba incómodo, era evidente por la tensión de su cuerpo, pero había que decir en su defensa que estaba haciendo su mayor esfuerzo por mostrar empatía. Le tendió un pañuelo que Rosemary aceptó.

—Siempre contarás conmigo, lo sabes, ¿no? Si sientes que algo va mal, manda una carta, y haré lo necesario para sacarte de

allí.

Rosemary no se lo esperaba, por lo que, en lugar de tranquilizarse, empezó a llorar más. El pañuelo terminó empapado.

—Puedo asumir que no son lágrimas de felicidad, pero es inquietante pensar que son de desdicha.

Dominik, recostado en el marco de la puerta, recibió con calma las distintas miradas de sorpresa y de ira que le dirigieron los presentes.

—¿Tiene por costumbre pasear en casa ajena, lord Mowbrat? —preguntó Raymond con desdén.

—Vine a ver si sucedía algo, ya que parece que todo el que venía a buscar a mi esposa no regresaba, y lo cierto es que tengo un poco de prisa por marchar. ¿Estás lista, Rosemary?

Era una pregunta estúpida. Estaba tirada en el suelo, con la cara llena de lágrimas y sollozando. No, por supuesto que no estaba lista, pero no era que pudiera hacer algo por ella.

—Podrían quedarse aquí unos días —sugirió Raymond.

La sugerencia parecía casual, pero Dominik sabía que su intención era que Rosemary tuviera más tiempo para aceptar su destino. Ella también lo sabía, porque lo miró con esperanza.

Él suspiró. Tendría que interpretar el papel de villano.

—No.

La respuesta le ganó un sollozo de su esposo y una mirada de odio de la gemela atrevida.

—¿No puede tener empatía?

—Algunos problemas no se solucionan con empatía —replicó con sequedad.

Se agachó frente a su esposa. La cercanía hizo que la hermana menor se alejara un poco, pero la gemela seguía abrazando a Rosemary, dispuesta a lanzársele encima de ser necesario.

—Mírame —ordenó.

Ella lo hizo. Sus ojos estaban hinchados por el llanto, pero aún era posible ver el rencor y el desafío en ellos.

Cualquiera diría que era tonto guardarle odio por una situación de la que también era víctima, Rosemary lo sabía. Sin

embargo, era difícil recordar eso cuando usaba su recién adquirido poder sobre ella para hacerlo todo más difícil.

—¿Alguna vez te has visto obligada a bañarte en agua fría, esposa? —preguntó.

Ella parpadeó, confundida.

—Imagina que te ves en la obligación de bañarte, pero el agua está muy fría. Tienes dos opciones. La primera, sumergirte sin pensarlo. Al principio, tu cuerpo resentirá el impacto, aun así, después se adaptará y no sentirás nada. La segunda opción es dudar. Tocas el agua con la mano y la retiras. Te dices a ti misma que estarás mejor preparada al día siguiente, sin embargo, no es así. Al final igual tendrás que sumergirte, no te librarás del impacto, y solo habrás prolongado tu agonía. —Se puso de pie frente a ella y le tendió la mano—. Dime, ¿qué opción te parece más razonable?

Ella aceptó su mano. Él tenía razón y todos lo sabían.

La hostilidad del ambiente se redujo. Al menos ya nadie parecía querer asesinarlo.

Dominik no lo sabía, pero incluso las barreras de Raymond estaban bajando.

Rosemary se alisó el vestido y se limpió los residuos de lágrimas en su mejilla. Después de una conducta tan vergonzosa era difícil recuperar su dignidad, pero hizo lo que pudo. Sus ojos ubicaron en el suelo la nota que Alison debió dejar caer, la causante de su ataque de histeria, e hizo amago de recuperar. Dominik se adelantó.

Su intención había sido solo la de ayudar, pero el terror en los ojos de ella lo instó a echarle un vistazo a la nota. Era corta. Leerla fue fácil.

Apretó la mano hasta que la hoja se arrugó. Entonces, optó por hacer un recorrido por la habitación. Vio la bolsa de viaje de Rebecca, las joyas. No era un plan difícil de deducir.

—Nos vemos abajo —fue todo lo que dijo.

No le devolvió la nota.

Rosemary se carcomió la cabeza imaginando qué pensaría. ¿Se sentiría amenazado por verse descubierto, o indignado si todo resultaba una broma? ¿Por qué no había dicho nada?

Enfrentar su ira no era algo que Rosemary deseara, pero su plan de escape había quedado frustrado desde cualquier punto de vista.

El impacto con el agua fría sería peor de lo que imaginó.

La despedida fue triste, muy triste. Era difícil saber cuánto se quería a la familia hasta que tocaba alejarse de ellos.

—Tía, ¿cuándo vuelves? —preguntó Abby.

Rosemary iba a llorar.

—No va a volver, se acaba de casar y tiene que irse con su esposo —explicó Robin.

Para tener siete años, a veces hablaba como un adulto, aunque su tacto seguía siendo el de un niño.

Abby se echó a llorar.

—¿Cómo que no va a volver?

Rosemary la abrazó.

—En unos meses nos volveremos a ver.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Y esperaba que el barón la dejara cumplir su palabra.

—Te extrañaré mucho —musitó Hattie, dándole un fuerte abrazo.

También estaba llorando, así que Rosemary aprovechó el momento para soltar unas lágrimas contenidas.

—Yo también, Hattie.

Quizás era extraña, a veces tenía consejos cuestionables o podía ser muy terca, pero Hattie había sido la hermana mayor que no sabía que necesitaba hasta que la tuvo.

—No olvides lo que te dije.

Rosemary se ruborizó. Sabía a qué se refería, pero no pudo evitar recordar toda la conversación.

—Ray… —musitó con voz ahogada.

Él le dio un abrazo.

—Recuérdalo. Si necesitas ayuda, cuenta conmigo —le murmuró en el oído.

Y Rosemary sabía que era cierto. Podría haberse quejado muchas veces de la frialdad de Raymond, pero era innegable que las

apreciaba. Había hecho muchas cosas por ellas.

—Te extrañaré, Rose.

Alison abrió los brazos y Rosemary correspondió al abrazo.

—No te metas en problemas —le susurró a la menor.

Ella sonrió.

—Yo siempre he sido una niña bien portada.

Ambas se rieron.

Un poco más alejada de los otros, Rebecca dio un paso hacia su hermana.

—Becca…

—Rose…

No fueron necesarias las palabras. Ya se habían abrazado antes, pero en esta ocasión, la acción estaba cargada de sentimientos.

Separarse de Becca era como separarse de una parte de sí que siempre estuvo segura. Becca era su refugio, quien siempre entendía, quien siempre apoyaba, quien siempre animaba a hacer lo impensable. Para su hermana, Rosemary era quien aportaba el optimismo, quien veía lo que nadie más. Día y noche, luz y oscuridad fusionadas en un eclipse que mantenía su equilibrio en la unión.

Pero nada podía ser eterno.

Rosemary se deshizo en lágrimas, y Rebecca no pudo evitar imitarla.

Fueron separadas por alguien que se metió entre ambas. Fueron necesarios dos ladridos para que Robbie encontrara la atención que estaba buscando.

—Oh, Robbie. También te extrañaré —dijo Rose dándole un fuerte abrazo.

El canino frotó su cara con la de ella. ¿Quién dijo que los animales no entendían?

—Puedes llevártelo si lo deseas —murmuró Henrietta—. Así tendrás a uno de nosotros contigo.

Rosemary observó a todos, que asintieron en conformidad. Hattie quería llorar, quería mucho a ese animal, por lo que el gesto era aún más valioso.

—Gracias, Hattie.

Ni siquiera le preguntó a Dominik si lo aceptaría. Él había dicho anteriormente que sí, y ella le tomó la palabra.

Giró la cabeza hacia la entrada, donde un carruaje esperaba listo para marchar. Dominik estaba al final de las escaleras, a una distancia prudencial para darles intimidad, pero no lo suficientemente lejos para que ella olvidara que tenían que irse.

Como si pudiera hacerlo.

Esbozó una sonrisa que le costó todo su esfuerzo y bajó las escaleras. Dominik le tendió una mano que ella aceptó y caminaron hasta el carruaje.

No miró atrás porque, si recordaba lo que estaba dejando, no podría seguir avanzando.

Cada paso hasta el coche se sintió como si tuviera cadenas en los tobillos, y cuando la distancia borró la imagen de su hogar, se preguntó si no habría iniciado su condena.

Capítulo 9

—¿No vas a decir nada? —preguntó Rosemary en un murmullo tenso.

Se encontraban cara a cara en el carruaje, mirándose de reojo como si intentaran ignorar la presencia del otro. Robbie estaba en las piernas de Rosemary, ajeno a la tensión del ambiente.

Para ella, hablar siempre era mejor que los silencios incómodos. Nunca podía sacar nada de ello, ni el estado de humor de la otra persona, qué tan grave era la situación o cómo podía aligerar la tensión. Aunque, en ese caso, no necesitaba la conversación para saber que él estaba molesto, que el momento era crítico y que la tensión no se iría. Aun así, prefería hablar.

Dominik, en cambio, era partidario de que el silencio era necesario para que una discusión no se saliera de las manos. Cada minuto sin hablar era tiempo que la mente podía usar para calmarse, pues discutir con las emociones en punta nunca era buena idea.

Lamentablemente, él no se sentía más calmado.

—Tengo curiosidad de saber a dónde pensabas huir.

Ella no se sorprendió porque él lo hubiera descubierto, quizás porque con tantas cosas sobre la cama resultaba evidente.

—No estábamos seguras —dijo, avergonzado.

—No parecía un plan muy elaborado ni sensato.

—Era un plan desesperado.

Las connotaciones de esa frase dejaron a Dominik sin réplica. Estaba furioso, aunque no estaba seguro de por qué. Ciertamente, no le agradaba que ella hubiera querido huir el mismo día de la boda, y le parecía una estupidez, pero si tenía que hacer acopio de su objetividad, era lógico, pues el contenido de la nota en su bolsillo era lo suficientemente explícito para alterar a jóvenes sensibles como ella.

Inconscientemente, se llevó la mano a donde guardaba la nota. Pesaba como un grillete, quizás porque eso era, una atadura a un pasado que quería olvidar. Una carga impuesta por el destino por una razón desconocida.

—La desesperación puede ser una muy mala consejera.

Rosemary lo sabía, pero era difícil razonar así cuando se había entrado en un estado de alarma. La mirada de él era oscura, intensa. Le fue imposible sostenérsela.

—Lo lamento.

Ni siquiera sabía por qué se disculpaba. Visto desde la lógica, su decisión desesperada tenía una base, pero no implicaba que estuviera bien.

Él le tomó la barbilla entre los dedos y la obligó a mirarlo. Había algo perturbador en sus ojos, una barrera oscura que impedía ver el interior, que no dejaba desvelar ni siquiera una pizca de bondad.

—¿Qué lamentas? ¿Intentar dejarme el día de boda con la humillación que eso supone? Asumo que debe ser eso, porque no creo que lamentes pensar mal de mí, pues eso sigues haciéndolo, ¿o me equivoco?

Ella se zafó de su mano.

—Si estuviera en mi situación, ¿no lo haría? —lo desafió.

—No tiendo a comportarme como una niña fantasiosa.

Rosemary envaró los hombros, como si así pudiera defenderse del insulto.

—¿Sabe quién la escribió?

Él se encogió.

—No es de tu incumbencia.

—Saber quién la escribió puede hacer o no creíble el contenido de la nota, por lo tanto, sabré qué tantas posibilidades tengo de vivir.

No fue su comentario más inteligente, pero su orgullo había quedado herido por el comentario anterior, y la indignación no era amiga de la sensatez.

Él se inclinó hacia ella con la evidente intención de parecer amenazante.

—En estos momentos, no demasiadas.

Rosemary tragó saliva y guardó silencio. Abrazó a Robbie, quien se removió entre sus brazos y brincó al regazo de Dominik.

¡Perro traidor!

—Creo que ni siquiera el perro te soporta.

—Tendrá que tolerarme el resto de tu vida.

—O el resto de la tuya.

Ella se tensó, pero Dominik apartó el pequeño sentimiento de culpa por el comentario cruel. La estaba tolerando muy poco en ese momento.

Rosemary le dirigió una mirada de odio. Lo más prudente habría sido no continuar con una discusión que se estaba desviando a un tema que la asustaba, pero el miedo era un sentimiento muy extraño. Se manifestaba solamente cuando la ira no quería tomar el control, y en ese momento, Rosemary estaba roja de furia.

—Dada su edad, creo que usted tiene más posibilidades que yo de visitar a Dios. O al diablo —esto último lo musitó, pero por su expresión exasperada, supo que él la había escuchado.

Sin embargo, Dominik no replicó. Se limitó a acariciar a Robbie tras la oreja. Muchacha impertinente. ¿Lo acababa de llamar viejo? Cuando creía que el destino no podía ser más cruel, había terminado juntándolo con ella.

—¿En cuánto tiempo llegaremos a Yorshire? —preguntó Rosemary después de dos minutos de silencio.

Detestaba el silencio.

—Dos días, aproximadamente.

Era mucho tiempo a solas con él. Rosemary no era muy buena compañera de viaje. Se aburría con demasiada rapidez y, normalmente, cada trayecto sostenía largas conversaciones con quien quisiera escucharla, que por lo general era Henrietta.

Sin embargo, aunque tuviera ganas de charlar con su esposo, dudaba que él quisiera seguirle la conversación.

Observó por la ventanilla del carruaje las calles de Londres. El sol de la tarde se empezaba a ocultar y pinceladas naranjas del atardecer dibujaban las calles de Londres. La gente que trabajaba empezaba a regresar a sus casas, mientras que la alta sociedad se preparaba para la velada que hubiera sido dispuesta ese día.

Rosemary no vería una velada en mucho tiempo.

—¿Por qué no le gusta Londres? ¿Por qué no viene a pasar las temporadas aquí?

Él, que había cerrado los ojos, los entreabrió para verla. Solo fue un segundo, como si la conversación no mereciera el esfuerzo.

—Socializar me agota más de lo que gano con ello.

No era toda la verdad, pero tampoco una mentira. Desde joven, Dominik había sido poco sociable. Lo intentaba, por supuesto. No se podía vivir una vida sin hacer relaciones, pero en los últimos tres años, cuando se dio cuenta de que no podía contar con nadie, dejó de hacer el esfuerzo. No tenía sentido ser amable con quien después chismorreaba a sus espaldas. Era absurdo y desgastante. Se vivía mejor con la filosofía de ignorar a todos, aunque el coste fuera la soledad.

—Pero no se puede vivir así. Quizás la próxima temporada….

—Puedes asistir si lo deseas. No dudo que tu familia te acogerá gustosa. También puedes quedarte en la casa de Londres, aunque no creo que desees compartirla con mi prima, si no consigue algún incauto que se case con ella.

Ni en sueños.

—Asistir a la temporada sin mi esposo sería deshonroso —musitó ella.

—Sobrevivirás.

—Es tu deber acompañarme —insistió.

El comentario logró que abriera los ojos. Su mirada, intensa y calculadora, causó que deseara retractarse de sus palabras.

—Ya que insiste tanto en mis deberes, ¿por qué no enumeramos también los tuyos? ¿Estás dispuesta a cumplirlos?

Rosemary se tensó. ¿Había un sentido oculto en sus palabras, o era solo su miedo malinterpretando la frase?

—Sí.

—¿Todos?

—Sí.

—Creo que es necesario aclarar. ¿Cuáles son tus deberes, esposa?

No, no estaba malinterpretando la frase.

Rosemary bajó la cabeza, avergonzada, y Dominik estuvo tentado de obligarla a mirarlo. Había algo encantador en el sonrojo

de sus mejillas. Parecía una criatura dulce y tierna, aunque no tenía ni idea de por qué eso lo ablandaba.

—Me encargaré de la casa, de las reuniones sociales, mantendré tu apellido limpio y… te daré descendencia.

Lo último lo dijo tan bajo que hubiera sido evidente para cualquiera que no era el deber que más le entusiasmaba. Quizás en otra ocasión hubiera desistido del tema para no incomodarla, pero desde hacía tres años la empatía no era su virtud más destacada. Además, había algo vigorizante en provocarla de esa manera. Una pequeña chispa de vida, de satisfacción, que hacía mucho tiempo había dejado de sentir.

—Interesante —dijo y se colocó una mano en la barbilla como si estuviera pensando—. Sabes lo que es necesario hacer para concebir hijos, ¿no?

Parecía imposible, pero se ruborizó más. Hizo un seco asentimiento de cabeza.

Dominik se debatía entre seguir molestándola o dejarla en paz, cuando ella soltó:

—Pero me gustaría que me diera unos días, por favor. Yo… aún tengo que asimilarlo.

Pudo haber utilizado varias excusas para negarse, decirle que era mejor pasar el mal trago rápido, que necesitaba un heredero, o simplemente ejercer la autoridad que los hombres le habían dado sobre ella al pronunciar los votos, pero no pensaba hacerlo. No porque no la deseara, de hecho, lo hacía más de lo que le gustaría, sino porque comprendía su miedo. Era una joven a la que en menos de una semana acababan de sacar de la comodidad de su casa para sumergirla en un matrimonio con un desconocido. Ni siquiera tuvo la opción de un cortejo, o la ilusión del amor para sentirse más cómoda. La vida no había sido justa con ella.

En general, no lo era con nadie, pero eso era algo que ya aprendería con el tiempo.

Tarde o temprano tendría que acostumbrarse a él, así como él esperaba acostumbrarse a ella.

—Está bien.

Rosemary mentiría si dijera que no estaba sorprendida por su repentina aceptación. Tenía tan pocas esperanzas de que sintiera un poco de empatía hacia ella que el hecho de que ni siquiera lo dudara la llenaba de recelo, sobre todo si consideraban la urgencia con la que quería un heredero. ¿Habría algo detrás de su amabilidad? ¿Quería fingir que era bueno para que olvidara la nota que le había llegado esa tarde?

Si era lo último, no funcionaría. Era difícil convencer al cerebro de que no estaba en peligro cuando todo parecía indicar que sí.

—Gracias, milord.

—Dominik —pidió él—. Es un poco absurdo seguir con las formalidades cuando tenemos una vida por delante juntos, ¿no crees?

Su tono era amable, calmado. Rosemary sentía que estaba recibiendo señales contradictorias. ¿La detestaba o la toleraba? ¿O la detestaba y estaba fingiendo tolerarla?

—Tienes que dejar de pensar en eso.

Rosemary se sobresaltó.

—¿En qué?

—En que soy un asesino. Solo te estás martirizando.

—No pensaba en eso.

—Me estás observando como un cordero que quiere huir de su presa y no sabe cómo.

Siempre había sido más expresiva de lo que le hubiera gustado.

Bajó la cabeza, sin saber qué contestar. Admitirlo sería descortés y vergonzoso, pero mentir diciendo que no era verdad era aún más humillante, porque la verdad estaba dibujada en su cara.

—No he matado a nadie, te puedo dar mi palabra. Queda en ti creerla o no —continuó él—. Yo te recomendaría hacerlo, porque si no, nunca estarás en paz, y esto se convertirá en un verdadero infierno para ti.

«Y para mí», quiso añadir. Lo que menos necesitaba era una esposa que le temiera. Él pensó en esas muertes que lo atormentaban lo suficiente para tener que tolerar su miedo.

Un silencio tenso se formó mientras Rosemary asimilaba sus palabras. No era como que un asesino fuera a revelar su crimen, pero le concedía que, si seguía dudando de ese modo, la histeria terminaría volviéndola loca. Sin embargo, ¿qué podía hacer? ¿Creerle? La semilla de la duda no le permitía confiar tan ciegamente. Podía, no obstante, otorgarle el beneficio de la duda. Así como no podía confiar ciegamente en él, tampoco podía hacerlo en los rumores. Lo mejor era observar cómo se desenvolvía todo.

No era como si tuviera otra opción.

Hizo un seco asentimiento de cabeza para transmitirle su acuerdo, y él le devolvió a Robbie como símbolo de paz. El perro gimoteó por haber sido regresado a los brazos de Rosemary y esta suspiró.

«¿Por qué te agrada tanto?», pensó. ¿No se suponía que los animales eran capaces de detectar a las malas personas? ¿El afecto de Robbie hacia él sería una señal del destino para decirle algo?

Durante la siguiente hora, no hablaron. Rosemary tenía muchas ideas en la cabeza con las que entretenerse y afuera, la lluvia torrencial mitigaba el silencio.

El carruaje se detuvo a las afueras de Londres, frente a una posada que parecía mantenerse en pie por obra divina.

—¿Vamos a pasar la noche aquí? —preguntó Rosemary con voz chillona.

Apostaba lo que fuera a que los fantasmas estaban incluidos en el pago de la noche.

—No hay otra en varios kilómetros, y seguir manejando con esta lluvia es peligroso.

No había lugar a réplica en su tono. Le importaba poco su opinión.

Un lacayo empapado les abrió la puerta del carruaje y les ofreció un paraguas. Dominik se bajó con rapidez y le tendió la mano. Rosemary se ajustó el abrigo antes de aceptarla.

La lluvia era torrencial, y con tanta brisa que el paraguas resultaba inútil. Terminaron empapados antes de completar el camino a la posada.

—Dos habitaciones —masculló Dominik de mal humor una vez estuvieron en la recepción.

El hombrecillo que les atendió no debía medir más de un metro cincuenta, pero no se intimidó por su mal semblante. Tomó la última llave que colgaba de la pared y la puso sobre la mesa.

—Solo hay una. Estamos llenos.

Rosemary jadeó.

—Tiene que ser una broma.

El hombrecillo la miró con fastidio.

—Si no la quiere, puede dormir en los establos.

Rosemary no tuvo el tiempo suficiente para indignarse cuando Dominik golpeó con fuerza el escritorio.

—Dos habitaciones. Las mejores de este maldito lugar. No importa cuánto cueste. ¿Ha entendido?

Por fin, el hombre pareció entender que no era prudente desafiarlo.

—Denme un momento.

Los tuvo esperando como treinta minutos, en los que Rosemary se limitó a observar el lugar. Era difícil discernir cómo seguía en pie. La madera de las columnas estaba corroída, el piso chirriaba a cada paso y la lluvia se colaba por varias rendijas del techo.

Por fin, el hombre regresó con dos llaves.

—Dos habitaciones —informó. Primera planta. Nadie los molestará allí.

Dominik le entregó una cantidad generosa de monedas y le arrebató las llaves. No tenían número, y pronto descubrieron que eran las únicas habitaciones de esa planta.

—Nos han dado la suya y posiblemente la de algún familiar —le informó Dominik—. Al menos sabe cómo resolver.

Le tendió una llave a Rosemary y esta la usó para abrir una de las puertas frente así. La habitación era mejor de lo que esperaba. Estaba limpia, acababan de cambiar las sábanas, y había una pequeña chimenea prendida para calentar el cuerpo. El estado de la estructura era igual de deplorable que en el resto del lugar, pero ella se conformaría con dormir en paz.

—Bueno, Robbie —dijo poniéndolo sobre la cama—, pudo haber sido peor. Al menos lo hemos conseguido, y estás tú aquí para acompañarme.

Rosemary odiaba la lluvia. En las noches de tormenta, solía ir a refugiarse junto con su hermana. No estaba segura del origen de su temor, pero el sonido de los truenos y relámpagos con regularidad lograba mantenerla en vela, como si temiera que algo malo iba a pasar.

Se quitó el abrigo que había quedado por completo empapado y observó que su vestido no estaba mejor.

Esperaba que lo que su doncella le había guardado en la bolsa de viaje para esas paradas estuviera en mejor estado.

Al pensar en ellos, se preguntó: ¿Cómo diablos iba a quitarse el vestido?

Su doncella había viajado en otro carruaje, que partió mucho después que ella.

Pensaba en ello cuando Robbie de repente aulló y salió corriendo. Rosemary había olvidado cerrar la puerta. No pudo detenerlo.

—¡Robbie! Oh, vamos, ¿qué te pasa hoy?

Salió al pasillo preparada para una persecución, pero para su sorpresa, lo encontró dándole golpecitos con la pata a la puerta de al lado. La de Dominik.

—No puede ser —masculló—. Robbie, ven aquí.

Él no hizo caso. Rosemary fue hasta él, y cuando se iba a inclinar para tomarlo en brazos, la puerta se abrió y el animal aprovechó la oportunidad para entrar.

—¡Robbie!

—Estoy empezando a creer seriamente que ese perro no te quiere.

Rosemary se enderezó, dispuesta a soltar una réplica pedante, pero toda palabra murió en su boca al ver que estaba medio desnudo.

Bien, quizás exageraba. Solo se había quitado el frac y el pañuelo, pero se había desabotonado el chaleco y la camisa, por lo

que parte de su pecho era visible. Eso era más de lo que se le había permitido ver de un caballero alguna vez.

Se sonrojó.

—Lo conozco desde que es un cachorro. Claro que me quiere. Tú solo eres su novedad —masculló cuando logró recuperar la voz.

Sin embargo, no fue capaz de sostenerle la mirada, y él lo notó.

—¿Sucede algo? —preguntó con malicia.

No lo miró, pero sintió la burla en su tono.

—Nada. ¡Robbie!

Se adentró en la habitación. El perro se había instalado en la orilla de la cama como si durmiera allí siempre. Cuando Rosemary hizo ademán de tomarlo en brazos, huyó.

—¡Oh, por Dios!

—Déjalo —dijo Dominik a sus espaldas—. No me molesta que se quede aquí.

—A mí sí.

Si no estaba Becca, tenía que abrazar a alguien cuando hubiera truenos. No soportaría quedarse sola.

Sin embargo, el perro traidor no colaboró. Estuvo esquivándola hasta que se detuvo a los pies de Dominik. Gimoteó hasta que consiguió que este lo cargara.

—Eres un cachorro muy consentido, ¿verdad? —dijo mientras le rascaba detrás de la oreja.

Era una faceta muy extraña de él, o eso le pareció a Rosemary.

—Dámelo —exigió tendiendo los brazos.

—Me parece que él no se quiere ir. Pero si tanto deseas dormir con él, también te puedes quedar aquí.

Lo dijo para provocarla sabiendo su respuesta.

Sí, había algo divertido en provocarla, pensó Dominik mientras acariciaba al animal. Quizás fuera el puchero que hacía con la boca, o la mirada de odio que hablaba de lo mucho que le costaba mantener la compostura. Era tan bonita y tierna que verla rabiosa resultaba gracioso, porque ni siquiera así podía tomarla en serio.

«Vaya tonterías que estoy pensando», se reprendió. ¿Por qué le interesaba que se viera tierna?

Ella iba a replicar cuando un trueno retumbó contra las paredes. Dominik no le tomó importancia, pero ella se tensó tanto que él adivinó que la razón por la que quería dormir con el perro era que les tenía miedo a las tormentas.

—Vamos, lo llevaré a tu habitación.

No esperó su respuesta. Caminó hasta la estancia de al lado, asumiendo que ella le seguía, y dejó al perro sobre la cama.

—Quédate ahí —le ordenó con severidad cuando este hizo amago de seguirlo.

—Gracias —musitó Rosemary en voz baja.

Él asintió, pero no se marchó de inmediato. Algo lo instó a quedarse y observarla con detalle. El peinado de la boda había quedado arruinado por el agua, y los mechones de pelo se le pegaban a la cara dándole un aspecto adorable. Su vestido también estaba empapado, y la silueta de las piernas se dejaba asomar entre tantas capas de tela.

—Deberías cambiarte antes de que te enfermes.

—Lo haré.

Estaba inquieta, y Dominik no tardó en descubrir por qué.

Sin preguntar, se ubicó tras ella y sujetó los lazos del vestido.

—¿Qué haces? —chilló, horrorizada. Intentó apartarse, pero él no se lo permitió. Tiró de los lazos, pegándola casi a su espalda.

—Te desato el vestido.

A Rosemary se le fue el color.

—Prometiste que me darías tiempo.

¿Cómo había sido tan ilusa para creerle?

Él calló intencionalmente. Terminó de desatarle el vestido e hizo el mismo proceso con el corsé.

Rosemary estaba temblando.

—Tranquila, niña —murmuró en su oído cuando finalizó, su dedo recorriendo con delicadeza desde su cuello hasta su hombro—. Solo imaginé que necesitabas ayuda con eso.

Se marchó sin decir más. Solo cuando escuchó la puerta cerrarse, ella pudo respirar en paz.

—Esto es tu culpa —le dijo a Robbie, quien ni siquiera se molestó en abrir los ojos, como si estar ahí fuera una obligación y no un gusto.

Dejó caer el vestido empapado al suelo y llevó su mano al lugar que él había tocado, donde aún sentía un ligero cosquilleo. No sabía cómo describir el calor abrasador que recorrió su sangre solo por su cercanía, el deseo de que continuara con esa ligera caricia improvisada. Era como si su cuerpo lo aceptara en vez de rechazarlo.

Recordó la detallada explicación de Henrietta diciéndole cómo podía gustarle y qué iba a sentir. Pero era imposible. A ella no podía estar gustándole su toque, ¿o sí?

Se suponía que le tenía miedo.

O quizás ya no le tenía tanto miedo, porque no le había dado ninguna razón para temerle.

Mientras intentaba conciliar el sueño, pensó que, si no terminaba muerta, sin duda terminaría loca.

Capítulo 10

El resto del viaje fue largo, tortuoso e infernal, o al menos así lo sintió Rosemary, que tuvo que soportar todo el camino en silencio porque su esposo no era un buen conversador.

Se dijo varias veces que ella tampoco quería hablar con él, pero lo cierto era que no soportaba el silencio porque significaba pensar demasiado.

Y vaya que dio rienda suelta a sus pensamientos. ¿Qué clase de destino le esperaba en su nuevo hogar? ¿Sobreviviría? ¿Habría sido sincero cuando le dijo que no había matado a ninguna de sus esposas anteriores?

Su lado optimista quería creer que le había dicho la verdad, aunque tomar como cierta esa afirmación hacía que sintiera empatía por él, y no le agradaba esa sensación. Pero ¿cómo evitarlo? Perder tres esposas en menos de diez años no debía ser fácil. En su lugar, Rosemary estaría destrozada. Y si ese era el caso, podría incluso justificar su amargura. Era difícil no estar resentido con la vida después de tantas tragedias, más cuando lo culpaban de ellas.

Recapituló los pocos encuentros que había tenido con él antes y después de la boda. Había sido tosco, pedante y poco amable, pero no podría describir su comportamiento como violento o agresivo. Incluso había hecho valer su autoridad cuando aquel posadero la había insultado mandándola a dormir a los establos.

«No puede ser que esté buscándole virtudes», pensó.

Aunque no era extraño, su naturaleza siempre había tendido al optimismo. Sin embargo, no podía fiarse de él por completo, eso sería una muy mala estrategia de supervivencia. Los rumores solían tener bases. A veces eran muy pequeñas, o distorsionadas, pero solían tener algún fundamento, y no podía negar que las muertes de sus antiguas mujeres eran sospechosas.

Demasiado sospechosas.

Lo mejor era actuar con cautela hasta que el tiempo dijera la verdad.

En esas cavilaciones se pasó todo el viaje. Por suerte, la noche siguiente se quedaron en una posada más decente, y como

ese día se había puesto un vestido fácil de colocar, pudo resolver el tema del atuendo sola. Al tercer día en la noche llegaron a su destino.

Rosemary admitía que se había hecho una imagen un poco exagerada de la casa. Se la imaginaba como una mansión grande y oscura, llena de telarañas, con pocos criados y muebles viejos, esos lugares donde los fantasmas pasaban sus días. Tal y como los cuentos de terror que a Rebecca le gustaban.

Por suerte, no fue así. La mansión estaba construida con una marcada influencia de arquitectura georgiana, simétrica y organizada, contaba con dos plantas y estaba construida en ladrillo rojo que mantenían en buen estado. Las molduras de las puertas y ventanas eran blancas, y a la entrada se llegaba por una pequeña escalera que tenía dos lindos arbustos a los lados, ambos bien cuidados.

«Con suerte, no habrá fantasmas», pensó Rosemary mientras se acercaba a la casa.

Dentro, la esperaban los criados. No había tantos como en la casa de su hermano, pero sí lo suficientes para mantener todo funcionando. El interior también era menos horrible de lo que se lo imaginó, pero sí necesitaba ciertas remodelaciones. Los muebles estaban pasados de moda, había poca iluminación y las cortinas eran la cosa más fea que había visto en su vida.

«Al menos tengo una tarea para entretenerme», pensó.

Los criados se presentaron. El mayordomo era un hombre alto, flaco y amable, que parecía tener ya demasiados años para seguir trabajando, y el ama de llaves, una mujer de unos cuarenta, pero exudaba energía y muchas ganas de hacer bien tu trabajo. Rosemary se esforzó por recordar el nombre de todos, sin embargo, en particular, le llamó la atención una joven, de unos quince años, que la estaba mirando con el ceño fruncido.

—Ella es Sally —presentó el ama de llaves—. Es la hija del difunto administrador de la propiedad.

Eso explicaba por qué no estaba vestida como doncella.

—Su padre me pidió que cuidara de ella —le explicó Dominik, a su lado.

Rosemary se sorprendió porque hubiera aceptado esa responsabilidad. Hablaba de un hombre más amable de lo que parecía.

Le sonrió a la joven.

—Un gusto, Sally.

Ella no le respondió. Dio media vuelta y salió corriendo como si acabara de ver un espanto.

El ama de llaves esbozó una sonrisa incómoda.

—Discúlpela, milady. Ha tenido un mal día.

—Eso no le da derecho a ser maleducada con mi esposa —intervino Dominik.

Rosemary no sabía si estaba de verdad molesto, o solo le estaba dando su lugar. Como fuera, apreciaba el gesto, pero su ceño fruncido era muy intimidante.

—Está bien. ¿Continuamos? —dijo Rosemary alzando una bandera de paz.

Dominik no se movió.

—Hablaré con ella, milord.

Él asintió, y continuaron con las presentaciones.

A excepción de Salley, todos parecían muy agradables. Rosemary sentía que no le sería difícil adaptarse a la dinámica de la casa. El mayordomo les ofreció cena, pero ambos la declinaron. Se habían detenido en una posada hacía poco, y después de tan largo viaje lo único que deseaba era una noche de sueño.

Dominik la guio hasta la planta de arriba, que se dividía en dos alas solo de habitaciones. La que habían adecuado para ella era una linda estancia color beige, con un gran ventanal y espacio suficiente para albergar a veinte personas. Estaba limpia, se veía cómoda y, sin embargo, quizás por el decorado de las paredes o el olor a cerrado que no había logrado quitar, daba la impresión de haberse quedado estancada en el pasado.

—¿Aquí durmieron las antiguas baronesas? —le preguntó a Dominik, quien se había detenido en el marco de la puerta.

Él respiró hondo para armarse de paciencia, como había venido haciendo durante todo el viaje cuando ella de repente quería iniciar una conversación o se comportaba como una niña malcriada.

No era difícil especular sobre la razón de la pregunta, ni tampoco cómo seguiría la conversación. Lástima para ella que no tuviera tanta paciencia en ese momento.

—Sí.

—¿Puedo dormir en otro lado?

—¿Por qué?

Estaba interesado en saber cómo le diría lo que, desde cualquier punto de vista, era una tontería.

—Pues… preferiría no invadir su espacio.

—Están muertas.

Todas.

Un hecho muy difícil de olvidar.

—Por eso. A los muertos no les suele gustar que invadan su espacio.

—Los muertos no pueden habitar ya ese espacio.

Rosemary consideró poco prudente mencionar que, cuando alguien abandonaba el plano terrenal de forma trágica, no solía irse con tanta facilidad, o eso decía la gente. Era evidente que, para él, todo lo que ella estaba diciendo no tenía sentido.

No le importaba. No quería dormir allí.

—Comprenderá que es algo incómodo pasar la noche en el mismo lugar donde durmieron tres mujeres muertas.

—Y comprenderás que los criados vieron lógico preparar esta habitación para ti, y pedirles otra sería extraño. Preferiría evitar más murmuraciones.

Por desgracia, tenía un punto válido.

—Pero…

—Basta. Sé lo que estás pensando y es una tontería. Aunque sus espíritus estuvieran rondando la casa, Astrid no te hubiera considerado lo suficientemente importante para que merecieras su tiempo, aunque lo tuviera de sobra. A Margaret todos le eran indiferentes y Poppy… —Su voz bajó una octava—. Poppy era demasiado buena para hacerle pasar un mal rato a alguien. Y ni siquiera dormía aquí.

—Bueno, no puedo culparla, pero si ella pudo tener otra habitación…

—Dormía conmigo. Y esa es la única otra habitación que estará disponible. ¿Quieres acompañarme? —Ella no respondió—. Lo suponía.

Estaba de muy mal humor. Recordar el pasado solía tener ese efecto en él, sobre todo cuando recordaba a Poppy.

Se dio la vuelta, dispuesto a salir, pero la voz que, estaba seguro, se convertiría en su tormento lo detuvo.

—Dominik.

Rosemary ni siquiera estaba segura de qué iba a decir. Había notado el cambio en su humor, y también la razón.

Poppy.

Asumía que se trataba de su última mujer, la que todos decían que había muerto envenenada. Hablaba de ella de una forma diferente a cómo se expresaba de las demás. Si tuviera que juzgarlo por su forma de hablar de ellas, podría decir que pudo haber matado a la primera y a la segunda, pero no a la última. No a Poppy.

Había heridas que no podían fingirse. Dolores que eran difíciles de ocultar.

—Gracias por darme mi lugar hace un rato.

Dominik tardó en recordar a qué se refería.

—Aunque no te quiera aquí, sigues siendo mi esposa y te respetarán como tal.

Se marchó sin esperar respuesta, ansioso por escapar de los recuerdos.

Rosemary se sentó con recelo y miró a su alrededor.

—¿Tú qué opinas, amigo? ¿Estarás aquí? —le preguntó a Robbie, a quien había tenido firmemente sujeto desde su llegada por miedo a que huyera hacia Dominik.

El perro ni siquiera la miró.

—Si hay alguien aquí, les juro que yo ni siquiera quería este matrimonio —dijo con cautela—. Me obligaron. Lamento mucho, mucho sus muertes. Por favor, no me atormenten.

—¿Milady?

Rosemary se sobresaltó, y Robbie aprovechó su distracción para saltar de su regazo y salir de la habitación, en busca de Dominik, seguramente.

—Me has asustado —dijo Rosemary a su doncella con una mano en el pecho.

El susto estuvo a punto de mandarla a ella también a otro plano lejos del terrenal.

—Disculpe, milady. Eh… ¿Hablaba con alguien?

Rosemary se ruborizó.

—Solo conmigo misma.

La doncella asintió, no muy convencida.

Un día allí y ya estaba perdiendo el juicio.

Katty la ayudó a quitarse el vestido. Estaba agotada, tanto que sentía que podía dormir durante días. Ni siquiera se molestaría en ir a buscar a Robbie. Llevaba días descansando mal, y su cuerpo aún resentía el ajetreo de la boda.

—¿Quiere usar el nuevo camisón, milady? —preguntó Katty con una sonrisa traviesa.

Rosemary tardó en captar la insinuación.

Claro. En su nuevo ajuar estaba un camisón precioso, de tela fina y transparente, que Hattie había insistido en comprar.

—Unas noches buenas significan también días buenos —había dicho con humor.

Rosemary no había entendido el significado implícito hasta ese momento.

Abrió la boca para decir que no, pero no supo si sería prudente. Sería inconveniente y escandaloso que se rumoreara que no habían consumado el matrimonio, eso podría instar a su esposo a presionarla por obligación. Sin embargo, habían pasado dos noches desde que salieron de Londres. ¿Sería suficiente para suponer que sí lo habían hecho, o creerían que esperaban a llegar a la casa del campo?

Quizás todo dependiera de su respuesta.

—Sí.

La doncella sonrió.

Era mejor prevenir murmuraciones. Además, él no iba a ir esa noche. O al menos eso dio a entender cuando la dejó allí.

La tela del camisón era en realidad bastante cómoda, se sentía como una segunda piel. La doncella se despidió con un «feliz

noche, milady», en un tono que daba a entender más de lo que se dijo, y Rosemary se obligó a sonreír hasta que esta desapareció.

No entendía por qué la gente estaba siendo tan optimista con su desgracia, por qué asumían que le iba a gustar su noche de bodas.

«¿Y por qué no te gustaría?», preguntó una voz en su cabeza.

No encontró respuestas, pues ya había comprobado hacía días que el temor no era suficiente para matar los cosquilleos en el cuerpo que le dejaba su cercanía.

Tal vez era mejor así. Quizás lo hiciera todo más fácil llegado el momento.

Ya se había casado. Tenía que ser un poco positiva.

Tocaron la puerta. Rosemary supuso que Katty se había olvidado de algo y abrió sin preguntar. Casi se cae al ver a Dominik, envuelto en una bata, con Robbie en sus brazos.

—Si tu perro vuelve a ir a mi cuarto, creo que… Maldita sea, ¿qué llevas puesto?

No fue su intención decirlo en voz alta. Fue el primer pensamiento que se le vino a la mente en cuanto su mirada captó su cuerpo, cubierto por una tela que era más lo que dejaba mostrar que lo que cubría.

Ella se abrazó a sí misma, intentando ocultarse, pero era difícil pasar por alto el sonrojo que le había pintado todo el cuerpo, y que lo volvía aún más tentador.

—Yo… me lo dio Hattie. Ella… yo creí que no nos volveríamos a ver esta noche.

Así era, pero el destino tenía un sentido del humor perverso.

Y la marquesa también. O quizás pensó que así las cosas entre ellos mejorarían. Debía ser una mujer optimista con un matrimonio muy feliz.

Entregó al Beagle y dio un paso hacia atrás.

—Creo que me voy a terminar quedando con ese perro. Me quiere más a mí que a ti.

Ella frunció el ceño, pero no replicó. ¿Cómo podía? Si Robbie se había encargado de validar esa teoría.

—Si eso es todo…

Dejó al perro en el suelo, que por fin se quedó quieto, e hizo amago de cerrar la puerta, pero él se lo impidió, colocando una mano en esta.

Dominik no estaba seguro de por qué. Quedarse allí, observando algo que lo tentaba y no podía tener, debía ser una nueva forma de autotortura. Sin embargo, era difícil no dejarse hipnotizar por su silueta. Era un hombre con necesidades que habían sido abandonadas durante mucho tiempo.

Por su parte, Rosemary temía que él no se marchara. Le había prometido darle unos días, pero debieron haber especificado cuántos. ¿Serían para él dos días suficientes?

No podría hacer nada si él decidía entrar.

Y quizás no quisiera hacer nada.

Recordó la conversación antes de la boda. La analogía del baño de agua fría.

A lo mejor sería más fácil así.

—¿Vas a entrar?

Su voz salió más temblorosa de lo esperado y eso fue lo que hizo reaccionar a Dominik.

Dio un paso hacia atrás como si lo hubieran abofeteado.

Ella tenía miedo, y no estaba tan desesperado como para forzar a una dama a compartir su cama, aunque esta fuera su esposa.

—No.

Se marchó antes de que sus instintos ganaran la batalla primitiva que había iniciado en su cabeza y Rosemary se quedó allí, de pie, confundida. Habría jurado que él entraría, y se sentía extrañamente decepcionada de que no lo hubiera hecho.

Tal vez estaba demasiado cansada para pensar con sensatez. Se acostó en la cama y el sueño no tardó en llegar. Ningún espectro fue a visitarla, pero soñó con Dominik y con el recuerdo de un beso que hizo que se levantara sin aliento, lo que, sin duda, era muchísimo peor.

Capítulo 11

Al día siguiente, Rosemary se levantó de buen humor. No porque hubiera acontecido algo en particular durante la noche que la hiciera olvidar su terrible situación, sino porque no estaba en su naturaleza ser pesimista por demasiado tiempo. Ese era el don de Becca.

Así pues, llamó a su doncella para que la ayudara a cambiarse y decidió afrontar el día con ánimo.

Lo primero que haría sería desayunar.

Por suerte para ella, Dominik no la acompañó. Según le dijo el mayordomo, con regularidad se levantaba temprano, y ese día había ido a ponerse al tanto de todo lo sucedido durante su ausencia, pues al parecer, después de la muerte del antiguo administrador, él mismo se encargaba de la propiedad, detalle que la impresionó. La aristocracia solía tener una marcada enemistad hacia cualquier tipo de trabajo. Su pasión era vivir de rentas y herencias, cuidando mucho que nadie se enriqueciera más que ellos.

«Quizás, como no es lord de nacimiento, no tomó esa desagradable costumbre», pensó mientras se llevaba a la boca un pan con una rica mermelada. Desconocía todos los detalles de su vida, pero sabía que había obtenido el título hacía unos diez años, después de la muerte del padre de Helen, que había dejado a la baronía sin herederos cercanos. Si mal no recordaba, Dominik debía ser primo segundo de aquella irritante criatura.

Cuando terminó de comer, fue en busca del ama de llaves.

Rosemary había sido educada toda su vida para ser una buena esposa y había llegado el momento de poner en práctica sus conocimientos.

La agradable mujer, que parecía no poder parar ni un segundo, le contó con gusto cómo funcionaba la casa, los días que se hacía mercado, los menús que más se cocinaban por gusto del barón. De tanto en tanto hacían limpieza general, cuántos criados había y a qué se dedicaba cada uno.

Rosemary intentó retener la mayor cantidad de información posible mientras seguía a la mujer por cada rincón de la casa, pues

parecía que siempre tenía algo que hacer o a quien supervisar. Cuando se topaban con algún criado, ella los volvía a presentar y continuaba con su discurso, dándola también algún que otro dato del lugar en el que iban a parar.

—Este es el salón de baile, pero no ha habido una fiesta aquí en más de cinco años. De igual forma, me gusta mantenerlo listo por cualquier eventualidad —le comentó la mujer cuando llegaron al espacio destinado a ese fin. No era muy grande, quizás entraban, a lo mucho, unas cien personas. Una joven limpiaba un candelabro de cristal ubicado sobre una repisa—. Ten cuidado con eso, Amelie, no quiero otro candelabro roto. Ahora hay una señora en esta casa y ella no será tan benevolente como yo —advirtió la dama con severidad.

—Oh, bueno, en realidad… —comenzó Rosemary, pero la mujer le hizo un gesto para que se callara.

—No me replique —le susurró—. A veces esos jóvenes, como me ven vieja y amable, se permiten ser muy descuidados, o se toman muchas libertades. Es bueno que piensen que ahora hay una dama en esta casa que vigilará cada detalle.

Rosemary contuvo una sonrisa.

—¿Hace mucho tiempo que no remodelan, ¿verdad? —preguntó Rosemary mientras se adentraban en otro pasillo hacia un lugar desconocido.

—No desde que milord se casó por primera vez —comentó con desenfado. Al parecer, mencionar a las esposas muertas frente a ella no le causaba ninguna incomodidad. Se preguntó qué pensaba el servicio de Dominik—. Sabrá usted que los hombres prestan muy poca atención a eso. Su segunda esposa tenía muchas ideas, pero muy poca determinación para llevarlas a cabo —dijo con tranquilidad —. Era una joven algo dispersa. Y la tercera, oh, ¡qué alma tan bondadosa! Siempre decía que todo estaba perfecto, pero estoy segura de que lo hubiera dicho, aunque esto pareciera un basurero. La pobre tenía serios problemas para ser firme o alzar la voz.

Sonrió ante lo último. Al parecer la recordaba con cariño.

La tercera esposa. Poppy.

Por lo visto, todos la querían, incluyendo a Dominik.

Una punzada extraña de algo parecido a los celos la invadió. Casarse con un hombre viudo no era algo que, en general, muchas damas recomendasen, a menos que este fuera rico, apuesto y aún no tuviera herederos, pues no solo había que luchar por un lugar en el corazón del caballero —en caso de que se tuviese ese objetivo—, sino que también había que ganarse el lugar en la casa. La servidumbre también tenía señoras favoritas, y en ocasiones era difícil luchar con esos fantasmas. Aunque, por el momento, todos allí parecían amables. Sin embargo, ¿la respetaba igual que a las otras?

Un desafío que tendría que afrontar, supuso.

—Quiero hacer algunos cambios —comentó con seguridad—. Lo primero serán las cortinas. Vi unas en Londres el otro día, mientras buscaba mi ajuar, creo que podría escribir a la tienda y mandarlas traer. Lo segundo serían los muebles, aunque son más difíciles de elegir si no puedo verlos en persona o hablar con el fabricante.

—En el pueblo hay un carpintero muy bueno —dijo el ama de llaves, contagiada de su entusiasmo—. Fue aprendiz de algunos fabricantes de renombre en Londres. Él puede ayudarla. Y si busca tapicería, en la tienda de la señora Garnert siempre encontrará de la mejor calidad.

A Rosemary le agradó saber que la mujer y ella estaban en la misma sintonía.

Mañana dedicaría todo el día a eso.

Llegaron a un salón espacioso, lleno de retratos de gente que Rosemary no conocía. La galería.

—Esta es la galería —dijo la señora Prescott mientras inspeccionaba detrás de un cuadro—. Y no han quitado bien el polvo. O, esas muchachas, seguro se han quedado hablando y no hicieron bien su trabajo. Pero me van a escuchar. Bien, milady. ¿Tiene alguna otra pregunta, o desea que le muestre la casa?

Rosemary sonrió.

—Creo que ya me la ha mostrado, señora Prescott.

La mujer entonces pareció caer en la cuenta de que Rosemary había tenido que seguirla por toda la mansión.

—Oh, milady, una disculpa —dijo con horror—. Es que tengo tantas cosas en la cabeza que no me he dado cuenta de que la he tenido de un lado para otro.

—Lo cierto es que ha sido usted una buena guía —dijo Rosemary con humor.

Sus ojos recorrieron la galería, dedicándole algunos segundos a cada retrato expuesto y al nombre que figuraba en la placa. Había al menos siete barones con sus esposas, incluyendo al padre y la madre de Helen. Algunos se habían casado dos veces. Sin embargo, solo había un retrato de Dominik posando al lado de una mujer.

Poppy, decía la placa.

La dama tenía una belleza dulce y clásica, aunque no llamativa. Sus cabellos eran negros, con unos lindos ojos avellana y una piel tersa del color de la nieve. A Rosemary le pareció una mujer agradable, aunque no sabía si su impresión era genuina o estaba influenciada por lo que ya sabía de ella.

Al lado de ese cuadro estaban otros dos. Uno de una dama con los cabellos castaños y ojos distraídos, y otro de una mujer rubia que evidenciaba arrogancia solo en su porte.

Leyó los nombres en la placa.

Beatrice Morgan

Samantha Morgan.

Debían ser las primeras esposas.

O las primeras víctimas.

—¿Hay algo más que desee saber, milady?

Lo cierto era que había muchas cosas que quería saber, como la razón por la que Dominik solo estaba en uno de esos retratos. De hecho, si lo detallaba, podía atisbar una ligera sonrisa en sus labios. Una de verdad. No esas llenas de arrogancia o sarcasmo que le encantaba dedicarle a ella, sino una que hablaba de verdadera felicidad, lo que hizo que su teoría anterior tuviera fuerza. A Poppy no pudo hacerle daño. No veía cómo un hombre que fue feliz a su lado pudo haber matado a quien evidentemente amaba o, al menos, le tenía aprecio. Ni siquiera porque esta no pudo darle un heredero. Entonces, si Poppy, quien, según todos, murió envenenada, no fue

víctima de su esposo, las dos muertes anteriores bien podían ser accidentes.

—No —respondió, recomponiéndose. Dudaba que el ama de llaves pudiera resolver las dudas que rondaban su cabeza—. Creo que voy a conocer el exterior de la propiedad. ¿Dónde quedan las caballerizas?

El ama de llaves se tensó.

—En la parte de atrás de la casa, milady, pero quizás sea prudente que espere a milord…

—No es necesario —respondió sin prestarle demasiada atención al cambio en la actitud de la mujer—. No quiero hacerle perder tiempo para eso.

Y dudaba que Dominik quisiera perder tiempo con ella.

—Nos vemos en un rato, señora Prescott. Si necesito más información, iré a preguntarle.

—Pero…

Rosemary ya se había ido cuando el ama de llaves intentó protestar.

—Que Dios la cuide —murmuró antes de continuar con sus obligaciones.

Rosemary siempre había tenido buena memoria, así que no se le dificultó dar con las caballerizas. Vestida con un traje de montar azul que había comprado junto con su ajuar, se acercó un joven mozo que estaba alimentando a un caballo.

—Milady —dijo extrañado—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Ensíllame un caballo, o una yegua, voy a dar un paseo.

El joven se tensó.

—¿Sin milord?

Rosemary no entendía por qué todos coincidían en que debía estar acompañada de su esposo para dar un paseo a caballo.

—¿Acaso tengo prohibido montar? —preguntó, sin ningún éxito en ocultar su irritación.

Él pareció pensarlo.

—No, pero…

—Entonces, ensíllame un caballo.

Usó ese ligero tono de autoridad que caracterizaba a toda familia de buena cuna con mucho poder. En general, Rosemary no solía adoptarlo, pues se cuidaba mucho de parecer arrogante, pero le molestaba que, al parecer, necesitara de la autorización de su esposo para montar a caballo.

Mientras el joven se debatía entre si obedecerla o no, ella centró su mirada en una hermosa yegua que acababa de relinchar. Era blanca, con pelaje bien cuidado y un tamaño que prometía dar buenos cachorros.

—Quiero montarla a ella.

El joven muchacho parecía a punto de desmayarse.

—Es yegua de cría, milady. Eh… no está bien domada. Hace muchos años que nadie la monta.

Rosemary se acercó al corral, donde el animal sacó la cabeza, como si la desafiara. Ella acercó su mano para que la oliera.

—Soy buena jinete —respondió con desenfado—. ¿Cómo se llama?

Se atrevió a acariciar a la yegua, quien no rehuyó su contacto. No parecía agresiva.

—Luz.

—Oh, pequeña Luz. ¿Quieres acompañarme a dar un paseo?

Ella relinchó.

—Ensíllela, por favor.

Su tono, aunque amable, no dejaba lugar a réplica. O el mozo la obedecía, o se arriesgaba a enfadar a la nueva señora de la casa.

Obedeció.

Rosemary dejó que la yegua se familiarizara un poco más con ella antes de atreverse a montarla. El animal no se opuso. Con regularidad, montaba a horcajadas porque le parecía más cómodo, lo que dejó al pobre mozo aún más atónito. Tal vez creía que no era buena jinete.

—No pasará nada —le dijo al chico al ver su aprensión—. Si alguien pregunta por mí, diles que he ido a dar un paseo y regreso en un rato.

Se alejó cabalgando, primero en trote suave y después más rápido. El joven no lograba dejar de observarla.

—¿Esa es la nueva esposa del señor? —preguntó alguien a sus espaldas.

El jefe de caballerizas. El joven sabía que lo regañaría.

—Sí.

—¿Y está montando a Luz? —preguntó en tono más alto.

—Sí —susurró él.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido permitírselo?

El jefe de caballerizas estaba fuera de sí.

—¿Cómo le iba a decir que no? —se defendió el chico—. Es la esposa de milord.

—Pero él…

—Él no ha prohibido explícitamente que ella no pudiera montar sin compañía.

—Pero sí recomendó que nadie montara esa yegua.

—Quizás ella regrese antes de que él vuelva.

—Reza porque sí, muchacho, o tendrás que conseguirte otro trabajo.

El joven suspiró con aprensión. La aristocracia era muy, muy rara.

La yegua era un encanto, o así la veía Rosemary, quien no entendía el recelo de todos por que fuera a cabalgar sola. El animal se adaptó rápidamente a ella, y mientras cabalgaba, Rosemary sentía que liberaba un poco de la asfixiante energía que la había tenido agobiada todos esos días.

Siempre le había gustado montar a caballo y, en general, no se le daba mal. Paseó un rato por campos despejados, disfrutando de un clima agradable y aire fresco. En determinado momento, llegó a lo que, supuso, era el límite de la propiedad, pues una valla empezaba a expandirse a lo largo del perímetro. No era lo suficientemente grande para que no pudiera saltarla, parecía solo para establecer un límite. Por lo visto, no debía de haber ningún problema con quien fuera el vecino.

Se preguntó quién sería el dueño de esa propiedad. Recordaba que estaban a una distancia considerable del pueblo y de otras grandes casas. A Dominik, que parecía encantado con ser un

ermitaño, quizás le iba bien. Sin embargo, dudaba que alguien más quisiera estar tan distanciado de posibles amigos.

Recorrió el perímetro, curiosa. La propiedad se veía bien cuidada, y a lo lejos, se divisaba una mansión al menos el doble de grande que la suya.

—¿Podemos ayudarte en algo? —preguntó una voz femenina tras de sí.

Rosemary se sobresaltó.

No sabía de dónde, pero habían aparecido dos mujeres a caballo. Tenían aproximadamente cuarenta años. Una era rubia con el sol, con ojos curiosos y sonrisa pícara. La otra, tenía los cabellos negros como la noche, la piel pálida y una mirada comprensiva. Estaban muy bien vestidas, así que asumió que alguna de las dos debía ser la dueña de la propiedad.

—Yo… solo estaba paseando —comentó con cierta vergüenza. Se acercó hasta quedar frente a ellas, separada solo por la valla—. ¿Viven ustedes aquí?

La rubia sonrió.

—Desde hace casi veinte años —respondió con humor—. Mi nombre es Katherine, marquesa de Lansdow. Y ella es mi amiga Claire, condesa de Blaiford, quien ha tenido la condescendencia de venir a visitarme a estas tierras alejadas de Dios para que no me aburra demasiado.

Rosemary notó que la condesa vestía de negro. Estaba de luto.

—Tú has hecho el sacrificio de quedarte esta temporada en el campo para no abandonarme —respondió la condesa.

—Oh, ningún sacrificio. Si Robert está encantado —dijo la dama—. ¿Quedarse lejos del bullicio de Londres? Debe de estar dándole gracias a Dios. Anabell quizás sí te guarde algo de rencor, pero el año que viene tendrá suficientes fiestas para compensarlo. —Se giró hacia Rosemary—. ¿Con quién tengo el gusto, querida?

—Soy lady Rosema… lady Mowbrat.

El nuevo título se le hacía pesado en la boca, amargo.

—¿Otra? —preguntó lady Lansdow sin pensar, lo que le ganó una mirada de reproche de sus amigas—. Mis disculpas. Es solo

que… no sabía que se había vuelto a casar.

Rosemary no podría culparla. Su reacción era posiblemente la que tuvo media sociedad, pero solo quienes eran demasiado genuinos para conocer de prudencia se atrevían a revelar su sorpresa.

—No fue un matrimonio planificado.

Por ninguna de las partes. No lo dijo, pero supo, por la expresión de las damas, que lo dio a entender.

—¿Desea tomar el té con nosotras, lady Mowbrat?

—Será un honor.

Amigas.

Rosemary necesitaría con desespero amigas si quería sobrevivir en ese lugar. Quizás Dios empezaba a tener piedad de ella, pues las mujeres, a diferencia del común en la alta sociedad, parecían muy agradables. Sinceras.

—¿Gusta que la acompañe a la entrada o se atreve a saltar la cerca?

—Saltaré —respondió sin dudar.

Apenas debía medir un metro de alto.

—¿Qué dices, amiga?

Luz relinchó, como si la entendiera, y Rosemary retrocedió para tomar impulso.

El salto fue fácil. La yegua, aunque parecía haber tenido poca actividad en los corrales, era ágil y mansa.

—Oh, Claire, es casi tan buena como tú —dijo la marquesa, encantada—. Un día tenemos que hacer una carrera, aunque creo que en resistencia puede tener la ventaja de poseer veinte años menos. —Se rio—. ¿Vamos?

Rosemary siguió a las damas a través de amplios campos hasta la mansión que se alzaba en medio del terreno. Por fuera, la dura fortaleza de roca intimidaba la vista de los visitantes, pero por dentro, la luz que entraba por las ventanas y la agradable decoración cálida hacían sentir al invitado cómodo.

La marquesa la llevó a una agradable salita con paredes en color melocotón y muebles a la moda. Rosemary tomó nota de preguntarle dónde los había conseguido.

—¿Cuántos años tienes, querida? —preguntó lady Lansdow mientras esperaba que les sirvieran el té.

—Veinte.

La mujer hizo una mueca de pesar.

—Oh, Claire, creo que lady Mowbrat estaría más cómoda hablando con nuestras hijas que con nosotras.

—No creo que quieran bajar.

—Están enfadadas con nosotras porque no hemos ido a Londres para la temporada, y han aprovechado la visita para quejarse entre ellas —explicó la marquesa.

—La madre de mi esposo murió hace dos meses —explicó lady Blaiford—. Íbamos a presentar a nuestra hija en sociedad esta temporada, pero los seis meses de luto nos lo han impedido. Danielle lamenta la pérdida de su abuela, pero no comprende por qué tiene que verse afectada si el luto no la devolverá.

—Tiene un punto, no lo niego —coincidió lady Lansdow—, pero la sociedad no es tan abierta de mente. Por mi parte, si Claire no iba a Londres, yo me iba a aburrir mucho. Y no niego que me dio la excusa ideal para no presentar a Anabell este año. Tiene diecisiete, ¿sabes?, y está ansiosa por debutar, pero creo que aún está muy joven. Y Robert también lo piensa, aunque creo que, si es por él, no la lanza al mundo al menos hasta que tenga veintiuno. ¿Cómo está el mercado matrimonial esta temporada? ¿Algún caballero digno que busque una esposa encantadora?

—Lord Middleton busca esposa —comentó Rosemary, pensativa. Los chismes eran un tema seguro y, a veces, agradable—. De preferencia, con dote generosa.

—Midletton… ¿No es aquel que hacía años casi termina en una cárcel de deudores? —preguntó la marquesa.

—Dicen que se regeneró y ya no juega —explicó la condesa —. Pero supongo que busca afianzar su economía con un matrimonio.

—¿No fue su madre quien está casada con el duque de Gritsmore? —Claire asintió—. Esa mujer me intriga. No sé si fue inteligente o muy tonta. Gritsmore es un hombre intimidante, ¿sabe? Nadie esperó que se casara otro porque todos decían que la muerte

de su mujer lo había destrozado. A veces eso pasa con los viudos. Aman mucho y se amargan… Oh, bueno, no todos —se apresuró a decir en cuanto su amiga tiró discretamente de su manga—. También hay solteros que, cuando conoces su carácter, entiendes por qué nadie los quiere más allá que por su fortuna. Yo me casé con uno —comentó con humor.

—No he tratado con el barón —comentó la condesa con una sonrisa que pedía paz—, pero me parece un caballero educado.

—Robert nunca ha tenido inconvenientes con él —añadió la marquesa.

Rosemary esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—No se puede negar que tiene los modales de un caballero —dijo.

Al menos cuando le convenía, y ni siquiera. Dominik no era un hombre al que le gustara fingir. Cualquiera que lo conociera un poco se daría cuenta de que, efectivamente, estaba amargado, aunque la razón podía entrar en debate.

—Quizás suene imprudente, querida, pero ¿cómo se dio ese matrimonio?

—Kate, es imprudente —comentó su amiga con dureza, antes de dirigirle a Rosemary una mirada amable—. No tienes que comentarlo si no quieres.

Rosemary lo apreció, porque tampoco deseaba hablar de ello. Si bien era cierto que las damas frente a sí le agradaban, recordar cómo había terminado en esa situación no era grato. Además, tampoco era difícil asumir que no había sido una relación por amor, dado su poco entusiasmo en comentar su reciente matrimonio.

—Lo cierto es que preferiría omitir la historia —admitió Rosemary.

La condesa asintió, comprensiva, y la marquesa, aunque parecía tener una naturaleza curiosa, no insistió.

—Los matrimonios no siempre son fáciles, menos al principio —comentó la marquesa como si se viera en la obligación de decir palabras de consuelo—. Puedes preguntarnos a Claire y a mí. Tampoco queríamos casarnos, ¿sabes?

Rosemary pasó las siguientes horas escuchando cómo habían llegado a su posición actual. Al parecer, el matrimonio de la condesa fue arreglado por su padre, y su esposo, en un principio, solo buscaba casarse para cumplir con una obligación. Por su parte, lady Lansdow fue hallada en una situación comprometida con su esposo, aunque, a diferencia de Rosemary, ellos sí incurrieron en una indiscreción voluntaria que terminó en consecuencias que no habían esperado.

—Pero somos felices —culminó lady Lansdow con una sonrisa —. A veces el destino actúa de forma inesperada.

Era un argumento que la Rosemary de hacía dos semanas se hubiera creído, pero se sentía tan desdichada que todo su lado romántico había muerto después de pronunciar los votos frente al altar.

No todo tenía un final feliz.

En ese momento, abrieron la puerta. Dos hombres que debían pasar los cuarenta se adentraron en la habitación sin notar su presencia. Uno tenía los cabellos negros y unos ojos azules vivaces, mientras el otro era alto, castaño y tenía una mirada gris profunda y misteriosa. Por la descripción que había recolectado de la conversación, ese último debía ser el marqués.

—Me han informado que llevan rato aquí. ¿A qué se debe el…? Mis disculpas. No la había visto —comentó lord Lansdow cuando la ubicó.

Rosemary se puso de pie e hizo una ligera reverencia.

—Robert, Blaiford, ella es nuestra nueva vecina, lady Mowbrat.

—¿Otra?

El comentario sorprendido vino del conde, quien se ganó de su esposa una mirada de reproche. La pobre mujer tenía la expresión de alguien acostumbrada a lidiar con la imprudencia.

—Otra dama encantadora que llega al pueblo. No hay piedad para los caballeros. Un gusto, milady.

Esa sonrisa era tan encantadora que, si Rosemary no se sintiera mal por el tema, lo hubiera pasado por alto, sobre todo porque el caballero frente a sí era demasiado apuesto para negarle

algo. Tendió la mano que le pedía y recibió un beso corto y cortés de saludo.

—Un placer —comentó el marqués, saludándola apropiadamente—. ¿Gusta quedarse a cenar?

—¿Cenar? —Rosemary entonces se percató de que el sol estaba cayendo—. Oh, Dios, es tardísimo. Temo que tengo que marcharme.

Nadie le había dicho que tenía hora de llegada, pero quizás una ausencia prolongada sin aviso causara, sino preocupación, porque no creía que Dominik se interesase tanto en ella, quizás sí molestia. A lo mejor pensaba que se había escapado.

«Bueno, no me importa lo que piense», dijo mientras se alisaba el traje. Pero prefería no meter en problemas a los lacayos, quienes ya parecían nerviosos de dejarla marchar sola.

—Uno de nuestros cocheros la puede llevar —ofreció la marquesa.

—Oh, no es necesario. Recuerdo el camino.

Y aún no había caído el sol. Con un poco de suerte, Dominik todavía no regresaría.

—Ha sido un gusto —le dijo Rosemary mientras montaba a la yegua que acababan de traerle.

—Eres bienvenida cuando desees, querida —le dijo la marquesa.

—También en mi casa —añadió la condesa.

—Y ustedes a la mía. Pronto podríamos coordinar un almuerzo o una cena. Nos vemos.

Rosemary estaba tan emocionada por tener con quién compartir que ni siquiera consideró si a Dominik le gustaban o no las visitas. Sin embargo, si la había alejado de Londres, sería muy cruel de su parte prohibirle eso.

Azuzó las riendas y Luz echó a correr. El cielo estaba pintado de naranja. Le quedaban solo unos minutos de sol y Rosemary confiaba en llegar antes de que oscureciera. No se fiaba de su orientación en la noche.

Saltó la valla que limitaba a ambas propiedades y se detuvo un segundo a evaluar la dirección que la devolvería a la mansión.

No fue necesario. Del norte, una figura a caballo se acercaba a ella. Galopaba con furia, tanta, que Rosemary temió que la arrollara. No obstante, era un buen jinete, pues se detuvo solo a unos metros de ella, aunque la mirada en sus ojos la hacía querer huir.

Estaba enfadado.

—¿Dónde diablos estabas?

Muy enfadado.

—He hecho nuevas amigas —dijo Rosemary con cautela, aunque intentó que su voz no evidenciara el miedo que le provocaba su ira—. La marquesa de Lansdow y la condesa de Blaiford. Temo que se me ha pasado el tiempo conversando con ellas.

Él no le estaba prestando atención, lo supo porque su mirada estaba fija en revisarla de arriba abajo.

—¿Quién te ha ensillado esa yegua?

—Yo he insistido en que lo hicieran —replicó. No quería que nadie saliera regañado por su culpa.

—¿Y no te dijeron que no podías montarla?

—No sabía que tenía prohibido montar —espetó Rosemary con sequedad. Eso era lo que le faltaba para terminar de hacer su existencia desdichada.

—A esa yegua sí. Y de preferencia, no sola.

—Tontería, si monto muy bien.

Él no le hizo caso.

—Súbete. Regresas conmigo.

Ella envaró los hombros.

—No soy una niña. Soy perfectamente capaz de…

Antes de que pudiera terminar la frase, él se puso a su lado y la levantó de la yegua.

—¿Qué diablos…? —empezó a protestar, pero un ligero apretón en su brazo mientras la acomodaba frente a él le advirtió que no era prudente hablar.

—Estoy muy enfadado contigo en este momento. Si aún te queda algo de sensatez, guarda silencio.

Era una orden que deseaba con fuerzas desobedecer, pero ya su instinto de supervivencia le tenía recelo, verlo enfadado la hacía

callarse.

Visto así, no se le hacía difícil creer que asesinaría a alguien.

Al parecer, sería la esposa que menos sobreviviría, y ni siquiera sabía qué lo había enfadado.

Había que tener mucha mala suerte.

Al menos le había dicho a su familia que la quería.

Capítulo 12

Dominik tardó al menos cinco minutos en acallar las alarmas que se instalaron en su cabeza cuando vio a Rosemary saltar esa valla con Luz.

Delante de él, la muchacha farfullaba y fruncía el ceño, pero le importaba un comino. Él aún tenía el corazón acelerado por el susto que se llevó cuando le dijeron que hacía horas se había ido a cabalgar y no había regresado. Había pensado lo peor.

—Esto me parece indignante —masculló ella.

Pero más que indignante, era incómodo de una manera extraña. El brazo que le rodeaba la cintura parecía de hierro, pero dejaba calidez difícil de ignorar. Ni que decir de la espalda tocando su pecho.

—Calla —le dijo. Aún no tenía humor para discutir con ella.

Rosemary, por sensatez, guardó silencio. Echó un vistazo a Luz. Dominik tiraba de las riendas y la potra caminaba con tranquilidad. No entendía por qué todos le tenían miedo.

Llegaron a los establos. El mismo mozo que les había atendido estaba pálido como si la muerte misma lo hubiera visitado, y un señor mayor ubicado tras de él —supuso que el jefe de caballerizas—, tenía la mirada baja.

Dominik la ayudó a bajar, aunque la descripción más acertada sería que la colocó sin delicadeza en el suelo, antes de desmontar él mismo.

—¿Quién le ensilló la yegua?

Su tono no era brusco, pero sí frío. Incluso Rosemary se estremeció.

El joven mozo tragó saliva con dificultad, y se disponía a hablar cuando Rosemary se ubicó frente a él, protegiéndolo de la mirada intimidante de Dominik.

—Ya te he dicho que yo ordené que me la ensillaran.

—Debieron haberte advertido que esa yegua no se podía montar.

—Lo hicieron, pero insistí.

Alzó la cabeza, desafiante, y se enorgulleció de no retroceder cuando Dominik dio un paso hacia ella.

—No tientes mi paciencia, niña. ¿Quién te ensilló la yegua y te dejó salir sola?

—No sabía que casarse contigo era equivalente a terminar en la cárcel —se mofó—. ¿Por qué no podría salir a cabalgar sola?

Dominik no tenía ánimos de explicárselo. No estaba seguro de que pudiera entenderlo, y aún seguía alterado. Su desafío no hacía más que exaltar su rabia.

—¿Quién te ensilló el caballo?

—Yo —dijo con la barbilla en alto—. Castígame a mí si estás buscando un culpable.

—Rosemary…

El tono de advertencia no la intimidó, y Dominik tenía que admitir que admiraba su coraje tanto como lo estresaba. No le había parecido una dama que afrontara las consecuencias de sus actos cuando se escabulló creyendo que iba a ver a su enamorado, pero, al parecer, se había equivocado.

—Tu padre debió darte unos buenos azotes de pequeña.

—Una suerte que no nos prestara demasiada atención.

Dominik miró de reojo al mozo y jefe de caballerizas, quienes observaban a su mujer con una admiración mal disimulada. Cómo no, si lo estaba poniendo en ridículo. Extrañamente, no le molestaba tanto como debería.

—Además, tanto escándalo por una yegua que es muy mansa, ¿verdad, Luz?

Extendió la mano y la yegua se acercó a olerla.

—Espero que hayas disfrutado de tu paseo, porque no la volverás a montar. Y, como me entere de que alguno volvió a ensillarla, puede considerarse desempleado.

Sin más que añadir, se dirigió a la mansión con paso apresurado. Rosemary se giró hacia los mozos y esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—No se preocupen, creo que solo está de mal humor.

—¡Rosemary! —la llamó.

—De muy mal humor.

Rosemary tuvo que apurar el paso para alcanzarlo.

—¿Cuál es el problema? —le espetó mientras hacía esfuerzos por mantener su ritmo.

—¿Además de que acabas de restarme autoridad frente a mis empleados?

—Yo fui quien insistió. No podía permitir que los culparas cuando solo me obedecieron. Cualquier consecuencia debía afrontarla yo.

—No me pareció que fueras de las que afrontaras las consecuencias de tus errores —dijo con burla.

—Me casé contigo, ¿o no?

Él se detuvo en la entrada de la casa, hombros tensos, labios apretados. Se desafiaron con la mirada, como si pudieran derrumbar con los ojos.

—¿Por qué no puedo volver a montar a Luz?

—Preferiría que no salieras a cabalgar sola —respondió mientras abría la puerta.

—¿Por qué? —chilló ella, siguiéndolo adentro.

—Por seguridad.

—Luz es una yegua mansa y yo soy buena jinete.

—No es mansa.

—Sí, lo es.

—No lo es.

—Te digo que…

—¡Ella fue quien la derribó!, ¿entiendes?

No había sido su intención confesarlo, pero su paciencia estaba llegando a su límite. Furioso, decidió que necesitaba una copa.

Rosemary se quedó de pie en medio del vestíbulo, estupefacta.

¡Cómo no lo había pensado antes!

Eso explicaba por qué todos actuaban tan extraños. Pero ¿por qué nadie se lo había dicho?

Por otra parte, la molestia de él solo podía tener base en la preocupación. Tenía miedo de que a ella le pasara algo.

La revelación causó el mismo efecto que un golpe en la cabeza. Estaba aturdida, pues chocaba con la imagen que tenía de él. ¿Sería una manera de alejar sus sospechas? ¿Por qué? No había intentado convencerla antes de que era inocente, y no tenía sentido que lo hiciera en ese momento, cuando ya era de su propiedad. ¿Quería que confiara en él? No parecía en absoluto su intención, no con esos gritos y miradas de rabia.

Y su miedo tampoco parecía fingido.

Dubitativa, Rosemary siguió el camino que él había tomado. Lo halló en un despacho, Las cortinas estaban cerradas. Unas pocas velas alumbraban la estancia, cubierta con paneles de madera, y olía a cuero gastado, que le daba al lugar un aire muy masculino.

Dominik estaba sentado detrás del escritorio, con un vaso en la mano y la mirada perdida.

Rosemary se acercó, sin saber bien qué iba a decir.

—¿Por qué no la sacrificaron?

Era una pregunta segura y que también le generaba curiosidad. Por lo general, si un caballo se volvía lo suficientemente peligroso para matar a su amo, algunos optaban por sacrificarlo.

—No estoy seguro de qué sucedió. Beatrice estaba sola y no era buena jinete. Pero sí demasiado intrépida. Es probable que algo hubiera asustado a la yegua y ella no supiera manejarlo. El animal es de buena raza, habría sido una pena matarla.

Rosemary se alegraba de que no lo hubieran hecho. Se le hacía difícil ver a Luz tirando a alguien de su lomo.

Quiso comentarlo, pero había preguntas que tenían prioridad.

—¿Por qué nadie me lo dijo?

—Prefiero que no se mencione el tema.

No era solo una respuesta, sino una indirecta para dejar de hablar de ello.

Dominik no se fiaba de sí mismo cuando tenía que recordar esos desagradables acontecimientos del pasado, cuando la vida comenzaba a ensañarse con él. En esa casa, todos sabían que era mejor callar si no querían ponerlo de mal humor. Eso en el mejor de los casos.

Rosemary captó su mensaje, pero la curiosidad se había encendido y era difícil de mitigar. Caminó hacia él con paso vacilante.

—¿Estabas preocupado de que me pasara algo? —preguntó en voz baja, sentándose frente a él.

—Aunque te cueste creerlo, no quiero que te suceda nada. No sé si te has puesto a pensar lo incómodo que resulta que las personas, incluida tu esposa actual, crean que eres un asesino de mujeres.

Rosemary bajó la cabeza, presa de una vergüenza que no había sentido hasta el momento. Ciertamente, no era una etiqueta con la que nadie quería cargar. Una de las razones por las que las personas no hacían siempre lo que querían era por temor a la ley, o a la sociedad, que podía ser incluso más cruel que la primera. De pronto, empezó a sentirse mal.

Quizás, solo quizás, había estado exagerando un poco. Además, en el remoto caso de que todo fuera verdad, él no querría matar a una cuarta esposa cuando los rumores se habían disparado con la tercera, ¿no?

—Tengo curiosidad. Yo sé qué dicen de mí, pero me gustaría escuchar lo que mi esposa ha oído al respecto.

Ella desvió la mirada, incómoda. No quería hablar; él tampoco. Sin embargo, había momentos en que una conversación desagradable era necesaria. Necesitaba saber con exactitud qué pensaba ella. Qué había escuchado, aparte de lo expuesto en esa nota anónima, para decidir el día de su boda escaparse a su suerte.

—Tal vez he dado a los rumores más importancia de la que tienen —musitó con las mejillas sonrojadas y la voz de una niña que quería salir corriendo.

Y así se sentía.

Pero él no la dejaría escapar.

Se bebió el contenido de su vaso y se puso de pie.

—Esa no es la pregunta —dijo mientras caminaba hacia ella —. Dime, según los rumores, ¿por qué he decidido matar a mis esposas? Porque supongo que hay una razón, a menos que todos me tengan por un inestable mental que mata sin razón.

Rosemary tragó saliva. Aunque habían sacado el tema en contadas ocasiones, nunca lo habían hablado de manera tan directa.

—Dicen que el motivo es que no podían darte hijos. Al menos las últimas dos —susurró.

—Interesante. ¿Te he dado la impresión de que busco un heredero? —Rosemary negó con la cabeza. Él se inclinó hasta que sus labios casi rozaron su oreja—. Dime, si estuviera tan desesperado por uno, ¿no crees que te habría puesto debajo de mí aquella primera noche y habría plantado mi semilla para asegurarme de conseguir mi objetivo?

El comentario hizo que Rosemary se sintiera como una tonta, porque tenía razón. Si él quisiera un hijo, no le habría dado el tiempo que ella le pidió, pues tenía todo de su lado para exigir sus derechos.

—Como dije, quizás les di más importancia de la que tienen.

—A lo mejor debería embarazarte, con suerte tienes un niño, y dejarás de temblar cada vez que me acerco a ti.

Rosemary se estremeció, pero no de miedo, como él parecía creer, sino porque su cercanía la afectaba de una manera que no sabía explicar. Sentía un extraño cosquilleo en su cuerpo cada vez que su respiración le rozaba la parte de atrás de la oreja y la piel le picaba como si buscara su contacto.

Nerviosa, se levantó de un salto.

—No es necesario, es decir, no es que no quiera hijos, es solo que, bueno… Oh, no importa, lo lamento.

Ni siquiera estaba segura de por qué se estaba disculpando. ¿Por prejuzgarlo? ¿Por creer que era un asesino? ¿Había dejado de creer que era un asesino? Un poco. Era difícil deshacerse de una creencia de la que se había autoconvencido por días, pero no podía negar que los argumentos que lo acusaban quedaban en ridículo ante la lógica que le acababa de plantear.

Quiso alejarse para pensar con sensatez, pero él la tenía atrapada entre el borde del escritorio y su cuerpo.

—¿No… no es hora de la cena? —preguntó con un hilo de voz.

Dominik, que había estado sumergido en una ira silenciosa que crecía ante cada palabra, se encontró a sí mismo sonriendo. Quizás fue por el tono inocente y desesperado que usó, como el de una niña traviesa que intenta, por todos los medios, salir del problema en que se ha metido.

La observó con detalle. Estaba sonrojada, con la respiración entrecortada y ojos de quien se encuentra frente a un depredador. No estaba seguro de si estaba asustada o solo nerviosa. Si era lo primero, él se alejaría. Pero lo segundo podía tener más razones que el temor.

Y no quería quedarse con la duda.

Dio un paso hacia ella, notando de inmediato cómo contenía la respiración. Puso las manos sobre el escritorio, acorralándola.

—Creo que aún falta.

Ella tragó saliva.

—Entonces… si te aseguro que tendré cuidado, ¿podré montar a Luz?

Un hábil cambio de tema.

—No.

—Pero…

Guiado por un impulso, él llevó una de sus manos a su cuello, donde inició una lenta caricia con el dedo índice.

—Tendrías que hacer muchos méritos para convencerme de eso, pequeña.

Ella entendió de qué estaba hablando.

—No pareció funcionar la última vez.

—Puedes seguir intentando. Tal vez lo logres.

Si a ella no le importaba creerlo un asesino, él no tenía por qué tenerle consideración. O eso fue lo que se dijo para no detener a su mano, que había cobrado vida propia y se acercaba a la piel desnuda de los senos que el vestido exponía de forma generosa.

Ella se estremeció.

—¿Te desagrada mi contacto, Rosemary?

Se obligó a detener su mano mientras esperaba la respuesta. Le gustaba jugar con ella, pero solo si esta participaba también, si no conscientemente, al menos con la respuesta de su cuerpo.

Rosemary dudó.

¿Desagrado? No creía que fuera esa la razón por la que su tacto la estremecía. Rosemary nunca se había sentido así antes, pero sin duda, decir que el ardor de su piel ante su contacto era desagradable sería mentir con descaro.

Y aunque podía mentir si la situación lo ameritase, no encontró valor para hacerlo en ese momento.

—No —respondió en un susurro, a pesar de saber que esa palabra podía continuarla.

No estaba preparada para lo que siguió a continuación. La que había bajado hasta su pecho abarcó su seno y dio un apretón que envió una oleada de calor a todo su cuerpo. Cuando él se apoderó de su boca, ella lo estaba deseando.

El contacto era cálido, agradable y adictivo. Cada roce hacía desear otro, y luego otro, hasta que era difícil sostener la respiración.

Entonces, él trasladó los labios a su cuello. Fue su perdición.

Tuvo que sostenerse a él para no perder el equilibrio, pues la marea de sensaciones que la inundó dejó sus piernas inútiles. Quizás por eso no protestó cuando él tomó una y la alzó hasta encajarla en las caderas, ni cuando intentaba con desespero subirle la falda.

Rosemary tenía la impresión de que hubiera dejado que le hiciera lo que desease si alguien no hubiera tocado la puerta en ese momento.

—¿Qué? —preguntó Dominik, malhumorado.

—Milord, la cena está lista.

Él se separó de ella con renuncia, le costaba desprenderse de su contacto.

—¿Puedo montar a la yegua? —preguntó ella cuando recuperó el habla.

Su boca se sentía seca. Hambrienta.

Necesitaba un tema seguro.

—Solo si alguien te acompaña. No hay discusión al respecto —aclaró al ver que iba a protestar—. También puedes montar sola si te llevas un caballo más manso. Tú eliges la que te convenga más.

Rosemary se dijo que tendría que conformarse con eso por el momento.

—¿Puedo redecorar la casa?

—Puedes hacer lo que quieras.

La sonrisa de ella fue tan brillante que, de no tener la mente embotada de deseo, había reconsiderado su respuesta, pero como no estaba pensando con lucidez, solo notó una linda sonrisa brillante que le causó una extraña alegría.

—¿Vamos a cenar?

—Ve tú. Yo comeré más tarde.

Necesitaba recuperar la sensatez.

Rosemary se marchó. El cosquilleo en la piel le duró toda la cena y hasta que subió a su cuarto.

No era tonta, sabía, gracias a la extensa charla de Henrietta, que su cuerpo respondía a sus caricias de manera positiva, lo que se cuestionaba era qué tan conveniente era eso.

«Algún día tendrás que entregarte a él», se dijo.

Intentó sonar resignada, pero no era así cómo se sentía. La idea no era tan terrible como hacía unos días, y eso la asustó más que cualquier cosa, porque significaba que empezaba a confiar en él.

Pero ¿por qué no hacerlo? La teoría del asesinato parecía cada vez menos probable. Quizás Hattie tenía razón. Tal vez debería dejar las ideas preconcebidas de él y ser un poco más optimista.

Sin embargo, justo cuando había tomado esa determinación, notó una carta en el suelo. Alguien debía de haberla deslizado bajo su puerta.

La recogió con dedos temblorosos, percatándose de inmediato de la falta de remitente.

Había solo tres palabras.

Cuídate de él.

La inquietud del mensaje le robó el sueño. Rosemary dio vueltas en la cama, dubitativa. Atosigarla con esas notas era demasiada molestia para tratarse de una broma, pero ya que se estaba reconciliando con la idea de que no se había casado con un

asesino, quería creer que el emisario creía fielmente en los rumores, pero no sabía toda la verdad.

Sin embargo, ¿cuál era la verdad?

Una pregunta sin respuesta.

Dio otra vuelta en la cama, abrazó la almohada y cerró los ojos, decidida a dormir. Casi lo conseguía cuando un ruido afuera la sacó del mundo de los sueños.

Dios. ¿Eso que estaba escuchando eran pasos?

Capítulo 13

Abrió los ojos. El fuego de la chimenea se había consumido casi por completo, pero no había amanecido. Debía ser de madrugada. ¿Quién vagaría por el pasillo a esa hora? Todos debían estar dormidos…

Una idea aterradora llegó justo en el momento en que los pasos volvieron a sonar. No, no podía ser posible. La nota estaba haciendo que su imaginación se disparara. Sin embargo, ¿quién podría ser a esa hora? Si había alguien fuera de su puerta, ¿por qué solo caminaba y no tocaba?

Sintió el impulso de abrazarse a sí misma y hundirse entre las almohadas hasta que el sonido desapareciera, pero entonces, Robbie, que había estado durmiendo tranquilo a su lado, alzó la cabeza de repente, brincó de la cama y corrió hacia la puerta, donde empezó a aullar como un cachorro abandonado. ¿Los perros también podían sentir la presencia de espíritus?

Rosemary decidió que no podría dormir si no salía de dudas, aunque a cada paso que daba hacia la puerta le pesaba como si tuviera grilletes en los pies. No sabía qué sería peor, ver algo o no ver nada.

—Quizás es solo un criado —musitó.

¿Que vaga por la noche?, le dijo una voz insidiosa en su cabeza. Bueno, había gente que caminaba dormida. Cerró los ojos, respiró hondo y abrió la puerta. Demoró un segundo en tomar valor, y cuando al fin lo logró, lo que vio no se lo esperaba.

Dominik estaba de pie frente a su puerta, con una expresión que intentaba ocultar algo, aunque no estaba segura de qué. Tampoco le importaba. Su corazón volvió a la calma al saber que no era un fantasma.

—Oh, eres tú —susurró con la mano en el pecho—. Casi muero del susto.

—¿Por qué…? No, no me lo digas.

Su expresión se volvió dura e inescrutable. Sus labios fruncidos le indicaron a Rosemary que estaba enfadado, aunque no podía saber por qué.

—Me disculpo por despertarte. Ha sido un error venir aquí.

O, más que un error, una estupidez. Dominik no estaba seguro de qué lo había motivado a pasearse por su habitación.

Bien, sí, lo sabía. Pero no deseaba admitirlo, porque sería recalcar su falta de sentido común. ¿Cómo se le había ocurrido pensar que algo había cambiado entre ellos después de su última conversación? ¿Cómo había sido tan ingenuo para creer que ella había empezado a creerle? ¿Y por qué le importaba? Ese matrimonio estuvo destinado al fracaso desde el inicio y era una imprudencia pensar otra cosa.

Se giró para marcharse, pero ella lo detuvo con un toque en su hombro.

—Espera... ¿Sucede algo?

Ella no entendía por qué estaba enfadado, pero sospechaba que tenía que ver con el motivo que lo había llevado allí y no le quería decir.

—Nunca me vas a creer, ¿verdad?

No había planeado decirlo en voz alta, pero una sensación de amargura se había instalado tan a fondo en su interior que le fue imposible contener las palabras que delataban su ira.

Se odió por esa debilidad, así que, en un intento de recuperar su orgullo, aprovechó el momento de estupefacción de ella para añadir:

—No importa. Si te hace sentir menos desdichada pensar que soy un asesino y que esta casa está llena de fantasmas, te dejaré tranquila con tus fantasías infantiles.

Intentó no tomar en cuenta su expresión de dolor y caminó hasta su habitación. Estaba por abrir la puerta cuando la voz de ella le llegó en un susurro:

—¿Crees que es fácil?

A su pesar, él se giró. Seguía parada en la puerta con una expresión de mártir que hubiera desarmado al más fuerte. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y el perro estaba parado a sus pies, frotando su cabeza contra su pierna como si intentara consolarla.

Dominik tenía que admitir que no se sentía inmune al dolor, y el impulso de imitar a Robbie y consolarla resultaba inquietante.

—¿Crees que es fácil para mí toda esta maldita situación? Quiero creerte, por supuesto que quiero, pero ponte por un momento en mi lugar —gimoteó. Las lágrimas empezaron a resbalar como una cascada por sus mejillas—. Imagínate estar feliz, en tu casa, deseando casarte con una persona que te gusta y que de un día para otro termines unido en matrimonio con un desconocido, al que ya se le han muerto tres mujeres, al menos dos en situaciones sospechosas. Intentas llevar todo lo mejor que puedes, pero entonces, te empiezan a llegar esas malditas cartas.

—¿Cartas? —preguntó él en voz baja.

—¡Sí! Cartas.

Desapareció un momento dentro de su habitación y regresó con la nota arrugada que había dejado sobre su cómoda. En un principio no había planeado notificarle de su existencia, pero en ese momento no estaba pensando con prudencia. Se sentía triste, impotente y muy confundida. No sabía qué hacer, no sabía en qué creer, temía su futuro, y no necesariamente porque pudiera haber una muerte en él. Lo temía porque no parecía tener ninguna probabilidad de final feliz con un hombre insensible a su lado.

—No sabes lo que es renunciar a enamorarte, no sabes qué significa saber que te has vuelto propiedad de alguien en quien no confías y que, si te pasa algo, ni siquiera tu familia podría ayudarte. No sabes lo que es intentar ver el lado bueno cuando tu esposo solo te ofrece comentarios pedantes.

Sollozó una vez, luego otra, hasta que los temblores se volvieron incontrolables. Se abrazó a sí misma buscando tranquilizarse, pero su mente no encontraba paz.

Dominik solo echó un vistazo a la carta. Suponía que decía, y reconocía la tipografía de la que le había arrebatado la última vez, pero no pudo prestarle la atención que debía, no con ella llorando con desconsuelo frente a sí.

Hacía muchos años que Dominik no experimentaba la empatía. Se podría decir que había olvidado cómo se sentía, por eso la presión en el pecho que sintió al verla llorar era, como menos, incómoda.

Dio un paso hacia ella, inseguro sobre cómo proceder. Podía entenderla, sí, pero no creía que decírselo ayudara. Estaba seguro que no le creería.

«Mejor me voy», pensó. Tampoco quería involucrarse mucho con ella. Rosemary tenía miedo a ciertas cosas y él tenía miedo a otras. En su caso, la distancia era su mejor protección. Sin embargo, su sensatez no era inmune a las lágrimas, porque no pudo dejarla allí llorando.

Le colocó una mano sobre el hombro y ella lo miró con los ojos enturbiados por las lágrimas. Hizo un vago intento por recomponerse, pero parecía que su cuerpo era incapaz de detener el llanto.

—Yo no quería esto —sollozó ella.

—Yo tampoco —respondió él con calma—. Pero nadie me dejó opción.

La vida nunca se había molestado en preguntarle qué quería, y quizás era por eso que podía entenderla.

—¿Entonces?

Silencio. Dominik daría toda su fortuna y Rosemary sus mejores vestidos solo por una respuesta correcta.

—Mañana voy al pueblo, ¿te gustaría acompañarme? —preguntó él.

No eran palabras de consuelo, tampoco una solución milagrosa ni promesas mágicas, pero sí algo que Dominik consideraba mejor: una tregua. Una oportunidad de conocerse mejor, sin tantas barreras levantadas, sin tantas supersticiones.

Una parte de él decía que lo lamentaría, que lo mejor era no involucrarse, pero la ignoró, porque una cosa era lo más conveniente y otra la paz que deseaba, una que la incluía a ella.

Dejó tendida la oferta y esperó a que la evaluara. A que la entendiera.

Rosemary lo hizo. Él no se lo dijo, pero ella lo vio en su mirada, en la mano sobre su hombro. No era la empatía a la que estaba acostumbrada, ni el consuelo del abrazo que le hubiera dado Hattie o sus hermanas, en cambio, era un intento de ofrecerle paz, y Rosemary tenía dos opciones: seguirse martirizando por la

incertidumbre o notas anónimas, o darse una oportunidad de formarse su propio juicio.

—¿A qué hora?

Él curvó los labios.

—A las diez.

Se marchó sin decir más. Tampoco hizo falta. Ya había tomado la decisión.

Ambos la habían tomado.

***

El pueblo era más grande que otro que Rosemary hubiese conocido. Aunque no podía ni compararse con el bullicio de la ciudad, las calles estaban llenas de vida, había muchas tiendas que prometían cosas bonitas y la gente parecía conocerse bien entre sí. Solo verlo era un soplo de aire fresco si lo comparaba con la lúgubre mansión en la que se sentía retenida.

—¿De qué diligencias tienes que ocuparte? —le preguntó a su esposo, sentado frente a sí en el carruaje con los ojos cerrados.

—Voy a encontrarme con alguien.

No dio más detalles y tampoco parecía que fuera a hacerlo. Se preguntó si algún día lograría resignarse a las conversaciones cortas y los silencios incómodos. No habían pronunciado palabra durante el desayuno, ni tampoco en todo el camino. Él parecía estar bien con eso, pero Rosemary siempre interpretaba los silencios como que algo estaba mal. Y el que no pudiera definir su situación actual como «buena» no significaba que la falta de palabra no la incomodara.

—Quisiera comprar y encargar algunas cosas. Temo que nuestro apresurado matrimonio impidió que me hiciera con un ajuar apropiado.

Esta vez Dominik sí abrió los ojos. Rosemary le dedicó una sonrisa encantadora y practicada. No dudaba que la había utilizado muchas veces en su vida.

—Te trajiste cuatro baúles.

—Y los que me faltaron. Una dama necesita un buen guardarropa, sobre todo cuando tiene cierta posición. Lo que digan

de mí, también lo dirán de ti. No querrán que piensen que eres un avaro.

Él tenía que concederle que sabía usar las palabras y los gestos. Parpadeaba con lentitud calculada y fruncía los labios de una forma adorable incluso para él, quien se juraba inmune a esos artilugios femeninos.

—Tampoco quiero que digan en un futuro que estoy en la ruina.

—Dramatizas. Una dama nunca lleva a la ruina a su esposo. La mayor parte de las veces incluso lo salva. Mi hermano puede dar fe de ello.

Dominik había escuchado algo al respecto sobre ese matrimonio, aunque nunca ahondó en los detalles.

—Me sorprende que no le hayan vaciado las arcas que tanto le costó conservar.

—Pues le costó más a Henrietta que a él, te lo puedo asegurar. Y ella está encantada de gastarlas con nosotros. Ray nunca pone peros, no es como mi padre. Creo que tú y mi progenitor se hubieran llevado muy bien. O muy mal. Es difícil determinarlo cuando ambos hubieran coincidido en tener un carácter tan… particular.

«Particularmente malo».

Ella no lo dijo, pero él lo leyó en su sonrisa traviesa. Era muy impertinente para creer que estaba tratando con un asesino.

Pero lo cierto era que en momentos como esos Rosemary casi podía olvidarlo. La pequeña punzada de satisfacción que sentía al molestarlo no hacía caso a la prudencia, solo se centraba en su mirada y la manera en que arrugaba el ceño.

No volvió a preguntar si podía hacer compras, y él no mostró interés en dejárselo claro, así que ella asumió que sí.

El carruaje seguía internándose con cuidado por calles llenas de personas que parecían tener una vida muy feliz.

—¿Crees que todos sean felices? —preguntó ella sin dejar de mirar por la ventanilla.

—¿A qué te refieres?

—A las personas. Sonríen con alegría, saludan con cordialidad, ¿crees que sean felices, o solo lo aparentan?

Quizás antes, cuando la vida había sido amable con ella, Rosemary hubiera apostado a que sí, lo eran. Sin embargo, ya había experimentado tener que sonreír sin sentir en lo absoluto felicidad, y se preguntó cuántas personas hacían lo mismo.

—No creo que alguien sea completamente feliz —respondió, pensativo—. La vida da y quita, no siempre equitativamente, pero nunca te da todo. Pienso que solo lo aparentan. Todos lo hacemos.

—¿Tú lo haces? —preguntó con tiento.

—Hay ocasiones en las que la vida te quita tanto, que ser cortés exige demasiado de ti.

Había tanto implícito en esa frase que Rosemary no supo qué contestar. Dominik tampoco esperaba que dijera nada. No era su intención generar lástima, solo manifestar una realidad que pocos se atrevían a admitir, y era fingir estar bien cuando no era así, era demasiado desgastante para que valiera la pena intentarlo.

—Las penas no se deberían vivir en silencio —comentó rato después—. Me pregunto por qué nos hemos acostumbrado a hacerlo.

—Porque expresarlas en voz alta incomodaría a los demás, quienes no sabrían cómo responder y, además, no les interesaría en lo absoluto tus sufrimientos.

—No todos son indiferentes. Podrías conseguir un alma empática.

—O alguien que lo utilice en tu contra. Me sorprende, Rosemary, que no hayas aprendido la lección de que las personas son malas después de lo que pasó con Helen. ¿O es que la única persona despreciable a tus ojos soy yo?

Lo había dicho con un ligero tono de burla que pretendía restarle seriedad a la pregunta, pero Rosemary sintió una punzada de culpa.

—Te estoy dando un voto de fe, ¿o no?

Él no podía decirle que le hubiera gustado que se lo diera desde el principio.

—¿Pero tienes verdadera fe?

—Más de la que te imaginas.

Porque lo que más deseaba era que todo saliera bien.

El carruaje se detuvo frente a una sombrerería, en una calle donde iba y venía mucha gente. Dominik se bajó y le tendió la mano.

—Aquí están todas las tiendas que podrían interesarte. Sarah te puede hacer un recorrido. Nos vemos aquí en dos horas.

Volvió a subirse al carruaje y en unos minutos, Rosemary estaba sola con la joven doncella que había estado sentada al lado del cochero.

No estaba muy segura de qué había esperado cuando la invitó a al pueblo con él, pero fue que la dejara sola con la doncella a mitad de la calle. Suponía que no se iba a entretener viendo vestidos con ella, y que tenía sus propios asuntos que atender, sin embargo, se sentía ligeramente decepcionada.

—Bueno, Sarah, dime, ¿dónde podemos conseguir lindos vestidos?

Comprar siempre era una buena forma de animarse.

Sarah la llevó a la modista más famosa del pueblo, una mujer con acento francés fingido que tenía una pequeña tienda llena de telas. La dama, vivaz y con energía, no dudó en envolverla en telas mientras hacía comentarios sobre cuáles colores le quedaban mejor y qué corte de vestido resaltaría su figura. Su conocimiento no tenía nada que envidiarle al de Madame Beaumont, su modista en Londres, así que Rosemary le mandó a hacer varios vestidos que cargó con gusto en la cuenta de su esposo.

Cuando salió de allí, casi habían pasado las dos horas que Dominik le había dado.

—Supongo que podemos hacer una visita a la sombrerería mientras llega —dijo Rosemary.

Tendría que regresar otro día a visitar las tiendas que le faltaron.

El local era pequeño pero acogedor, con varios sombreros puestos en exhibición y unas cuantas personas dentro. La dependienta, una mujer que parecía llevar todos los años ahí, se acercó con rapidez a ella para ofrecerle asesoría. Rosemary le dijo

que la llamaría si la necesitaba y paseó por la tienda, acariciando de vez en cuando los sombreros que le gustaron. Uno en particular, forrado en terciopelo blanco y con plumas de avestruz, le llamó la atención, no porque le pareciera bonito, sino porque siempre le habían causado gracia ese tipo de sombreros.

Se lo puso y observó su reflejo en uno de los muchos espejos que estaban distribuidos en la tienda.

—¿Qué opinas, Sarah? ¿Crees que me quedaría bien?

—Creo que a usted todo le quedaría bien, aunque, si mal no recuerdo, las plumas dejaron de estar de moda hace más de veinte años.

No fue Sarah quien respondió, sino un joven caballero que se había situado tras de ella, y que esbozaba una sonrisa tan encantadora que más de una dama se hubiera sonrojado con verlo.

Rosemary se quitó lentamente el sombrero, como si hubiera sido pillada en una travesura.

—Las plumas son un clásico. Apuesto a que pronto estarán de moda otra vez.

Sonrió de forma coqueta, no porque esa fuera su intención, sino porque era algo que le salía de manera natural, sobre todo cuando los caballeros eran tan apuestos como el joven que tenía en frente.

Debía tener unos veinticinco años. Sus ojos eran una mezcla hermosa de verde y miel, y sus cabellos azabaches le daban un aura de misterio. El rostro, por alguna razón, se le hacía familiar, pero no recordaba haberlo visto en Londres. Y era difícil olvidar a alguien con esa sonrisa.

—No me importaría tener que pagarle una apuesta si tuviera el placer de topármela de nuevo.

Rosemary se sonrojó. Se había topado con muchos caballeros a lo largo de su vida, pero pocos solían ser tan atrevidos.

—Disculpe, ¿lo conozco?

—Soy el señor Calloway. Un gusto.

Tomó su mano con una lentitud deliberada y dejó un casto beso sobre el guante. Su contacto era gentil, y sus gestos bien ejecutados. Era un hombre con la educación estricta de un caballero.

—Soy lady Ros… Mowbrat.

Esperaba que algún día se acostumbrara a decirlo.

—Oh, sí. Escuché que el barón se había vuelto a casar, pero no imaginé a su nueva esposa tan hermosa. Ni tan joven.

Sonrió, y Rosemary se obligó a devolverle la sonrisa a pesar de no sentirse contenta con su comentario. Quizás malinterpretaba el brillo malicioso en su mirada, pero no sentía que las palabras fueran inocentes.

—¿Vive usted en el pueblo? —preguntó para cambiar de tema.

No podía olvidar que estaba en un lugar público, y que incluso Sarah los estaba observando con curiosidad.

—Digamos que tengo un espíritu viajero, estoy visitando a una vieja amiga. La señora Ford. ¿La conoce? Es esta bella dama que está por hacernos compañía.

Una mujer que debía rondar los treinta se acercó a ellos arrastrando un vestido con más volumen en faldas y mangas del que estipulaba la moda. Tenía buen porte, y caminaba con la seguridad de una dama bien educada.

—Temo que no he estado aquí el tiempo suficiente para que nos presentaran —dijo Rosemary.

—Entonces tendré el honor. Señora Ford, ella es lady Mowbrat. Lady Mowbrat, mi gran amiga, la señora Ford.

—Es un placer —dijeron al unísono.

La señora Ford rio.

—¿Hace mucho que llegó, lady Mowbrat?

—Unos dos días.

—Oh, entonces soy afortunada de ser de las primeras en conocerla.

—Amelie, ¿por qué no invitas a la baronesa a la reunión que harás dentro de dos noches?

—Oh, por supuesto. Será una reunión pequeña. Una cena. Habrá música y varios juegos. Quizás no se compare con las grandes veladas de Londres, pero sería un placer para mí que asistiera con su esposo.

—Sería dichoso si pudiera volverla a ver. Espero que no tome como un atrevimiento si le digo que su esposo es un hombre afortunado.

—La vida tenía que recompensarme con algo.

Rosemary no lo sintió acercarse, pero cuando se giró, estaba justo tras de ella. No le preocupaba su expresión tosca ni su mirada antipática, pues había concluido que era parte de él, pero sí sentía ligera inquietud por lo que pudiera estar pensando.

—Milord, permítame presentarle al señor Calloway. Es amigo de la familia y se está quedando con nosotros unas semanas.

Los hombres hicieron una inclinación de cabeza que fue lo único cortés en su saludo. No le extrañaba que Dominik fuera grosero, pero dada la actitud jocosa del señor Calloway, su semblante serio no concordaba con la primera impresión que se había hecho de él.

—La señora Ford nos estaba invitando a su reunión del jueves por la noche —comentó Rosemary para aligerar la tensión.

—Me sentiría muy honrada de que lo hicieran, milord —confirmó la señora Ford.

Él iba a decir que no. Lo supo por la forma en que frunció el ceño, la mirada despectiva y porque lo conocía.

—Estaremos encantados —dijo Rosemary antes de que él pudiera hablar.

También supo que él la iba a matar. Pero ella tenía que hacer vida social, y él, como su esposo, tenía que acompañarla.

—Oh, excelente. Los esperamos.

La señora Ford se despidió con una sonrisa forzada y el señor Calloway con una inclinación de cabeza. Cuando estuvieron solos, Sarah tuvo la prudencia de salir de la tienda, quizás porque no era difícil adivinar que él estaba enfadado,

—¿«Estaremos encantados» de asistir? —preguntó él entre dientes.

—Es una buena oportunidad para hacer vida social.

—Yo no quiero hacer vida social.

—Pero yo sí —respondió ella caminando hacia la entrada. No puedo quedarme en la casa encerrada por siempre. Y tú tampoco

deberías.

—No voy a ir a esa fiesta. Esa mujer ni siquiera me agrada.

—No puedes dejarme sola. Se vería mal.

—Tú has sido la que ha decidido aceptar.

—¿Y no has pensado que es esa actitud hosca y ermitaña la que hace que hablen de ti?

Dominik se detuvo justo antes de bajar las escaleras hacia la calle. El carruaje los esperaba, pero su mirada estaba fija en ella, sin poder creer lo que acababa de decir.

—Es decir, si tuvieras que decir quién cometió un crimen, y las opciones fueran un caballero encantador, amable y educado y un hombre grosero, hosco y amargado, ¿por cuál te inclinarías?

Sabía que estaba pisando un terreno peligroso, pero estaba dispuesta a arriesgarse por su propio bien.

—Las sonrisas falsas pueden ocultar corazones negros.

—Pero no es lo que la gente suele creer. Tal vez si sonrieras más pudieras limpiar tu imagen.

—¿La misma imagen que tienes tú de mí? —preguntó con sarcasmo.

—La misma en la que quiero no creer —respondió, sombría.

Se hizo un silencio incómodo entre ambos. Algunas personas se acercaron con intención de ir a la tienda, pero la imagen de los dos parados en la entrada, con el cuerpo en tensión como si se fuera a iniciar una batalla, los hacía alejarse.

—¿Por qué sonreír, Rosemary, si la vida se ha empeñado en querer hacerte miserable?

No era la primera vez que le decían algo similar, y en ambas ocasiones, el tono amargo era demasiado evidente para no sentir empatía.

—Pues para joderla. Creo que puede haber algo satisfactorio en hacerle saber que no le darás el gusto de amargarte.

Él no pudo evitar esbozar una sonrisa triste.

No era tan fácil, pero escucharla decirlo en ese tono tan seguro, con la confianza de quien no ha sido demasiado desdichada, hacía que revivieran incluso las esperanzas más muertas.

Observó a la criatura particular que se había convertido en su esposa. Era un pequeño ser que le debía llegar a los hombros, que lo creía un asesino y, aun así, le hablaba como si estuviera predicando palabra divina.

Quizás lo hacía. Quizás tenía razón, pero a Dominik se le hacía difícil afrontar la vida con optimismo cuando había sufrido demasiados golpes. Sin embargo, ¿no había sufrido ella golpes?

Poco conocía de su vida. Lo único que sabía es que el matrimonio con él le había arruinado su fantasía romántica, pero desconocía si era el único golpe que había recibido del cruel destino. Tal vez solo asumía que sí porque le era inconcebible pensar cómo podía mantener una actitud tan buena en caso contrario. Verla, escucharla hablar era irritante, pero también una pequeña luz de esperanza.

Y Dominik no quería apagarla. Eso le parecía cruel incluso a él.

—Espero que esa cena no esté muy aburrida.

Sin decir más, se encaminó hacia el carruaje, sin ver la sonrisa de alegría de Rosemary.

Capítulo 14

Dominik se marchó apenas regresaron a la casa, así que ocupó el resto del día en tareas banales. Habló con el ama de llaves sobre el menú de la semana, paseó un rato por la casa para familiarizarse con ella y, finalmente, antes de la cena, se puso a pintar.

Rosemary se había traído de Londres un baúl entero lleno de lienzos, caballetes y pinturas para entretenerse. Supuso que lo necesitaría y no se equivocó. Tomó como referencia el paisaje que se veía a través de la ventana de su cuarto y aunque la noche le robaba los detalles, siempre había tenido una buena memoria para recrear imágenes.

Pintar era relajante. Le permitía sumergirse por horas en algo que no fueran los problemas, pues cada trazo requería su máxima concentración. Así pues, se sentó frente a la ventana y en un lienzo de tamaño mediano empezó a pintar.

Así la encontró Dominik cuando llegó, poco después de la hora de la cena. Ella estaba tan concentrada que no notó su presencia, y él se quedó en el marco de la puerta observándola.

El cuadro que estaba dibujando aún no estaba completo, pero la mezcla de colores y los detalles en cierta parte decían mucho a favor de la habilidad del artista. Él reconoció de inmediato qué estaba dibujando, y se maravilló de la fidelidad del dibujo cuando tenía tan poca luz para ayudarla. Era como si estuviese pintando a ciegas.

—No esperaba que te gustara la pintura.

Su voz la sobresaltó, al punto de que casi mancha el lienzo con el pincel.

Giró lentamente la cabeza para enfrentarlo.

—¿Por qué no?

—Porque no imaginaba que pudieras quedarte callada y quieta por mucho tiempo a menos que estuvieras durmiendo.

Los labios de él se curvaron en una sonrisa burlona.

Rosemary resopló.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

—Eso sin duda. Por lo menos, no sé si aprecio más tus dotes para la pintura o tu habilidad de hacerlo de noche, cuando no puedes ver bien lo que estás pintando, ni cómo lo estás haciendo.

—Tengo suficiente luz para ver —replicó ella, señalando el fuego de la chimenea y unas cuantas lámparas de gas—. Y sé qué estoy dibujando. Solo necesito una referencia, no el detalle. —Dejó la tabla donde mezclaba pinturas y el pincel sobre el espacio en el caballete destinado para ello—. Te esperaba para cenar.

Dominik se sorprendió.

—No era necesario.

—No me gusta cenar sola.

Apenas se estaba reconciliando con la idea de tener que pasar gran parte de los días sola, para tener que tolerar todas las comidas sin compañía. Cuando se está haciendo algo, podía alejar la melancolía. Sin embargo, no había nada que recordara más a la soledad que una mesa vacía.

—Entonces pediré que la suban a la habitación. Sería una pena interrumpir tu proceso creativo cuando estás por terminar.

Está vez fue ella la que se sorprendió. Se habría inclinado a pensar que hablaba con sarcasmo si su expresión no tuviera la seriedad habitual.

—No me importaría terminar mañana. No hay mucho que hacer por aquí y debería racionar mi mejor fuente de entretenimiento, a menos que estés dispuesto a financiarme más material. Te podría dar a cambio muchos cuadros bonitos.

Ella sonrió y él, sin saber por qué, también lo hizo. Quizás porque era difícil no contagiarse de su buen ánimo.

—Se podría negociar.

Una criada pasó tras él y Dominik le ordenó que llevara la cena a la habitación. Después, sin permiso, se adentró en la estancia y se sentó en el diván que había en una esquina para observarla mejor.

Rosemary no le dijo nada. Continuó su pintura hasta que llegó la cena, que picoteó de vez en cuando sin dejar de pintar en ningún momento.

Él tampoco dejó de observarla en silencio, pero, para su asombro, su presencia no la incomodó. Al contrario, su compañía era agradable, poco intrusiva.

—O, bien, creo que ya está listo. ¿Te gusta?

El cuadro era una imagen fidedigna del paisaje que se veía por la ventana, solo que, en lugar de ser de noche, ella había pintado un amanecer, con el cielo tintado de naranja y la luz del sol haciendo pequeños reflejos en las flores del jardín.

—Sí.

Aunque, más que gustarle, estaba fascinado. Nunca había sido fanático del arte, pero ver el proceso de cómo fue creando la imagen le resultó impresionante.

Tenía talento, mucho.

—Me alegra, porque cuando me obsesiono, puede convertirse en un pasatiempo muy caro. Y creo que tengo suficiente tiempo libre para obsesionarme.

Entonces, Dominik recordó algo.

—En la biblioteca hay una caja llena de novelas románticas que tu hermana me sugirió que me trajera.

A ella se le borró la sonrisa.

—¿Quién te lo sugirió? No, no me digas. Debe de haber sido Alison. Las dejé allá por una razón, no debiste traerlas.

—¿Por qué?

Él recordaba bien la razón que le había dicho la joven, pero quería escucharla de ella. Quería saber qué tan sincera sería.

—Porque no creo poder leerlos con la misma ilusión —dijo en un susurro.

Las novelas románticas siempre habían sido alimento de sus fantasías más fuertes. Un libro con un final feliz implicaba esperanza, horas imaginando cómo podría ser su historia de amor. Esa oportunidad se la habían arrebatado, y si los volvía a leer, en lugar de emocionarse, lo vería como lo que ya nunca podría tener.

Él se inclinó hacia delante, posó los codos en las rodillas y ubicó su cabeza entre sus manos.

—¿Has perdido la ilusión, Rosemary?

Había algo raro en la forma en que lo preguntó. No era una burla, ni un reproche. Parecía solo genuina curiosidad.

Ella bajó la mirada. Su voz era apenas un hilo cuando contestó:

—Bueno, evidentemente ya no podré conocer al amor de mi vida y casarme con él.

—Pero ¿has perdido la ilusión de ser feliz?

Ella alzó la vista.

—¿Por qué la pregunta?

—Porque yo la he perdido hace tiempo y si tú también lo has hecho, poca esperanza hay de que este matrimonio termine bien.

Habló sin pesarlo antes, pero, por extraño que fuese, no se arrepentía de sus palabras. Eran verdad, al fin y al cabo.

—¿Quieres un matrimonio feliz? —preguntó ella.

—¿Tú quieres un matrimonio feliz? —replicó él.

Ninguno respondió porque la respuesta era que ambos tenían miedo. Mucho miedo de ilusionarse.

—Podría hacerte un cuadro —comentó ella para cambiar de tema—. Noté que en la galería no hay uno en donde te encuentres solo.

Solo había uno de él con Poppy, recordó, no sin cierta amargura.

Él negó con la cabeza.

—No me gusta posar para pinturas.

—¿Por qué? A diferencia de mí, no pareces tener inconveniente en quedarte quieto y callado por horas —bromeó.

Él no se rio.

Bien, al parecer su sentido del humor tenía una cantidad limitada de minutos al día para hacer su aparición.

—No, pero siento que pierdo el tiempo. Y nunca me he identificado con esa actividad predilecta de los aristócratas.

—A veces se me olvida que el título no nació contigo. ¿A qué edad lo obtuviste?

—Tendría unos veintitrés.

—No parece algo grato para ti.

—No, no lo fue.

A Rosemary no le extrañaba. Algo en él no encajaba con el perfil de un aristócrata. Sí, era arrogante y autoritario, pero incluso esas características las compartía de una forma diferente. Los caballeros de la alta sociedad eran como eran porque así los habían criado. Dominik, en cambio, parecía haber forjado su carácter por lo que iba viviendo, aunque no sabía cuántas veces tuvo que haber tenido la razón para que fuera tan insoportable.

De pronto, Rosemary sintió mucha curiosidad por el hombre con el que se había casado.

—¿Podrías contarme cómo era tu vida antes?

Dominik se sorprendió, pero no lo dijo. Hacía muchos años que nadie le preguntaba sobre su vida antes de recibir el título nobiliario, y a veces, incluso él también se olvidaba de ella.

—El abuelo de mi padre fue uno de los barones de Mowbrat. Podría decirse que veníamos de una línea tan larga de hijos segundos que no imaginé que ese título llegara a mí. Mi padre se dedicaba a la política. Cuando tuve edad suficiente, me ayudó a comprar una pequeña plaza en el ejército. Estuve allí cinco años, formándome en armas, estrategia, era, a mi modo de ver, una buena vida, aunque quizás mi opinión esté sesgada porque durante el tiempo que estuve allí no hubo ningún conflicto bélico relevante que me hiciera cambiar de idea.

—Me parece que es una profesión que va contigo.

—¿Por qué? No, no respondas. Me imagino que no te es difícil imaginarme con un arma en la mano, ¿verdad?

Rosemary, que sabía que él intentaba provocarla, decidió ignorar su comentario. Tenía sus razones para estar predispuesto, pero ella no le daría más.

—Porque tu carácter hosco, amargado y gruñón te hubiera asegurado un buen futuro.

Eso sí consiguió hacerlo sonreír.

—Nunca fui demasiado agradable de trato, lo admito, y ahí nadie esperaba que lo fuera. En cambio, como barón… Había demasiadas responsabilidades y yo tenía la desagradable costumbre de no poder ignorarlas.

Rosemary no supo qué responder a eso, aunque podía entenderlo muy bien.

—A veces las responsabilidades son un incordio muy inoportuno, pero supongo que hay que lidiar con ello.

Él supo por qué lo decía. Una de las primeras cosas que le había llamado la atención de ella fue la conciencia de que tenía que cumplir un deber. Aquel día que les tendieron la trampa la recordaba llorosa, frustrada y con la mirada llena de ilusiones rotas, pero diciendo que no sería ella quien deshonraría a su familia. Pocos entendían lo que implicaba un deber y Dominik admiraba a quienes lo hacían.

—¿Qué puedes decirme de tu familia? —preguntó él.

Se había prometido no sentir curiosidad por ella, no mostrar más interés innecesario, pero supuso que, al final, era imposible cuando estaban casados. Se consoló diciendo que era una pregunta inocente.

—A mi madre casi no la recuerdo. Tenía cuatro años cuando murió dando a luz a Alison. Mi padre vivió hasta que yo tenía diez años. Puedo decir pocas cosas de él. Era de los que creía que su deber en la casa solo implicaba mantener una economía estable y no pasaba demasiado tiempo con sus hijos, menos con las niñas, que solo representaban una buena inversión en el futuro si lograba casarlas bien. Debo decir, y Dios me perdone, que fue un alivio que muriera cuando estábamos jóvenes, o mis hermanas no tendrían oportunidad de elegir a su esposo.

Ni ella quiso comentar que no tuvo esa oportunidad, ni él quiso recordárselo.

—Me sorprende que tu hermano haya seguido un camino diferente.

—No le tenía mucho aprecio a padre desde que impidió que fuera a despedirse de su prometida en su lecho de muerte. La tisis se la llevó. Padre temía que lo contagiara y perder a su único heredero, y Ray nunca se lo perdonó. Supongo que por eso decidió no ser igual a él. Me alegra, porque si no, su vida hubiera sido muy triste. Creo que llega un punto en que la amargura te carcome tanto, que no puedes ser feliz ni aunque quisieras.

No lo dijo como una indirecta, Dominik lo sabía, pero sus palabras lo afectaron, como lo haría cualquier verdad incómoda.

—Aun así, no es demasiado cariño —continuó ella, ajena al mar de pensamientos que había provocado—. Hasta que llegó Hattie, no sabía cómo lidiar con nosotras. Por eso, si hablamos de compañías, siempre fuimos solo Becca y yo.

—¿Y la otra?

—Oh, bueno, queremos a Alison, pero nos daba miedo incluirla en nuestros juegos. Está enferma, ya lo sabes. Sobrepasó la esperanza de vida que le dijeron los médicos, pero sus pulmones son débiles. No puede correr, ni agitarse. Hattie nos dio ideas para no excluirla, pero no siempre es sencilla. Además, aunque estuviera sana, no sería lo mismo que tengo con Becca.

Dominik se lo imaginaba. Por lo general, los hermanos gemelos desarrollaban un vínculo más profundo que los corrientes, tal vez por compartir la apariencia, o porque no les quedaba otra opción que compartir juntos desde su nacimiento.

—Me gustaría tener una familia numerosa —siguió hablando Rosemary, pensativa—. ¿A ti no?

Sí, pero no pudo decirlo en voz alta porque era una idea demasiado bonita para atreverse a concebirla por mucho tiempo.

También era una idea muy peligrosa.

—Ya es tarde —dijo, levantándose—. Pediré que vengan a recoger los platos para que puedas descansar.

Rosemary se puso de pie lentamente. Notó el cambio en la actitud de él, pero no estaba segura de cuál de sus palabras lo había afectado. ¿Sería la idea de tener una familia grande? ¿No querría una?

Bien, no era como si ella estuviese trabajando por obtener esa familia. Se preguntó si debía proponerle que se quedara.

—Dominik…

No pudo seguir hablando. La vergüenza le tiñó las mejillas y le robó las palabras.

Él prefirió no intuir lo que iba a decirle, porque si la animaba, él se quedaría, y en ese momento necesitaba distancia.

—Buenas noches —le dijo él.

Un beso corto en los labios fue lo único que se permitió. Tenía que ceder, aunque fuera a una pequeña parte de la tentación, o se volvería igual de loco que si la aceptaba por completo.

—Buenas noches —respondió ella.

Había sido un roce, pero la dejó igual de aturdida que si le hubiera quitado el aliento.

Dominik se fue sin mirar atrás.

«Fue lo mejor», pensó.

Ya no estaba seguro que llevarla a su cama fuera una buena idea.

Pero tampoco estaba convencido de poder evitarlo por mucho tiempo.

De evitar lo que le estaba pasando.

Lo viera por donde lo viera, parecía que la ilusión no estaba perdida, lo cual era muy peligroso.

Maldita fuera la vida.

Capítulo 15

Después de esa pequeña conversación se forma entre ellos una especie de paz silenciosa. Realizaban casi todas las comidas juntos, hablaban de temas triviales y no discutían.

Rosemary se fue adaptando poco a poco a su nueva vida y con los días, encontró formas de huir del aburrimiento. A veces pintaba, paseaba por el jardín, montaba a Luz (siempre acompañada, pero era algo que podía tolerar) e incluso volvió a leer las novelas románticas que Alison había conspirado para que le trajeran. Al principio, creyó que leerlas le causaría melancolía, pero comprobó con sorpresa que una parte de sí aún no había perdido la ilusión.

Los asuntos de la casa también los llevaba con eficiencia, aunque su intervención no era demasiado indispensable cuando la señora Prescott manejaba todo con mano de hierro. La misma energía que tenía para estar pendiente de muchas cosas al mismo tiempo la usaba para anticiparse a las órdenes de Rosemary y hacer que todo funcionara bien, por lo que la joven tuvo mucho tiempo para centrarse en la decoración de la casa y mandar a pedir mobiliario de Londres.

Los criados parecían entusiasmados con la idea de una remodelación, y Rosemary no los culpaba. Parte del ánimo con el que se iniciaba el día dependía mucho del ambiente del que se rodeaba, y ella había llegado a conocerlos lo suficiente para saber que, si bien respetaban a su amo, la casa les parecía horrible.

Rosemary había logrado congeniar con muchos de ellos, quienes siempre le sonreían y le dedicaban un saludo respetuoso cuando la veían. Bueno, todos menos esa niña.

Sally.

Había tenido unos cuantos encuentros con ella que no habían sido gratos en lo absoluto. Siempre que se encontraban por casualidad, la joven se marchaba sin saludar, y Rosemary podría jurar que en una ocasión la atrapó mirándola con rabia.

Quería pensar que era una actitud derivada de la incomprendida adolescencia, pues no le había hecho nada para ser

merecedora de su odio. Había pensado en comentárselo a Dominik, pero cambió de idea. Tampoco quería causarle problemas a la muchacha por algo que posiblemente fuera producto de la incomprensible mente juvenil.

El día de la fiesta llegó, y Rosemary se arregló con ánimo. Sería la primera vez que saldría en casi dos semanas que llevaba allí, si no tomaba en cuenta las dos o tres veces que había tomado el té con la condesa de Blaiford y la marquesa de Lansdow.

Siempre había sido fanática de las veladas y los vestidos bonitos, así que se puso con entusiasmo uno de los vestidos nuevos que habían formado parte de su ajuar, de color verde esmeralda con brocado dorado, que combinaba muy bien con sus ojos y hacía resaltar los rizos rubios de su cabello. La doncella se esmeró en hacerle un recogido y retocó su piel con polvos de arroz para hacerla parecer más tersa.

Bajó media hora más tarde de lo que Dominik esperaba. Se había sentado en el sillón del recibidor, intentando hacer gala de una paciencia que no tenía cuando la vio.

El mal humor que lo había acompañado durante la preparación a esa fiesta se disipó en cuanto sus ojos se posaron en ella.

Para ser alguien que presumía de no encandilarse ya con la belleza femenina, tenía que admitir con vergüenza que había quedado anonadado.

La mujer que tenía ante sí parecía un ángel que había bajado de los cielos para tentar a los mortales. Se movía con la gracia de una diosa y sonreía con el encanto de un hada. Ignorarla era imposible, y admirarla, una tortura silenciosa.

—¿Me veo bien? —preguntó, dando una vuelta.

La pregunta parecía absurda.

—Sí —respondió, tosco. Molesto por su debilidad.

Por suerte, ella no lo notó, o ignoró su mal humor.

—¿Vamos?

La casa de la señora Ford era grande, pero nada impresionante si la comparaba con lo que había visto en Londres.

Sin embargo, era evidente que la dama había echado mano a un presupuesto generoso para causar una buena impresión. Había distintos tipos de flores adornando esquinas y proporcionando un aroma agradable. La iluminación, apoyada por los espejos, permitía detallar cada aspecto del salón, y una gran araña bañaba con luz el centro de lo que sería la pista de baile.

No había demasiados invitados, pero tampoco era un número pequeño. Rosemary se dijo que esa sería su oportunidad de conocer a las familias más respetables del pueblo.

La señora Ford los recibió con una sonrisa entusiasta y algo sorprendida. No había esperado que sí asistieras. Su esposo, un hombre unos años mayor que ella, los saludó con educación y les dio una grata bienvenida.

Como supuso, no había ningún rostro conocido. Solo vio en una esquina a la marquesa de Lansdow, acompañada por su esposo y una joven que no debía pasar los diecisiete, y si bien se parecía físicamente al marqués, tenía en sus ojos la mirada vivaz de su madre.

Los músicos afinaban los acordes para empezar a tocar. Un joven se acercó a Anabell —si mal no recordaba, ese era su nombre —, y le pidió la pieza. La joven aceptó encantada a pesar de la mirada desaprobatoria de su padre, quien solo dejó de arrugar el ceño cuando su esposa le hizo un gesto hacia la pista y se dirigieron allí.

Rosemary esbozó una sonrisa coqueta y se giró hacia Dominik.

—No.

Se le había olvidado la última vez que bailaron.

Ella hizo un puchero.

—Es normal que una pareja casada baile junta al menos una vez.

—No me gusta demasiado el baile.

—¿Hay algo que te guste? —preguntó con desdén.

En ese momento, ella. Pero no fue lo suficientemente insensato para decirlo, ni había perdido por completo la cordura para ceder.

No iba a bailar. Hacerlo significaba ser el centro de miradas, y si había algo que Dominik detestaba más que los chismorreos a sus espaldas, era que lo hicieran cuando él estaba presente.

El primer baile comenzó. La señora Ford se acercó a ellos y los guio hacia una serie de personas que les presentó con entusiasmo. Aunque Dominik no parecía contento, ella agradeció la distracción para no pensar en lo acontecido hacía unos minutos.

A Rosemary siempre le había gustado bailar, mucho y, por suerte, jamás le habían hecho falta pretendientes que llenaran su carnet de baile. Cuando una dama se casaba, ya no se podía bailar con cualquiera. Ya no se debía bailar con cualquiera. Las únicas opciones eran su esposo, algún familiar u otro caballero respetable, de preferencia casado, con el que una danza no pudiera dar pie a murmullos malintencionados. Por ende, una mujer casada ya no bailaba todas las piezas, principalmente porque no lo necesitaba. El baile era solo una forma de negociar en el mercado matrimonial y ella ya estaba fuera de ese mercado.

Lo que le parecía muy, muy triste. Si ya no podía bailar todas las piezas, le gustaría, al menos, disfrutar de una que otra con su marido, y también le estaba quitando esa posibilidad. ¿De qué servía asistir a un baile si no disfrutaba de su entretenimiento principal?

Rosemary actuó con amabilidad ante los saludos correspondientes e intentó recordar los nombres de todos los honorables invitados. El vicario, un respetable médico, el señor Fairfax, respetable segundo hijo de un barón y, finalmente, llegaron a alguien que ella ya conocía: el señor Calloway.

El caballero estaba incluso más apuesto de lo que lo recordaba. Había peinado sus cabellos negros hacia atrás con algo que los hacía brillar bajo la luz de las lámparas. Su sonrisa seguía siendo amable, pero en sus ojos había un brillo difícil de descifrar.

—Al señor Calloway ya lo conocen. Espero que me disculpen, pero temo que hay otros invitados que me requieren. Señor Calloway, le pido el favor de que atienda a los barones.

—Será un honor, señora Ford.

La dama se fue con demasiada prisa para que pareciera natural.

—Es una buena velada, ¿no creen? —preguntó el caballero.

Dominik ni siquiera se molestó en responder. De hecho, desde hacía rato había dejado de lado su expresión indescifrable por una de hastío que ponía nervioso a los caballeros de menor estatus. El señor Calloway no parecía ser de esos.

—Así es —respondió Rosemary—. La señora Ford es muy amable.

—Es un encanto de mujer. Siempre pone todo de sí en sus fiestas. Ha traído a los músicos desde Londres, así que sería dichosa si supiera que disfrutan de la música.

—Mucho.

—Pero no los he visto bailar ninguna pieza, lo cual me parece insultante. —Miró a Dominik—. Lord Mowbrat, espero que no se tome a mal si invito a su esposa a bailar. Me parecería muy triste que no pisara la pista en toda la noche.

Era difícil que el semblante de Dominik se volviera aún más sombrío, pero eso fue lo que sucedió. Apretó los labios y dirigió al señor Calloway una mirada destinada a intimidar, pero el caballero, aunque parecía inteligente, hizo caso omiso de la advertencia.

—Que la dama decida —respondió Dominik con fría calma.

Rosemary quería irse. Bailar con un caballero joven y soltero era definitivamente algo que una dama casada no debía hacer.

—Me parece que hay muchas jóvenes solteras que disfrutarían de su compañía —dijo, agradecida de que su voz no revelara su nerviosismo—. He escuchado que lady Anabell será presentada en sociedad la siguiente temporada.

—He bailado con ella la última pieza, dos veces sería algo escandaloso.

Bailar con una mujer casada también lo era, quiso decirle.

—Ve.

La voz de Dominik la sorprendió. Seguía siendo fría, calculada, sus ojos observaban la escena como si esperara algo.

El señor Calloway le tendió la mano y Rosemary la aceptó con una sonrisa temblorosa. Sonaba un minué, lo que no daba demasiado pie a conversaciones, cosa que Rosemary agradeció. Sin

embargo, el caballero estaba decidido a usar cada oportunidad para conversar con ella.

—Supongo que le habrá parecido extraña mi petición —murmuró cerca de su oído cuando se acercaron.

A ella y a muchos. Notaba que la gente los observaba. No eran un escándalo tan jugoso para que las murmuraciones fueran altas, pero sí lo suficiente para que hicieran algún que otro comentario.

—Algo particular, sí.

Se movía con la elegancia y la agilidad de quien conocía bien la coreografía. Debía bailar con frecuencia, pero ¿dónde? No recordaba haberlo visto en alguna temporada en Londres.

—Seré franco porque no tenemos mucho tiempo. Necesito hablar con usted a solas, si gusta, creo que hay suficiente gente para que podamos escabullirnos unos minutos.

Por suerte para ella, la música los obligó a separarse, por lo que tuvo varios segundos para procesar lo que él le estaba diciendo.

—¿No lo cree imprudente?

Porque ella sí. Ya había vivido las consecuencias de una acción similar.

—Tengo información que le gustaría saber sobre su esposo. Ya sabe, sobre las anteriores muertes de sus otras esposas.

Rosemary, anonadada, dejó de bailar, momento que él aprovechó para sacarla disimuladamente de la pista.

—¿A qué se refiere?

—No es seguro hablar aquí —dijo, mientras le ponía una mano en la espalda y la instaba a caminar.

—No pienso ir con usted.

Estaba sorprendida, tenía curiosidad, pero todavía le quedaba sentido común. Había demasiados ojos en esa velada, no podrían escapar de todos cuando eran de las pocas figuras emblemáticas congregadas ahí.

Buscó a Dominik, pero no logró ubicarlo. ¿Los estaría viendo? ¿Qué pensaría?

—Solo serán unos…

—Oh, lady Mowbrat, qué gusto encontrarla. La he visto hace un rato, pero no he tenido oportunidad de acercarme a saludar.

La marquesa de Lansdow se ubicó frente a ellos, con un vestido despampanante color morado y una sonrisa de total inocencia.

—Milady. ¿Conoce ya al señor Calloway?

—Creo que ya tuvimos el gusto.

Mientras el caballero se inclinaba en un saludo cortés, Rosemary por fin logró encontrar a Dominik. Estaba en una esquina, hablando con el vicario. Parecía concentrado.

—Si me disculpan, creo que tengo prometido ese baile —musitó.

No parecía molesto, pero sí inquieto.

—Espero no haber sido inoportuna. Pensé que necesitabas la intervención de alguien —dijo la marquesa con tiento, una cualidad de la que no la había creído capaz hasta el momento.

—Quería decirme algo, pero temo que la urgencia lo volvió imprudente.

Prefirió no decir más. Ya Dominik estaba en demasiadas bocas para colocarlo en más, aunque no podía negar que la intriga le carcomía la mente.

¿Qué pensaba decirle? No daba la impresión de que deseara ponerla al tanto de rumores de los que evidentemente estaba enterada. ¿Más información? ¿Qué otra clase de información?

—No es de este pueblo, lo conocería —musitó la marquesa con expresión pensativa—. Tampoco lo he visto en Londres. Mi hija bailó con él, dice que es un caballero encantador, y sin duda lo parece. A mi esposo no le agradó, pero creo que se debe a que nuestra hija bailó con él. A mí lo que me parece extraño es no haberlo visto antes.

Ciertamente en un pueblo era difícil no encontrarse con las mismas caras cada tanto. Eso era más posible en Londres. Sin embargo, daba la impresión de conocer a todos.

—No obstante, su rostro me es vagamente familiar. Muy extraño.

Rosemary también sentía curiosidad.

—Entiendo que ha viajado mucho en los últimos años.

—Eso podría explicarlo —concordó la marquesa. La miró con preocupación—. ¿Estás bien, querida? Estás algo pálida.

—Oh, sí. —Rosemary le quitó importancia con un gesto de mano—. Solo me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres que te lleve con tu esposo?

Miró hacia donde estaba Dominik. Ya no le prestaba atención al vicario. Y su expresión no era agradable.

—Quizás en un rato. Algo de aire fresco me hará bien. ¿Gusta acompañarme al balcón?

Ella se rio.

—La está mirando así desde que te fuiste a bailar con él —le comentó ella mientras caminaban—. Lo sé porque había planeado ir a saludarlo, pero no me pareció que estuviera de buen humor. No es que le tenga miedo, pero mi lengua no es prudente con gente amargada, así que apartarme suele ser siempre lo que más me conviene. Tolerar a mi esposo ya me quita demasiada paciencia, pero uno aprende a lidiar con ellos, ¿verdad?

Quizás, solo que Rosemary aún no sabía cómo.

—Me parece muy divertido ver a los hombres celosos —continuó lady Lansdow—. Creen que no lo demuestran, pero es evidente.

—No creo que esté celoso —respondió Rosemary con seguridad.

Simplemente no podía imaginarlo. Para estar celoso, tenía que sentir algo por ella, y lo único que Rosemary le generaba era irritación.

La marquesa se rio.

—Lo está, ya lo verá.

Ella prefirió no preguntar a qué se refería. Llegaron al balcón. El aire frío de la noche calmó un poco los nervios, pero la inquietud seguía allí.

La pregunta le retumbaba una y otra vez la cabeza. ¿Qué clase de información?

—¿Puedo hacerle una pregunta, lady Lansdow?

—Puedes llamarme Kate, si lo deseas. Los formalismos siempre me han parecido un incordio, sobre todo cuando no te gusta cómo suena tu título, pero sí tu nombre.

—Kate —decir su nombre las hizo sentir cercanas, por lo que la pregunta que tenía en la boca fluyó con mayor facilidad—. Llevas mucho tiempo viviendo aquí, ¿no?

—Alrededor de veinte años, sí.

—Entonces… ¿conociste a todas las esposas de mi marido? —Ella asintió—. ¿Podrías hablarme de ellas?

Se podía decir en favor de Katherine que, si la pregunta la sorprendió, no lo dejó ver. No había juicio en su mirada, tampoco curiosidad. Solo la expresión de alguien que recordaba el pasado.

—La primera era una joven de buena familia, pero nada excepcional. Hija de un baronet, si mal no recuerdo. Tu esposo acababa de recibir el título cuando se casó con ella, y tengo entendido que el matrimonio fue sugerencia de su madre, quien veía la baronía como una bendición que era necesaria asegurar con un heredero. Hubo muchos rumores de que no se llevaban bien, y no puedo culparlo. Solo coincidí con ella unas cuantas veces, pero me dejó claro que era altanera y prepotente. Una vez la invité a tomar el té, mi hija estaba pequeña, interrumpió en el salón y recuerdo que le dirigió una mirada poco agradable. —Frunció el ceño—. Entonces yo también le dirigí una mirada desagradable y la invité a irse. Murió de tisis, de eso no hay duda. Pasó duras semanas siendo víctima de los desagradables síntomas de la enfermedad. Creo que duraron un año casados, quizás menos.

A Rosemary se le hacía difícil imaginarse a Dominik, con su personalidad actual, lidiando con alguien así. Pero quizás hacía diez años era más paciente.

—Se casó con la segunda dos años después, asumo que aún buscaba un heredero. Decían que su madre hablaba mucho del tema. Beatrice era una chica agradable, aunque algo inquieta. No es un defecto que yo desprecie, pero esa niña no podía estarse quieta, no se centraba en nada. Cuando hablábamos, pasaba de un tema a otro. Tenía tantas cosas en su cabeza que solía olvidar de qué estaba conversando inicialmente. No los vi interactuar lo suficiente

para saber si se amaban, pero me dio la impresión de que, al menos, se llevaban bien. Lo que no me es difícil de creer es que se cayese del caballo, porque una vez me comentó que no sabía montar bien, pero que quería aprender.

Rosemary notó que la marquesa era defensora de que las muertes, al menos de las dos primeras, habían sido accidentales. No creía que lo dijera solo para hacerla sentir bien, no era de esas.

—La tercera fue a la que menos conocí, aunque fue la única con la que jamás viajó a Londres. Todo el tiempo estuvieron aquí. Era una joven tímida pero agradable. Me recordaba un poco a Claire. Cuando se les veía juntos, sus ojos brillaban. Creo que fue el único matrimonio al que llegó sin presión, pues su madre murió poco después de su segunda esposa. No sé qué información quieres obtener con esto, querida, pero si deseas mi opinión sincera, no creo que haya matado a ninguna —dijo sin tapujos. Desde hacía tiempo Rosemary se había dado cuenta de que no tenía filtros—. La única muerte sospechosa fue la última, pero era tan evidente su cariño que no veo razón para que le hiciera daño. Dicen que buscaba una mujer que le diera hijos, pero después de que la perdió, no había dado indicios de volverse a casar y, por lo que tengo entendido, no llegó al altar contigo por voluntad propia.

No, era verdad. Lo del heredero era una teoría que Rosemary había descartado casi por completo. ¿Y si era solo un hombre que había sido muy desafortunado? Pero, entonces, ¿qué querría decirle el señor Calloway?

—No, no lo hizo —musitó con la mirada fija en el horizonte—. Entonces, ¿estaban muy enamorados?

No supo por qué hizo una pregunta cuya respuesta era evidente desde hacía tiempo. Tal vez porque su corazón, necio, buscaba una confirmación.

—La gente puede amar más de una vez en la vida.

Pero Rosemary creía que solo se amaba una vez. De todas formas, ¿por qué se sentía triste por ello? No era como si hubiera esperado alguna vez que la amara.

Un carraspeo interrumpió sus pensamientos. Dominik estaba de pie en la entrada. Su expresión era indescifrable, pero Rosemary

esperaba que no hubiera escuchado su conversación.

—Milord, ¿le he robado a su esposa por mucho tiempo? —preguntó Katherine con una sonrisa.

—Lo cierto es que sí.

Ella se rio.

—Me marcho, entonces. Nos vemos, querida.

Él caminó hasta ella.

—Vamos a bailar.

No fue una pregunta.

—Habías dicho que no te gustaba.

—Ya que mi esposa bailó con un joven caballero soltero y todos hablan de eso, veo conveniente que baile conmigo para disipar los rumores.

—Tú me pediste que fuera con él —le recordó Rosemary.

—Por supuesto. Era evidente que no iba a desistir hasta obtener un baile contigo. Está interesado en ti, y no le importa en lo absoluto que seas casada.

Intentó decirlo sin que se notara el desdén en su voz, pero fue un trabajo difícil. Estaba furioso, no se iba a molestar en negarlo. El hombre le había generado desconfianza desde aquel día en la tienda, pero observar su insistencia para bailar con su mujer despertó en él una ira que llevaba mucho rato dormida.

—No creo que sea eso.

—Ah, ¿no? Estoy seguro de que tuviste suficientes pretendientes para aprender a diferenciar a quienes les interesabas y a quienes no. Dime, ¿por qué razón te invitaría a bailar?

—Sabe que no puede cortejarme.

—No quiere cortejarte, querida. Quiere llevarte a su cama.

Decirlo en voz alta aumentó los niveles de su ira. Respiró para calmarse. Dejar crecer la furia era admitir que tenía razones para estar molesto, que ella le importaba.

Al menos su jadeo de indignación fue real, y eso lo tranquilizó.

—Yo jamás aceptaría.

—Sí, quiero creer que, si no has venido a la mía, tampoco irás a la de él —comentó, fingiendo indiferencia. Le tendió la mano—.

¿Bailamos?

—¿Aquí? —preguntó, pero aun así la aceptó.

—Si alguien nos ve, será una imagen muy romántica, ¿no estás de acuerdo?

Estaba sonando un vals. Dominik la atrajo hacia él. Sus cuerpos estaban más cerca de lo que dictaba el protocolo, pero ninguno protestó. Empezaron a bailar.

Rosemary se permitió un momento para deleitarse con la calidez de la mano en su cintura y la que sostenía su palma. Era un buen bailarín, tanto, que era fácil olvidar que le tenía recelo, era fácil pensar que era un pretendiente con el que podría haber considerado casarse de tener elección. Observó su rostro. En su momento no le había parecido apuesto, y seguía sin considerarlo guapo, pero había algo en cada uno de sus rasgos que le daba cierto atractivo. Quizás la dureza de su mandíbula, o sus ojos negros como la noche.

Eran opuestos, pero bailando, parecían complementarse muy bien.

—¿Qué te estaba diciendo mientras bailaban? —preguntó en un susurro cerca de su oído.

—Que estaba hermosa esta noche —mintió.

En parte porque no iba a decirle la verdad, y en parte porque algo dentro de ella la instaba a provocarlo.

—Qué cumplido tan poco original —replicó él.

—¿Qué hubieras dicho en su lugar?

Él no respondió de inmediato. La acercó un poco más a su cuerpo, tanto, que empezaba a sentir su calidez.

—No soy mucho de cumplidos —admitió. Su boca casi le rozaba el oído—. Tal vez hubiera preguntado si eras una divinidad que habían enviado desde el cielo para castigar a los mortales, condenándonos a ver tu belleza, pero sin poder obtenerla. Quizás hubiera dicho que, de haber vivido en la época de Troya, habrías sido tú en lugar de Helena quien fuera ofrecida a París como la mujer más hermosa sobre la tierra. O, a lo mejor, te habría persuadido de escabullirnos unos minutos para robarte un beso.

—Aquel día en el despacho me diste a entender que desaprobabas ese tipo de conductas.

—Dije que ningún caballero con buenas intenciones citaría a una dama a solas, y es verdad. Pero nunca aseguré que yo fuera un caballero.

No pudo aguantar más y la besó. Fue un beso posesivo, exigente. Una parte primitiva de sí quería reclamarla como suya, hacerla olvidar al hombre que la había sacado a bailar, y estaba demasiado obsesionado con la idea como para pensar con claridad. No ayudó que ella correspondiera al beso.

—Podrías visitarme esta noche, si lo deseas —musitó ella con timidez.

Tenía las mejillas sonrojadas y el corazón acelerado. También tenía miedo, pero no sintió ni un poco de arrepentimiento por las palabras pronunciadas, tal vez porque ardía como si necesitara su tacto.

—Quizás lo haga. Al menos debo tener el privilegio de quedarme con la primera noche de mi esposa.

La expresión de ella se endureció, su cuerpo se tensó y se clavaron en él llenos de ira.

—Eres un…

Dominik no le dio tiempo a terminar. La besó de nuevo, con más fuerza, más intensidad. Rosemary se odió por ceder.

—Un idiota. Sí, lo sé —dijo él entre sus labios.

Era un completo idiota, porque se había hecho una promesa, y no creía que pudiera cumplirla.

Capítulo 16

Rosemary se quedó esperando esa noche que él la visitara, pero no lo hizo.

Supo que no iría cuando el reloj marcó las tres de la mañana. Habían pasado casi dos horas desde que habían vuelto de la fiesta, si él hubiera tenido intención de ir, ya lo habría hecho, ¿no? Ahora bien, por qué no había ido, era un enigma para ella. En la fiesta le había dado la impresión de que lo haría, aunque no lo había afirmado. Solo había dicho «quizás».

—Bien, yo tampoco quiero que venga —dijo, malhumorada, mientras apagaba las lámparas.

Robbie la observó desde un rincón con una mirada que la hizo sentir como una mentirosa.

—Es la verdad —le dijo al perro—. Solo lo ofrecí porque creí que era el momento.

No era porque le hubiera gustado el beso, o porque su cuerpo estuviera pidiendo su contacto.

Ante su respuesta, Robbie cerró los ojos y Rosemary resopló. Apagó la última lámpara y encontró refugio entre los edredones, sabiendo que le costaría dormir, pero aun así dispuesta a intentarlo.

La noche era lluviosa y fría. El fuego de la chimenea apenas podía disipar el aire helado y las mantas luchaban por retener el calor. Afuera, unas pocas gotas de lluvia amenazaban con convertirse en una tormenta.

Sí, esa noche no dormiría.

Llamó a Robbie para que se subiera a la cama con ella, pero el animal, cómodo en su rincón, la ignoró. Debería devolvérselo a Hattie. Era evidente que a ella no la quería.

Cerró los ojos, intentando distraer la mente, pero la lluvia que se volvía más fuerte la distraía. Fue entonces cuando escuchó los pasos.

Robbie se puso de pie y empezó a ladrar. Rosemary se bajó de la cama.

Dominik.

Ni siquiera se detuvo a pensar en la razón por la que no había tocado la puerta. Caminó hasta esta y la abrió, presa de una valentía que no hubiera tenido hacía unos días. Sin embargo, en el pasillo no había nadie.

Rosemary miró hacia ambos lados, confundida, y fue cuando sus ojos captaron el destello de un camisón blanco que desaparecía por uno de los pasillos. Se quedó quieta, intentando decidir si se lo había imaginado, cuando oyó un chirrido, como el que hacía una bisagra mal aceitada.

Eran las tres de la mañana. Nadie estaba despierto a esa hora.

Rosemary se sintió mareada y, sin detenerse a pensarlo, corrió hasta la habitación de Dominik. Tocó solo dos veces antes de decidir que no podía quedarse en el pasillo esperando un fantasma y abrió la puerta.

Dominik estaba en la cama, sin camisa y con expresión aturdida. Apenas se estaba incorporando para abrir la puerta cuando Rosemary entró.

—Un fantasma —dijo con horror.

Él apenas la escuchó. Su mirada se había quedado fija en ella y en ese camisón tan revelador, el mismo que se había puesto aquella primera noche. ¿Lo había estado esperando? Supuso que debió haberle dicho que no iría, pero si lo hacía, también hubiera tenido que dar explicaciones, ¿y cómo decirle que no iba a consumar el matrimonio porque tenía miedo? Ansiaba demasiado de ella, y si poseía su cuerpo, sentía que terminaría dando a cambio más de lo que quería.

Por eso había decidido alejarse. Sin embargo, el destino cruel la había llevado a su habitación. ¿Qué fue lo que dijo?

—¡Un fantasma! —repitió, consciente de que él no le había prestado atención.

¿Un fantasma? Tenía que ser una broma.

—Rosemary…

—Lo vi —insistió ella, cerrando la puerta tras de sí—. Era una mujer, vestía un camisón blanco.

—Puedo haber sido alguien del servicio —dijo con paciencia.

—¿A las tres de la mañana?

Ciertamente, no era una hora para pasear.

—Quizás tenía insomnio.

—¿E iba a pasear por el ala de los señores con el riesgo de despertarlos?

No tenía justificación para eso, pero tampoco pensaba creerse su absurda teoría de un fantasma.

—Debes habértelo imaginado. Ha sido un día largo.

—No estoy loca. Sé lo que vi, y no pienso regresar a esa habitación.

Si había uno, tal vez había más.

Él respiró con paciencia.

—Rosemary, llevas dos semanas aquí y no ha habido ningún incidente de este estilo.

—A lo mejor esperaban a que me confiara.

—Te aseguro que un fantasma no tiene la capacidad de planificar tanto.

Ella se cruzó de brazos.

—No regresaré. Quiero otra habitación.

—No voy a mandar a que te adecuen a esta hora por una tontería.

—Si tanto te parece una tontería, ve a dormir tú allí. Yo me quedaré aquí.

Caminó hasta la cama y se subió con dificultad. Era más alta que la de ella, pero igual de cómoda. Estaba ubicada en el centro de la habitación, que tenía unos agradables tonos marrones.

Dominik la observó con incredulidad.

—Dios, ten piedad —musitó.

Verla en su cama no era la imagen que necesitaba en ese momento para mantener su fuerza de voluntad.

—¿Piedad? Piedad deberías pedir por esas pobres almas en pena que están rondando la casa.

—No hay ninguna alma en pena, ¡maldita sea!

Ella ya se había arropado hasta el cuello y le estaba robando almohadas para ponerse cómoda.

—Entonces, ¿te irás?

Él apretó los dientes.

—No me pienso ir de mi habitación por una niña con imaginación excesiva. Si te quieres quedar a dormir aquí, bien, pero tendrá que ser a mi lado.

Rosemary se mordió el labio. Su paranoia estaba bajando gradualmente, pero no lo suficiente para considerar eso peor que regresar a la habitación embrujada. Si bien no podría decir que se quedaría tranquila allí. Él no tenía camisa y Rosemary nunca había estado antes expuesta a la desnudez masculina. Estaba, naturalmente, incómoda, pero también había algo más. Un pequeño cosquilleo en su piel, el ansia de lo desconocido.

Dominik se arropó y se acomodó sobre las almohadas. Rosemary lo observó en silencio. El ruido de la lluvia le impedía dormir, así que lo tomó como su distracción.

—Estuve esperándote esta noche —susurró.

Las palabras salieron antes de que pudiera razonarlas. No había hablado ella, sino algo más primitivo, natural. Aquella parte de sí que guardaba oscuros secretos había decidido soltar uno.

Dominik se giró lentamente. Tenerla a su lado era una dura prueba, escucharla decir eso, una tentación irrisible. Cuando la miró a los ojos, se sintió perdido. Brillaban. Ella no lo sabía, pero brillaban con deseo.

—¿Querías que fuera?

—Dijiste que lo harías.

—Dije que quizás lo haría.

Ella bajó la mirada. Su rostro se había sonrojado de una manera adorable.

—Yo… —Tragó saliva. El deseo luchaba contra la vergüenza—. Yo pensé que quizás ya era el momento.

Listo, lo había dicho, y no sabía cómo sentirse al respecto. Lo deseaba. Deseaba al hombre que había enviudado tres veces, al que hacía unas horas un desconocido había acusado de asesinato, pero al que también había decidido darle una oportunidad. En ese momento, Rosemary no pensó en fantasmas, ni en razones por las que estuvieran vagando por la casa, solo lo observaba a él, quien se había convertido, a quien quería aceptar.

Dominik ya se había olvidado de luchar. Acercó su rostro al de ella y la besó.

Dominik ya se había olvidado de luchar. Acerco su rostro al de ella y la besó.

Sabía a ambrosía.

Al principio, fue un beso lento, cauteloso, que tenía como único fin deleitarse con su sabor. Sin embargo, su dulce aceptación despertó sus pasiones. Movió sus labios con avidez, y Rosemary correspondió con el ímpetu de una joven apasionada pero la inocencia de una virgen. Era una combinación letal para él.

—¿Por qué? —le preguntó.

—¿Por qué no?

Él le acarició la mejilla. Su piel, suave, tersa, debía ser la envidia de muchas señoritas de su edad.

Su mano se deslizó por su cuello, su hombro, y cayó de manera intencional sobre su pecho. El pezón se erizó ante la cercanía de su tacto. Rosemary contuvo el aliento.

El continuó el recorrido con su dedo hacia abajo, y se detuvo justo en la unión entre sus muslos. El camisón parecía inservible ante su tacto, que despertaba en ella una punzada inquietante entre sus piernas.

—Eres una tentación a la que he deseado resistirme —murmuró, más para si que para ella—, pero como ya vivo en el infierno, ¿qué mas da caer en pecado?

Rosemary no entendió sus palabras, y tampoco tuvo tiempo de analizarlas, pues el volvió a apoderarse de sus labios con ímpetu y deseo.

Sus manos se volvieron más atrevidas sin llegar a ser rudas, y en algún punto perdió la capacidad de pensar.

También se olvidó de los fantasmas.

Al día siguiente, Rosemary amaneció de buen humor, pero no por eso se había olvidado de los fantasmas. Mientras comía unas galletas que la cocinera amablemente le había proporcionado, preguntó:

—Señora Prescott, ¿usted cree en los fantasmas?

La mujer dejó de remover el contenido de la cazuela para mirarla con extrañeza.

—Claro que no, milady. Esas son tonterías.

—Yo no creo que sean tonterías —dijo la ayudante de cocina —. Uno nunca debería negar la presencia de lo sobrenatural.

—¿Has visto un fantasma? —preguntó con interés.

Llevaba haciendo interrogatorios disimulados durante toda la mañana. Primero le preguntó al ama de llaves, después al mayordomo, a su doncella y, finalmente, había terminado en la cocina. Lamentablemente, o el fantasma solo había decidido atormentarla a ella, o los criados decidieron mostrarse escépticos para no crear alarma.

—No, pero respeto esas cosas. En mi opinión, milady, si se reta a lo que está en el más allá, pueden verse inclinados a demostrarte que lo que piensas es erróneo.

La cocinera bufó.

—Hay que temerles a los vivos, niña. No a los muertos. Ve a buscar el azúcar, anda. No le metas ideas en la cabeza a la baronesa. ¿Alguna razón para la pregunta, milady?

—Simple curiosidad —respondió Rosemary con una sonrisa—. Estaba leyendo un libro sobre eso.

Si ellos no lo querían admitir, no sería ella la que quedara como loca.

Se despidió con naturalidad y salió de la cocina. El pasillo estaba oscuro, por lo que casi se tropieza con Sally, quien parecía haber estado escondida tras una columna.

—Yo sí creo en los fantasmas —dijo la joven.

Rosemary la miró con recelo. Era la primera vez que esa niña le dirigía la palabra, y que lo hiciera justo por ese tema le causaba extrañeza. Aun así, Rosemary estaba en un punto en que aceptaría cualquier tipo de información solo para no creer que se había vuelto loca.

—Buenas tardes, Sally. Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Sally le hizo un gesto para que la siguiera. Rosemary lo hizo, picada por la curiosidad. La joven la llevó a un pasillo oscuro, de los

que usaban la servidumbre para moverse por la mansión sin molestar a nadie.

—A veces uno oye cosas. Todos lo oyen, pero no quieren admitirlo. Ya sabe, nadie quiere que lo consideren un loco.

Rosemary la miró con interés.

—¿Qué cosas?

—Pasos a horas donde nadie está despierto, cosas que se arrastran, chillidos, arañazos.

Rosemary se estremeció. Recordó lo sucedido anoche, los pasos, los chillidos. Incluso creía haber escuchado algo arrastrándose antes de que Dominik la distrajera.

—¿Y crees que es un fantasma?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué más puede ser? No es seguro, por supuesto, pero es una teoría válida, sobre todo después de tantas muertes trágicas en la casa. Mi madre solía decir que quienes morían abruptamente, no podían descansar en paz, porque sentían que aún debían hacer algo en vida. Simplemente no aceptan que están muertos, y como nadie puede verlos, se dedican a llamar la atención de los cercanos a ellos. —Hizo una pausa dramática—. O a ahuyentar a quienes intentan ocupar su lugar.

Rosemary tragó saliva. Ella lo dijo con tanta calma, como si hablara del clima. Sin embargo, Rosemary tenía todos los vellos erizados.

—Y… ¿hay alguna manera de hacerles entender que están muertos?

Se sentía algo tonta preguntándole eso a una niña, pero no imaginaba pasar el resto de su vida siendo acechada por un fantasma.

—Hay gente que habla con ellos, pero yo no conozco a nadie. A veces tampoco se quieren ir.

Rosemary se hubiera puesto a llorar ahí mismo si un criado no las hubiera encontrado.

—Milady —dijo, extrañado—. ¿Qué hace aquí?

—No importa, ya me iba —dijo, melancólica.

—Creo que la están buscando. Han llegado unas cosas de Londres.

La noticia logró animarla lo suficiente para correr hacia la entrada.

Se olvidó temporalmente de los fantasmas al ver los hermosos muebles que venían de su tienda favorita en Londres.

—Oh, ha llegado el momento de remodelar.

Rosemary ocupó al menos a la mitad de los criados toda la tarde para ubicar y quitar muebles a su gusto. Comenzó por el salón del té, que era el más utilizado. Cambió las cortinas, sustituyó los muebles pasados de moda por los hermosos sillones forrados en terciopelo naranja que le daban un toque cálido a la estancia. Pronto tendría que cambiar el tapiz de las paredes, pero por el momento, Rosemary estaba contenta.

Después de la sala del té, Rosemary se fue al comedor. Sustituyó las viejas sillas cuya madera ya se estaba pudriendo por unas nuevas, y cambió los horribles floreros por otros nuevos. La mesa nueva que había pedido no había llegado en ese viaje.

Mientras organizaba todo, supo que Dominik había llegado, pero él no se acercó, y ella tampoco tuvo tiempo de ir a buscarlo. Terminó de dar órdenes casi a la hora de la cena, y se sintió feliz de poder usar las sillas nuevas.

—¿Se puede saber qué significa esto? —preguntó Dominik desde la entrada, mientras Rosemary se cuestionaba si adornar los floreros con rosas o margaritas.

—Me diste permiso de remodelar la casa —le recordó ella, sin mirarlo.

—Pero no de vaciar mis arcas en el proceso —gruñó.

Rosemary por fin lo miró. Tenía unos papeles en la mano que debían ser las facturas. Él se las tendió y ella las ojeó. El monto era alto, pero no lo suficiente para impresionarla. Él tenía ese dinero, y lo sabía porque no representaba ni siquiera la mitad de su dote.

—Si te consuela algo, están incluidos muebles que aún no han llegado.

Por su expresión, no lo consolaba en lo absoluto. Probó con otra excusa.

—Una casa es el reflejo de quien vive en esta —dijo intentando sonar razonable—. Es importante que las visitas se lleven una buena impresión.

—No me importa lo que digan las visitas.

—A mí sí, pues si la casa se ve mal, será mi culpa. Si tengo suerte, dirán que mi esposo es un avaro que no me da el presupuesto que necesito. ¿Eso es lo que deseas?

—Eres una pequeña manipuladora.

Él dio un paso hacia ella. Rosemary retrocedió por instinto y chocó con la mesa.

—Es mi deber como esposa que la casa se vea bien, y es tu deber como esposo proveer el dinero para que eso suceda.

Él se acercó hasta que solo los separaron unos pocos centímetros.

—Parece que tienes muy en cuenta tus deberes —dijo con sarcasmo.

—Creí que anoche había quedado claro —respondió con inocencia.

Dominik se inclinó hacia ella, atraído por el olor embriagador a vainilla y rosas que la caracterizaba. Tenía en él el mismo efecto que una droga. Disipaba su molestia, lo relajaba. Le era imposible enfadarse cuando la tenía tan cerca.

—Serás mi perdición —musitó cerca de su oído.

Ella se estremeció.

—No exageres. Es un gasto que no se volverá a hacer hasta dentro de dos o tres años.

—No me refiero a eso.

No resistió más la tentación de besarla. Sus labios eran un elixir al que se había vuelto adicto, y que, una vez lo había probado, ya no podía parar, aunque fuera su perdición.

Al principio, Rosemary respondió al beso. Sin embargo, cuando las manos de Dominik se volvieron atrevidas, ella lo apartó.

—Es de día y estamos en el comedor.

Él arqueó las cejas, sin entender la relevancia de la acotación.

—No podemos hacerlo aquí. Cualquiera podría entrar.

—Te aseguro que cualquiera que se atreva a entrar aquí sin tocar se irá sin referencias.

—Dom. Me avergonzaría mucho.

El uso del diminutivo lo descolocó. Le había salido natural, como si fueran amigos de toda la vida. Le daba a su relación una intimidad tan anhelada como peligrosa.

—¿No hablabas sobre cumplir tus deberes de esposa?

—En la noche y en la habitación. Como la gente decente.

Dominik sintió ganas de reír. Quizás se hubiera dedicado a provocarla si su sonrojo no le generara ternura.

«En un futuro», se dijo. El pudor no duraría para siempre.

—Te recompensaré —dijo, parpadeando con coquetería.

Dominik no podía creer que lo estuviera encontrando adorable.

—Me encargaré de ello —respondió antes de irse.

Necesitaba un trago.

Y un baño.

Y retroceder en el tiempo, a cuando su vida no se había complicado de esa manera.

Sueños imposibles, por supuesto, porque ya nada era reversible.

Capítulo 17

—¿Por qué no quieres dejarme embarazada?

Hizo la pregunta acurrucada entre las sábanas, con las mejillas sonrojadas y la mirada baja, como si así pudiera mitigar la vergüenza.

No fue capaz de ver su expresión de sorpresa, pero se elogió haber tenido el valor de hacer la pregunta.

—¿Cómo lo sabes?

Entonces era verdad. Rosemary sintió un ligero nudo en la garganta. Había tenido la esperanza de equivocarse.

—Hattie es un poco explícita en sus explicaciones. Me dijo que para quedar embarazada necesitaba tu semilla dentro de mí, y bueno… ya sabes.

Él no la había dejado dentro. Rosemary lo notó la primera vez, pero no se lo cuestionó en el momento, solo le pareció extraño. La segunda ocasión, empezó a atar cabos. Decidió preguntar, porque prefería la vergüenza a la incertidumbre.

—No es normal tener mentoras tan explícitas —dijo con resquemor.

Por lo general, las madres, o la figura femenina más cercana, daban explicaciones muy vagas sobre el acto, cosa que siempre le había parecido injusta con las jóvenes que llegaban al lecho sin saber qué esperar. Nunca imaginó que le jugara en contra.

—Ella es particular —la defendió Rosemary—. ¿Por qué?

—No creí que fuera prudente.

—¿Por qué? —insistió.

Él no respondió de inmediato. Ella sintió que un nudo le cerraba la garganta. Se sentía dolida. Muy dolida.

—Te comenté que quería una familia grande —dijo con ojos llorosos—. Si no lo hubiera deducido, ¿me lo habrías dicho, o habrías hecho creer en un futuro que era la idiota que no podía concebir?

Dominik ni siquiera había pensado en ello cuando tomó la decisión. Había tenido una idea clara en su mente, y no había evaluado qué tanto le afectaría a ella. Sin embargo, sus ojos

aguados y su tono dolido estaban resultando en una punzada de culpa muy desagradable.

—No es así, te lo hubiera dicho.

Eventualmente lo hubiera hecho, solo que, en su cabeza, no era un problema tan grave.

—Cuando quisieras hacerlo, como si yo no tuviera derecho a decidir.

Se levantó de la cama, furiosa. La pequeña intimidad que habían compartido se esfumó en pro de su ira. La sensación de traición era extraña. Se sentía como pequeñas agujas que se clavaban en su pecho, hiriéndola.

Pero lo peor no era eso. Sino que solo podía sentirse traicionada porque había empezado a confiar en él.

—Rosemary…

—Buenas noches.

Quizás en otro momento Dominik la hubiera dejado marchar. De hecho, pensó en hacerlo. Sin embargo, ver el vacío en su cama le generó una rara sensación de soledad que ya no podía tolerar, como si hubiera estado esperando algo que no sabía que quería, pero que volver a perderlo era inadmisible.

Luchó contra el deseo de hablar. Lo más prudente sería esperar que la situación se volviera menos tensa, dejar que ella se calmara. Sin embargo, ver la traición en su mirada lo afectaba, y mucho.

—Tu madre murió en un parto, ¿no es así?

Rosemary se detuvo antes de abrir la puerta. Lo observó con recelo.

—Así es.

—Poppy casi muere también, nuestro hijo murió, y aunque el parto no la mató directamente a ella, sí lo hizo a largo plazo.

Era la primera vez que mencionaba el tema de forma directa. Podría decir que no sabía qué lo había instado a hablar, pero lo cierto era que sí lo sabía.

Era el cansancio.

Dominik llevaba años ocultando lo que pensaba. Años guardándole rencor a la vida, sintiendo odio contra el destino que le

había tocado, y estaba cansado. Cansado de que nadie lo entendiera, de que todos lo juzgaran.

Había palabras que ya no podía mantener en silencio, porque hacerlo lo consumiría.

—Muchas mujeres mueren en el parto, y que lo hayamos normalizado porque el mundo necesita seguir existiendo no quiere decir que esté bien.

—¿Y no tengo derecho a decidir si quiero tomar el riesgo?

—¿Y no tengo yo derecho a decir que no quiero someter a mi esposa a eso porque no deseo arriesgar su vida?

Estaba perdiendo el control. Su tono había subido, y su expresión indescifrable estaba revelando poco a poco todo lo que bullía en su interior. Ira, rencor, miedo.

Sobre todo, miedo, porque Dominik estaba seguro de que no soportaría perderla.

Admitirlo era una derrota para él, quien se había jurado no involucrarse hasta ese punto. Sin embargo, negarlo no haría desaparecer el sentimiento, porque ya estaba allí, y Dominik no podía luchar con lo que ella había causado en él.

Y, por lo tanto, no podía luchar contra el miedo a perderla.

Rosemary caminó lentamente hasta la cama.

Su ira había desaparecido, sustituida por el deseo de consolar al alma frente a sí, que parecía a punto de quebrarse.

Jamás imaginó verlo tan vulnerable, pero sabía que mostrar empatía podría ser contraproducente. Se sentó en el borde de la cama y cuidó sus palabras.

—Soy joven y fuerte, Dom. No tiene por qué pasarme nada.

—Ellas también lo eran —musitó con resquemor, perdido en sus pensamientos.

—¿Alguna vez has hablado de ellas?

No. ¿Con quién? Contar las desgracias era, la mayor parte de las veces, contraproducente. A la gente no le importaba que la vida de otro fuera desdichada, a menos que con eso pudiera ver más tolerable la suya.

—Puedo escucharte —dijo con tiento—. Quiero escucharte.

Él no la miró. Ni siquiera se incorporó. Seguía acostado en la cama con la mirada fija en el techo, sumido en recuerdos poco agradables del pasado. ¿Tendría sentido contarlos en ese momento?, se preguntó. Y una voz desesperada respondió: ¿por qué no lo tendría?

—Me casé con Samantha por sugerencia de mi madre —comenzó. Seguía sin mirarla, pero a Rosemary no le importó. Se acostó a su lado, dándole el apoyo silencioso de su presencia—. Acababa de heredar el título y creía que era necesario un heredero para asegurarlo. Creo que te comenté que me tomaba muy en serio mis responsabilidades, así que concordé con su idea. Samantha era hija de una vieja amiga suya, su familia era respetable, si bien no tenía un estatus que justificara su arrogancia. Era altanera, mordaz, quería imponer. La detesté desde el primer día después de la boda, en cambio, me resigné a tolerarla el resto de mi vida, porque así lo había decidido. Ni siquiera toleraba llevarla a mi cama. Nuestra convivencia no fue agradable, pero cuando enfermó, hice lo posible porque mejorara. La trajimos al campo por sugerencia del doctor, la obligaba a tomarse sus medicinas… pero la tisis es difícil de sanar, y no pudimos evitar que se la llevara. Lamenté su muerte, pero tampoco quedé destrozado, y no me importa en qué clase de persona me convierta eso. Simplemente, nunca pude cogerle cariño.

Guardó silencio un minuto, su cabeza se llenó de imágenes del pasado.

—Después del año de luto, mi madre insistió en que buscara otra esposa. Accedí, porque era mi deber, y porque no vi nada de malo en volver a empezar. Beatriz era una buena chica. Venía de buena familia, pero quería salir de allí con desesperación. No era alguien acostumbrada a seguir reglas, y en su casa eran muy estrictos con eso. Por eso aceptó mi propuesta. No puedo decir que la amé, ni ella tampoco a mí, pero era una convivencia lo suficientemente agradable para ser tolerable. Creo que al año de matrimonio se empezó a sentir presionada por no poder darme herederos. Yo nunca la culpé, pero todos hablaban de ella, mi madre incluida, así que se volvió más impulsiva, más imprudente, como si así pudiera quitarse la carga que todos ponían sobre sus hombros.

Se le advirtió que no se subiera a esa yegua, que aún no había sido domada, pero no hizo caso.

Otro silencio. Rosemary se empezaba a sentir incómoda a medida que él narraba la historia, como si presintiera que lo peor estaba por venir.

—Después de eso decidí que volverme a casar ya no era tan conveniente, y al carajo el heredero. Mi madre murió poco después que mi esposa, así que no pudo intervenir para hacerme cambiar de idea. Me había convencido que la vida me mandaba señales de que era mejor estar solo. Y, entonces, apareció Poppy. Puedo decirte muchas cosas de ella y ninguna mala. Poppy fue especial.

No era necesario que aclarara por qué, su tono lo decía todo. Sus ojos hablaban por él.

—Me casé con ella sin dudarlo. A veces el amor te hace iluso, te hace creer que todo saldrá bien. Y, entonces, ella también se fue.

No dijo cómo murió, Rosemary tampoco preguntó. Solo hablar de ella le dolía. La incomodidad en el pecho se convirtió en un nudo. De pronto, quería abrazarlo, decirle que todo estaba bien.

Y pensar que había creído que él podría matarla.

Rosemary nunca se había sentido tan tonta como en ese momento.

No era un asesino. No podía serlo. Pero tampoco podía ser una persona amable porque la vida no se lo había permitido.

Estiró su mano y la colocó sobre la de él. Dominik la miró.

—Y luego llegué yo —dijo con cierto humor.

—Tú fuiste, sin duda, la peor ironía de la vida. Una broma absurda para demostrarme el poder que tenía para desquiciarme.

Rosemary no supo cómo tomarse eso, así que prefirió no responder. No fue necesario, él continuó.

—Eres diferente a todas, ¿sabes? Eres arrogante, pero porque te criaste en un ambiente que lo amerita, crees que puedes conseguir todo lo que quieras con una sonrisa, y es verdad. Deberías desagradarme por ello, pero no es así, porque hay algo en ti que me lo impide. Quizás es esa particular determinación con la que llevas la vida, la misma que te impulsa a decir que todo saldrá bien cuando hacía un minuto decías que todo iba a salir muy mal, la misma que

hace que tomes las riendas de una situación y no la sueltes hasta conseguir lo que quieres. Hay vida en ti. Mucha vida. Y no quiero que se apague.

Esperó con paciencia su reacción. Confesarlo había sido una apuesta arriesgada, pero ya todo eso era arriesgado. Desde que ella llegó a su vida, esta se había condenado a no estar en paz.

—Eso no sucederá.

—No puedes prometerlo.

—No, pero te aseguro que, si la muerte viene a buscarme, al menos lucharé con todas mis fuerzas para quedarme. Y puedo llegar a ser muy persistente.

Dominik se encontró sonriendo, y no podía creerlo.

—No dudo que le causarás un buen dolor de cabeza. A mí me los das todo el tiempo.

Rosemary soltó una risilla. Se quedaron en silencio unos segundos. Para su sorpresa, él le rodeó un hombro con el brazo para pegarle a su cuerpo.

—Siempre he pensado que el destino está escrito —comentó ella, seria—. Y si mi muerte está cercana, no podrás cambiarla prohibiéndome montar a caballo o evitando tener un niño, ¿lo sabes verdad? —Él no contestó—. No podemos adivinar el futuro, pero sí disfrutar del ahora. No me prives de una familia. No te prives a ti mismo.

Dejó que las palabras hicieran efecto en él. Tenía un punto que él no podría rebatirle, pero la lógica no era amiga del miedo, no podía convencerlo de desaparecer.

Y, sin embargo, había logrado atarlo, al menos en cierto punto. Porque era consciente de que su miedo también podía apagarla, y porque una parte de sí anhelaba la vida que ella le estaba planteando. Familia, paz.

No debería fiarse de que se diera, pero las ilusiones tampoco atendían a razones.

—¿Cuándo pasaste de creer que te mataría a querer formar una familia conmigo?

Rosemary se sonrojó.

—No estoy segura —confesó—. Pero ¿importa?

—No, supongo que no.

Dominik la besó. En sus labios era fácil olvidar el miedo al futuro, la incertidumbre de su vida. Era sencillo disfrutar del presente. Quizás se lo permitiera esa vez, y si funcionaba, tal vez se lo permitiría más veces.

Capítulo 18

Rosemary se despertó con el ruido de unos pasos. Los recordaba lo suficientemente bien para identificarlos y, sin perder tiempo, zarandeó el cuerpo de Dominik a su lado hasta que este entreabrió los ojos.

—¿Qué diablos…?

—¿Escuchas eso?

Dominik parpadeó para despertarse. Por lo general, no era de los que les costaba disipar el sueño cuando se levantaba, pero sentí su cuerpo tan relajado que abandonar la comodidad de la capa suponía un suplicio. No había dormido así en años.

—¿Qué cosa?

—Los pasos —respondió ella con desespero.

Dominik, sin entender bien, aguzó el oído.

Había alguien caminando fuera de su puerta, ella no se equivocaba.

—Son los mismos pasos de ayer —explicó y le dedicó una mirada de suficiencia. No olvidaba que la había tildado de loca.

Dominik se levantó de la cama y fue a buscar su bata. Notó que la chimenea estaba casi apagada, así que debía ser tarde. No podía negar que unos pasos a esa hora eran sospechosos, sobre todo si se daban dos días seguidos.

Pero, por Dios, no pensaba admitir que era un fantasma.

Le hizo a Rosemary un gesto para que hiciera silencio y caminó hacia la puerta con una lámpara en la mano. La abrió de golpe, y tuvo tiempo de visualizar una figura con un camisón blanco que caminaba hasta el final del pasillo, y que, apenas sintió la puerta abrirse, echó a correr.

Dominik la siguió.

—¿Qué haces? —chilló Rosemary.

—¿No es evidente? La persigo. Si es una de mis esposas, me gustaría saludarla.

Aunque, por Dios, que no era ninguna de ellas. Primero, la única que había tenido el cabello negro era Poppy, quien no se prestaría para ese juego. Segundo, dudaba que un fantasma se

asustara por una puerta que se abría, y mucho menos que echara a correr.

—Te has vuelto loco —le dijo. Sin embargo, lo siguió, porque le daba más miedo quedarse a solas que perseguir al espectro.

El «fantasma», dobló a la derecha. Sus pasos hacían demasiado ruido para pertenecer a un alma sin cuerpo, y cuando abrió la puerta que daba a las escaleras que usaban los criados, confirmó que no había ningún alma en pena en esa casa.

Esos pasillos estaban diseñados para que pudiera caminar una persona detrás de la otra, así que Dominik fue adelante, pendiente de no perder ni a Rosemary ni al espectro.

—¿No estoy segura de que esto sea buena idea?

—Yo creo que sí.

El fantasma era ágil. Sentía sus pasos perderse en la distancia, así que apuró el paso. Rosemary se esmeró en seguirlo.

Entonces, el fantasma tropezó. Dominik la encontró al final de la escalera. Intentó incorporarse para llegar a la puerta, pero la tomó del brazo primero. La mujer intentaba ocultar la cara con sus cabellos, sin embargo, Dominik, harto, tomó su mentón y lo giró hacia él. Cuando vio su rostro, se quedó helado.

—Sally —musitó.

Al verse atrapada, la muchacha sollozó.

—Pues ahí tienes a tu fantasma —le dijo a Rosemary, quien observaba a la joven con incredulidad—. Espero que tengas una buena explicación de por qué querías asustar a mi esposa.

Sally no pudo hablar. Sus sollozos se incrementaron y hacía grandes esfuerzos por liberarse del brazo de hierro de Dominik, para poder huir.

—Lo-lo siento —musitó.

—Eso no es una respuesta. Maldita sea, si no me lo dices…

—Dom —susurró Rosemary—. Déjala.

Aunque no tuviera ninguna razón para defenderla, Rosemary no podía tolerar verla así, sobre todo porque identificó el sentimiento en sus ojos cuando veía a Dominik.

Siempre se había vanagloriado de saber cuándo una pareja estaba enamorada. Normalmente, los ojos brillaban de emoción

cuando se posaban en el otro, y la tristeza era evidente cuando se alejaban o se sentía despreciado. Ella se sentía despreciada.

Quizás se equivocaba, a la vez solo tenía miedo, pero era una teoría que tenía sentido. Esa niña la detestaba, no hubiera urdido todo un plan como ese si no odiara a Rosemary, y puesto que no la conocía en lo absoluto para tener una razón de peso que justificara sus malos sentimientos, asumir que no le agradaba porque estaba enamorada de Dominik era lógico.

—No. Te ha faltado el respeto con este jueguito y lo mínimo que espero es una respuesta coherente.

La respuesta fue un llanto estremecedor.

—¿También has sido tú la de las notas? —preguntó con cautela.

La joven alzó la cabeza. Sus ojos estaban tan rojos y su piel tan pálida que parecía un espectro de verdad.

—No sé de qué hablas.

—Si estás mintiendo… —amenazó Dominik.

—Lo juro. No he escrito ninguna nota.

Estaba desesperada. Rosemary le creyó, principalmente porque le había dado la impresión de que el autor de los anónimos era un hombre.

—Dom, quizás sea mejor tratar esto mañana —dijo Rosemary. Fingió un bostezo—. Quiero descansar.

Dominik no estaba seguro de dejar el tema, pero tampoco creía que fuera conveniente seguir un interrogatorio que no iba a llegar a ningún lado. Esa niña no podía hablar sin sollozar.

La soltó y ella no dudó en escapar.

—No puedo dejar eso así —le dijo él después de que ella salió por la puerta—. Si permito que te falte el respeto ahora…

—Creo que está enamorada de ti —dijo Rosemary, sin tapujos. Ante su mirada de incredulidad, prosiguió—. Piénsalo, ¿por qué me odiaría si no hubiera tenido alguna idea de convertirse en tu baronesa?

—Tiene como trece años —espetó.

—Creo que tiene quince, y es en esos años cuando uno más se enamora. Alison está fijada en un conde o un marqués, no estoy

segura. Ha dicho varias veces que se casará con él, pero el año pasado también decía lo mismo de un vizconde. Es muy fácil ilusionarse cuando se es tan joven.

Dominik dio un paso atrás y se recostó en la pared.

—No puedo dejar pasar esto.

—No digo que lo hagas. Pero no seas tan duro con ella, y no la avergüences haciéndole saber que conoces sus sentimientos. Al final, no ha pasado a mayores, ¿verdad? Solo fue una mala broma. Una que Becca hubiera hecho con gusto en una situación similar. Me consuela saber que no hay fantasmas.

Lo cual era un gran alivio.

Dominik bufó. Pudo haber dicho muchas cosas, un comentario sarcástico, pedante o burlesco sobre supersticiones tontas. Sin embargo, dijo:

—A mí también.

Ambos rieron. La luz de la lámpara iluminaba sus rostros, y Rosemary apenas reconoció al hombre que estaba frente a sí. Había algo distinto en él. Una sombra en su rostro había desaparecido, haciéndolo parecer más joven y apuesto.

—¿Regresamos a la cama?

Él asintió.

—Aunque no sé si pueda conciliar el sueño —comentó ella mientras subía las escaleras.

—Quizás pueda conseguir entretenerte hasta el amanecer.

Rosemary sonrió y lo miró de reojo.

—Tal vez acepte la propuesta.

Como le prometió a Rosemary, Dominik no fue demasiado duro con ella, o al menos lo intentó. Reprendió su actuar, como no podía ser de otra manera, y anunció su decisión de mandarla a estudiar a alguna escuela de señoritas que le permitiera desarrollar habilidades para que, en un futuro, se pudiera ganar la vida honradamente, si era que decidía no casarse. Sin embargo, cualquiera que la hubiera visto salir de su despacho hecha un mar de lágrimas habría creído que la echó a la calle sin consideración alguna.

Mientras se dirigía hacia la habitación de Rosemary, se preguntó si la teoría de que estaba enamorada de él sería cierta. La muchacha intentó justificar su actuar en que solo lo había considerado una broma de mal gusto; no obstante, pocos se atreverían a hacerle esa broma a un superior si no hubiera algún resentimiento de por medio. Para Dominik era inconcebible pensar que una chica de su edad hubiera desarrollado sentimientos hacia él, pues no consideraba que su trato hacia ella pudiera dar pie a esas malinterpretaciones.

De hecho, apenas la trataba. Dominik se hizo cargo de Sally porque se lo había pedido alguien a quien había considerado un amigo, pero era todo. La conocía desde que era una niña. Y para él, lo seguía siendo. ¿Cómo podía ella verlo diferente?

Enigmas que no resolvería.

Llegó a la habitación. Rosemary estaba sentada detrás del caballete, acomodado sobre su regazo lo que parecía una mezcla de potes de pintura con carboncillos.

—¿Ha salido todo bien? —preguntó con su voz cantarina, sin mirarlo.

—Eso creo.

—Espero que no hayas sido duro con la chica.

—Fui todo lo amable que pude.

—Entonces, fuiste rudo con ella —concluyó Rosemary, quien sonrió ante su mirada de fastidio.

—Las circunstancias no me permitían ser blando.

—Supongo que no —concordó ella—. Entonces, ¿se irá?

—Estoy coordinando todo.

Rosemary asintió, satisfecha. A pesar de que le daba algo de pena la joven, tenía que admitir que se sentía contenta porque él la respetara lo suficiente para darle su lugar en la casa. Ya había dado indicios de esa faceta protectora, pero nunca la había apreciado tanto como ese día.

Tal vez porque estaba empezando a ver más sus virtudes que sus defectos.

Él se sentó en el sillón que Rosemary había ubicado frente al caballete, donde podría observarlo mejor para hacer su retrato.

—Sigo sin ver esto necesario —masculló mientras se sentaba.

—Un barón debería tener su retrato —objetó ella—. Y yo estoy encantada de hacerlo.

Una vez ordenadas sus cosas, tomó el carboncillo más fino para empezar a hacer el boceto.

—No soy un modelo muy obediente —advirtió él.

—Jamás asocié esa característica en ti.

Él sonrió. Pasó la vista por la habitación, distraído, y sus ojos se posaron en la chimenea, donde había un pequeño fuego que ya estaba por apagarse.

—¿Has quemado algo?

—Uso bocetos que no me gustaron.

—¿Era necesario quemarlos?

Ella se encogió de hombros.

—Depende de cuánto los haya odiado.

Pero la verdad era que, ese papel, en particular, sí era necesario quemarlo, porque no era un boceto, sino otra nota.

Su criada se la había entregado después del desayuno. No tenía firma, ni mucho contenido, pero sí un mensaje muy contundente:

«Tienes que huir».

Al principio, Rosemary había dado un respingo al leerla. Sin embargo, ya no inspiraban en ella el miedo de antes. Tal vez porque había decidido confiar en Dominik.

Entonces, la quemó. No solo para que él no la viera, pues no quería traer a colación ese tema, sino porque, de alguna manera, quería que sus dudas sobre él se convirtieran en cenizas.

La Rosemary de hacía algunas semanas le habría dicho que ilusionarse con él era un error muy grave, pero la de ese día, la que tenía muchas ansias por retratarlo, tenía esperanza. No era un hombre malo. ¿Cómo podía serlo después de lo que le había contado? ¿Cómo podía confiar más en una nota desconocida que en quien desde el inicio le dio el lugar en esa casa?

No quería dudar más, porque estaba feliz creyéndole.

—¿Puedes mirarme?

—¿Al menos puedo hablar? —preguntó con sarcasmo.

—Creí que te gustaba el silencio.

—Tengo curiosidad de saber sobre tus talentos —respondió, evasivo—. ¿Tienes algún otro?

—Ninguno destacable. Me defiendo en la música, pero es Alison quien se llevó ese don. Sé bordar, aunque no demasiado bien. Aprendí a hablar francés, pero mi pronunciación deja mucho que desear. No soy demasiado buena con los números.

—Me di cuenta después de que le llegaron las facturas de los muebles.

—Pero ¿quedó o no quedó linda la casa?

Dominik no respondió, Rosemary se limitó a sonreír.

—Y tú, ¿tienes algún talento destacable?

Él lo pensó.

—Casi nunca erro un disparo, si es que eso puede considerarse un don.

—Me alegro de que mi hermano no haya necesitado retarte a duelo.

—A mí también. Otra muerte sobre mis hombros que habría sido mala para mi reputación.

Rosemary bufó y contuvo el impulso de sonreír. No quería demostrarle que su arrogancia le causaba gracia.

Se mantuvieron en silencio por unos minutos, mientras ella hacía un boceto de su rostro con trazos ágiles y precisos.

—Sabes, me parece que eres más apuesto de lo que creí en un principio —confesó mientras dibujaba sus ojos.

Él arqueó las cejas.

—Es decir, no eras mi ideal de hombre en ningún sentido —explicó ella—. Amargado, viejo, y tu cara ni siquiera me gustaba —continuó sin tapujos—. Sin embargo, ahora pienso que hay algo perfecto en tus rasgos imperfectos.

—Supongo que puedo decir lo mismo de tu carácter.

Rosemary se rio. Él también sonrió. La pequeña complicidad hacía que los comentarios ya no fueran ofensivos, sino más bien algo jocoso.

—¿Y cuál era tu ideal de hombre? —preguntó él—. El señor Capell, supongo.

—Tenía muchas cualidades que me parecían atractivas.

—¿Estabas enamorada de él?

Alguna que otra vez se había hecho a sí mismo esa pregunta. Y aunque creía conocer la respuesta, sentía la necesidad de confirmarla.

—No, pero pensé que podría enamorarme de él. Por eso quería conocerlo mejor. Las normas sociales no suelen permitir que dos personas se conozcan bien antes de casarse.

—Si lo permitieran, habría demasiados niños que nacerían sietemesinos o, en el peor de los casos, fuera de un matrimonio.

Rosemary se ruborizó.

—No necesariamente.

—Créeme que sí. Crees que puedes luchar contra el deseo hasta que este se manifiesta con todas sus fuerzas.

Ella no respondió, porque sabía que era verdad. Había empezado a desearlo incluso cuando aún pensaba que era un asesino. El cuerpo no atendía a lógica, respondía por instinto.

—¿Y el señor Calloway? —preguntó Dominik.

—¿Qué sucede con él? —respondió, distraída.

—¿Entraría en tu ideal de hombre?

Era una pregunta que revelaba mucho, pero a Dominik le interesaba más la respuesta que las conjeturas que ella pudiera sacar. La idea lo había estado atormentando desde el baile. Sabía reconocer a un zamuro, y quería conocer la opinión de la presa.

—Me parece un hombre encantador y apuesto —dijo deliberadamente para provocarlo—. Sin embargo, no me enamoraría de él. Hay algo extraño en su personalidad, aunque no sabría decir qué.

Rosemary sospechaba que tenía que ver con su encanto. En un principio, sí le había parecido un hombre agradable, pero durante la fiesta, sus ojos revelaban que su actuar no era más que un teatro. Había algo oscuro en ellos, una sombra de algo que le estaba nublando la razón.

—Me es familiar —confesó Dominik, pensativo—. Pero no logro ubicar su rostro.

La conversación pareció quedar allí, así que Rosemary se centró en el boceto de sus labios. Eran anchos, gruesos. Recordaba bien cómo se sentían al tacto y perdió la concentración por un minuto.

—Estaba pensando que deberías devolverle su dote a Helen —comentó para volver a centrar su cabeza en un tema de conversación.

—No lo creo.

Su respuesta fue categórica.

—Es tu prima.

—Ella no lo recordó cuando planeó todo. Tienes un alma bondadosa, Rosemary. ¿Dónde quedó tu rencor?

—No suelo guardar rencor por demasiado tiempo, desgasta.

Era verdad. Rosemary siempre había tenido como virtud, o defecto, según se viera, perdonar con facilidad. El odio la cegaba al momento, pero no tenía corazón para sostenerlo a largo plazo, sobre todo si, al final, no había sucedido nada trágico.

—No podrá conseguir esposo sin dote. Eso para una mujer es muy triste cuando no tiene más opciones. Nunca justificaré lo que hizo, pero la vida en sociedad siempre ha sido una competencia, ¿sabes? Gana la que tenga más conexiones, belleza o dinero. Si no se tiene ninguna de las tres, al menos tienes que ser lista. No puedes negar que quizás tenga razones para estar resentida.

Dominik no lo negaba. Suponía que quedarse en manos de un extraño no era agradable, pero él siempre había hecho lo posible por cumplir su deber con ellas. Le había otorgado una dote, se había ocupado de mandarles una mensualidad y de cubrir los gastos de cada temporada, siempre y cuando fueran moderados. Que quisiesen más no era su problema ni su culpa. Él había tenido otra familia que mantener.

—Además, al final el matrimonio conmigo no ha sido tan terrible, ¿o sí?

—Depende del día.

Rosemary le dirigió una mirada de fastidio que él correspondió con una sonrisa.

—Voy a pensarlo —dijo—. Pero pienso que unos meses de agonía no le vendrían mal, ¿no lo crees?

Rosemary le concedió eso. Hizo unos cuantos trazos más hasta que estuvo conforme con el boceto. Le hizo un gesto a Dominik para que se acercara y él lo hizo. Se sorprendió de la exactitud que mostraba la imagen.

—Eres buena —admitió—. Aunque sigo sin ver la utilidad de un retrato mío.

—Confía en mí, es necesario.

—¿Y uno nuestro no lo es?

Rosemary lo miró de reojo, sin querer evidenciar su sorpresa. No podía evitar recordar que solo se había retratado con Poppy.

—Temo que aún no he desarrollado la habilidad de pintarme a mí misma.

—¿Quizás puedas soportar traer a otro pintor para que lo haga?

—¿Por qué estás tan interesado en hacerlo?

—Me gustaría dejar plasmado nuestro matrimonio.

—¿Alguna razón en particular?

—Sí.

No dijo cuál, pero Rosemary quería pensar que estaba relacionado con que una pintura podía sobrevivir muchos años y deseaba que eso pasara con su matrimonio. Tal vez era una idea demasiado romántica, pero ya no tenía miedo a las ilusiones, porque estaba convencida de que la vida le había dado la oportunidad de ser feliz.

Capítulo 19

Los días que siguieron hubieran sido un sueño para Rosemary si no fuera por dos sucesos que le crisparon los nervios. El primero fue otra carta anónima. Al parecer, alguien estaba empeñado en salvarle la vida, porque el mensaje era claro:

«Huye, te matará».

La había quemado, pero le perturbaba la idea de seguir recibiendo esas notas, porque podían arruinar un día muy feliz.

Lo segundo fue un encuentro con la niña. Iba de camino a la cocina para hablar con el ama de llaves y se la topó. No le dijo nada, intentó pasarle por el lado mostrando su expresión más grosera, pero Rosemary, que ya estaba de mal humor por la nota, le dijo:

—Podrías disculparte, ¿sabes? Y no tendría ningún inconveniente en perdonarte.

Según le contó Dominik, Sally le había prometido que se disculparía, pero a una semana de aquel vergonzoso descubrimiento, eso aún no había pasado. Rosemary había tenido la intención de no tomarlo en cuenta, pero Dominik tenía razón en algo: no podía seguir alentando su mal comportamiento o perdería el respeto como señora de esa casa.

—Por su culpa me va a echar de la casa.

—Te va a mandar a estudiar —corrigió Rosemary—. Lo cual ni siquiera podría considerarse un castigo por lo que hiciste. Deberías estar agradecida.

—No es mi culpa que usted crea en fantasmas. Yo solo vi divertido hacerle una broma.

Rosemary apretó los labios, furiosa. Si al menos se mostrara arrepentida, podría ser amable con ella, pero que insinuara que era estúpida era un límite que su empatía no podía traspasar.

—Eres una niña. Él no te habría hecho caso, así que tu juego de intentar asustarme para que me fuera fue completamente inútil.

Verse descubierta la sorprendió tanto que no fue capaz de decir palabra. Salió corriendo como si hubiera visto al diablo, y

Rosemary no se sintió mal por haberla incomodado. Si ella no tenía problema en molestarla, no merecía su piedad.

Sin embargo, debido a ese incidente, pasó el resto de la mañana de malhumor. Por suerte, Dominik había salido y no tuvo que dar explicaciones. Cuando llegó la hora del té, sus nervios estaban otra vez templados. Estaba pensando en visitar a una de sus nuevas amigas cuando el mayordomo le informó que tenía una visita.

—El señor Calloway —le dijo.

Rosemary se sorprendió. No había sabido nada de él desde la fiesta, e incluso había asumido que se había marchado del pueblo. Sin embargo, la había ido a visitar. ¿Por qué?

Suspiró con cansancio.

Eso no le agradaría a Dominik.

—Quizás un poco de celos no vendría mal —pensó mientras caminaba a la sala donde tomaban el té.

Sin embargo, aunque su ego se regocijaba ante la idea de sus celos, no tenía energías para llevarlos con calma, así que esperaba que la visita del señor Calloway no fuera tan larga.

El caballero se puso de pie en cuanto ella entró al salón. A diferencia de la última vez que la vio, su aspecto tenía un aire más desarreglado. Unos mechones de cabello le enmarcaban la cara, y unas bolsas debajo de los ojos hablaban sobre noches malas. Su sonrisa seguía siendo encantadora, pero forzada, como si apenas pudiera sostener la imagen que quería mostrar.

—Señor Calloway, qué sorpresa. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Quería verla —respondió sin perder la sonrisa—. Espero no ser inoportuno.

No dudaba de que, para Dominik, él siempre sería inoportuno.

—Claro que no. Siéntese, por favor. Mandaré a pedir el té.

—No es necesario. Planeaba que fuera una visita rápida.

Gracias a Dios.

—¿Cómo ha estado? No he escuchado sobre usted desde la fiesta.

—No he salido demasiado. ¿Y usted? Espero no haberle causado aquella noche problemas con su esposo por el baile.

Rosemary recordó cómo Dominik había bailado con ella en la terraza, el beso que le había robado como si la estuviera reclamando. No diría que fueron consecuencias graves.

—Oh, no —aseguró—. Mi esposo es un hombre muy comprensivo.

Al menos, una vez cada tantos años.

—Me alegro. Reflexioné sobre ello en la noche y temí que… bueno, que pudiera haber reaccionado mal contra usted. No he oído cosas agradables de él.

Rosemary se tensó.

—Chismorreos sin fundamentos.

—¿Está segura?

—¿Hay algo que quiera decirme, señor? —preguntó, crispada.

—Sí.

Para su sorpresa, se levantó y caminó hasta la puerta, la cual cerró después de echar un vistazo afuera.

—No creo que eso sea apropiado —chilló Rosemary, poniéndose de pie.

Si algún sirviente se daba cuenta…

—No puedo arriesgarme a que me escuchen —se justificó él —. Milady, necesito confesarle algo: No soy quien usted cree.

Ella parpadeó, sin entender. ¿Había perdido el juicio?

—¿Disculpe?

—Mi verdadero nombre es Matthew Aldridge, ¿le suena mi apellido?

Rosemary intentó recordar. Sí, se le hacía familiar, pero no lograba recordar dónde…

—Mi hermana se llamaba Poppy —añadió.

Rosemary sintió que le flaqueaban las piernas. Requirió de toda su fuerza de voluntad para mantenerse erguida.

—Ella fue la anterior esposa de Mowbrat. Ella fue la mujer que él mató.

Lo dijo con tanta seguridad que Rosemary tuvo que sentarse. Una cosa era saber que los rumores estaban allí, y otra escuchar a

alguien afirmarlo con tanta certeza. Quizás le habría afectado menos si quien lo dijera no fuera el hermano de la fallecida.

—¿Tiene alguna prueba de lo que dice?

Intentó mantener la compostura en su voz. Le había costado mucho aceptar ese matrimonio, estaba empezando a ser feliz, se negaba a volver a tener dudas que no fueran fundamentadas.

—No —respondió, decaído—, pero lo sé. Llegó a mis oídos que su muerte fue extraña. Había sobrevivido al parto, pero murió casi dos meses después, de improviso. Paro respiratorio, dijo el doctor. Pero Poppy siempre gozó de buena salud, y nadie dijo antes que estuviera enferma. ¿No le parece extraño?

Sí. La muerte de Poppy era un enigma que Rosemary aún no había logrado resolver. Dominik no quería hablar de ello, y poco sabían otros de la dama. Sin embargo, no podía imaginar a Dominik deshaciéndose de ella. No cuando sabía que había sido su único amor.

—Él la amaba —le dijo Rosemary con calma, aunque las palabras le recordaban algo que quizás ella nunca tendría—. La amaba de verdad.

—¡Pero no pudo perdonarle que no tuviera un hijo! —gritó este, perdiendo los estribos—. El doctor dijo que era riesgoso que Poppy volviera a embarazarse. Eso no le convenía.

—A Dominik no le importa tener un heredero —explicó Rosemary.

—¿Cómo lo sabe?

No le iba a divulgar las conversaciones que había tenido con su esposo a un desconocido, mucho menos las circunstancias de su vida íntima. Tenía que convencerlo de otra manera.

—Solo lo sé.

—La ha engañado, como la engañó a ella —dijo, desesperado —. Le advertí a Poppy que no se casara con él, que dos mujeres muertas era algo extraño, pero ella creía en él.

—Un hombre puede tener mala suerte, señor Aldridge.

—No esa mala suerte. Puedo creer que la muerte de su primera esposa fue un suceso desafortunado. Pero la segunda se

cayó de un caballo y la tercera murió de improviso. ¿Le parece lógico, milady?

—¡Basta!

A Rosemary le empezaba a doler la cabeza. Las acusaciones del señor Aldridge despertaban ese miedo primitivo que tanto la había hecho recelar de Dominik, y no quería.

—Tiene que irse. Tiene que marcharse antes de que haga lo mismo con usted. Yo puedo ayudarla.

La propuesta la descolocó. A su cerebro le costaba procesar cómo una simple visita de un conocido había pasado a un ofrecimiento de ayuda para escapar de su marido. Observó al señor Aldridge. Se veía desesperado. No podía dudar de que él creía que estaba haciendo lo correcto. Pero eso no fue lo único que le llamó la atención.

—Usted fue el autor de las notas, ¿verdad?

Él asintió.

—Intentaba mortificarme —replicó, furiosa. Se puso de pie—. No tiene derecho a venir a mi casa con acusaciones sin fundamento sobre mi esposo y proponerme un plan tan absurdo.

—Poppy y yo éramos mellizos —confesó, con la mirada perdida—. Yo sé que ella no murió de forma natural. No tengo pruebas, pero lo sé. Él le tuvo que haber hecho algo y yo no pude ayudarla porque ni siquiera estaba en Inglaterra. Es algo que me reprocho día tras día. No puedo traer a mi hermana de regreso, pero puedo intentar salvarla a usted.

—¿Quién dice que deseo ser salvada?

—Sé su historia. Sé que la obligaron a casarse y no dudo que él mismo haya planeado ese ardid para conseguir otra mujer que le pudiera dar el tan ansiado hijo. Quizás ahora no lo vea. Tal vez intente ser amable para ganarse su cooperación, pero si le falla, no sé qué pueda pasarle.

—Se equivoca…

—Me iré de aquí mañana. No puedo forzarla a venir conmigo, pero sí la insto a reflexionar. Tengo dinero suficiente para sacarla del país, hacerla pasar por viuda en algún pequeño pueblo de Francia. Me encargaré de usted, se lo prometo. Incluso puedo hablar con su

familia para que no tenga que cortar la comunicación con ellos, pues entiendo que están unidos. Piénselo. Si decide aceptar, la esperaré esta noche a las afueras de la propiedad, al inicio de la carretera que lleva al pueblo. Aún puede ser feliz.

Rosemary no supo qué responder y él tampoco esperó una contestación de su parte. Caminó hacia la puerta y se marchó, dejándola conmocionada.

«Está loco», fue lo primero que pensó cuando logró hilar las ideas.

Aunque quizás esa no fuera la mejor palabra para describirlo. Ciertamente, su propuesta era una locura, pero estaba basada en un sentimiento que nada tenía que ver con haber perdido la cabeza: la culpa.

Esa era la sombra que Rosemary siempre había visto en sus ojos, la oscuridad que le impedía ser por completo encantador. Era un hombre atormentado por la culpa.

Atónita, se dejó caer en el sillón y respiró hondo para tranquilizarse. Le hubiera gustado decir que la conversación no la había afectado en lo absoluto, pero sería mentira. ¿Cómo podía estar tranquila? El hombre, con su acusación, no solo había ido a desestabilizar la vida que por fin estaba aceptando, sino que le lanzaba una propuesta de huida como si fuese algo trivial.

Quizás hacía dos meses la Rosemary que estaba desesperada habría aceptado sin dudar. Sin embargo, ella no podía hacerlo. No cuando estaba enamorada de Dominik.

Admitirlo fue más fácil de lo que creyó, aunque le sería difícil decir cómo sucedió. Supuso que en algún punto de su convivencia ese carácter gruñón empezó a tener encanto para ella, sobre todo cuando se dio cuenta de que tenía base en lo que había vivido. De pronto, su forma de ver la vida no le parecía despreciable, sino diferente, y la forma inconsciente en que la protegía le parecía encantadora. Había sido odioso con ella, pero nunca cruel. Y tenía que admitir que había tenido paciencia.

«He caído como una tonta», pensó. Enamorarse de un hombre que ya había conocido al amor de su vida no había sido su decisión más inteligente. Rosemary no era de las que creía que

alguien podía amar dos veces, pero a ese punto, tenía dos opciones: lamentarse por su destino o tener la esperanza de que la quisiera, aunque fuera un poco. Como no era pesimista, se dijo que pondría todo su esfuerzo en lo segundo.

Observó el lugar por el que había salido el señor Aldridge. ¿Por qué estaba tan convencido de que Dominik había matado a su hermana? Si fuera familiar de Beatrice, habría podido entenderlo. Pero no cuando hablaba de Poppy. ¿No había sido testigo del amor que se tenían? Quizás no. Había comentado que estuvo fuera del país, así que, a lo mejor, no pudo presenciarlo. Él no la había escuchado hablar de ella. No había visto lo que todos habían visto.

Pero ¿y si tenía razón? Dominik no le había dicho cómo había muerto Poppy.

No. Acalló a la voz insidiosa que quería hacerla dudar. Él no había matado a nadie, mucho menos a Poppy, y lamentaba que el señor Aldridge lo creyera. Tener sentimientos por Dominik también implicaba una necesidad de defenderlo.

—Si tan solo me hubiese dado la oportunidad de explicarle…

Tal vez aún pudiera hacerlo. Podría asistir a la cita esa noche, informarle que no se iría con él y tratar de convencerlo de que olvidara el asunto.

Y si no lo lograba, al menos esperaba persuadirlo para que no difundiera rumores que crecían de pruebas sólidas. Dominik no merecía que siguieran hablando de él.

No merecía sufrir más.

Sally sintió que la puerta se abría y se escondió en la oscuridad del pasillo. El visitante no la vio, pero ella sí fue capaz de detallarlo bien. Joven, de cabellos negros y tez pálida. Demasiado apuesto para que tomar el té con él fuera indecente, sobre todo a puertas cerradas.

—Sabía que no era una buena mujer —murmuró para sí.

Rememoró lo poco que había escuchado de su conversación. No fue mucho, puesto que la puerta cerrada dejaba escapar pocos sonidos, sin embargo, cuando había perdido la fe de escuchar algo, él empezó a alzar la voz.

Al principio, fueron palabras sueltas. «Hijo», «hermana», «muerte». Para Sally, estas no tenían ningún sentido, hasta que escuchó la palabra «huida». Había pegado la oreja a la puerta para oír mejor, pero las palabras que llegaban a sus oídos no lograban formar una oración coherente. Sin embargo, escuchó lo suficiente para saber que él le estaba proponiendo que huyeran juntos. La respuesta de ella no la había oído y eso era lo que le impedía elaborar un plan.

Podía ir y decirle a Dominik su teoría, pero no estaba segura de lo dispuesto que estaba él a creerle después de su pequeña travesura. Además, si la delataba, Dominik podría detenerla, y Sally quería que ella se fuera.

Había amado a Dominik desde que tenía ocho años, cuando la consoló en el funeral de su padre y le prometió que todo estaría bien. Acababa de enviudar por segunda vez, la gente había empezado a hablar sobre la muerte de sus esposas, pero Sally nunca creyó que el hombre que le había ofrecido galletas y la había abrazado fuera capaz de eso. Nadie lo entendía, solo ella, y por eso merecía ser su mujer. Cuando se casó por tercera vez, quedó destrozada. Cada vez que lo observaba abrazarla, mirarla con cariño, sonreírle, Sally creía que ese debía ser su lugar, y cuando aquella mujer dijo que estaba embarazada, lloró toda la noche. Se estaba resignando a que había perdido cuando ella murió.

Aunque Dominik quedó destrozado, Sally lo vio como una reafirmación de que el destino de ambos estaba enlazado. Solo necesitaba esperar unos años, a que creciera más, y podrían ser felices.

Entonces, había llegado ella. Para Sally fue evidente desde que apareció en esa casa que no lo amaba. A diferencia del matrimonio anterior, ambos estaban distantes, serios. Se enteró después por la señora Prescott que su matrimonio no había sido planeado, y supo que no podía renunciar a Dominik por culpa de una mujer que ni siquiera lo quería.

El plan de asustarla con fantasmas se le había ocurrido después de escucharlos hablar sobre eso fuera de su habitación. Sally se había sentido indignada de que ella lo creyera un asesino y

decidió que no merecía ni una oportunidad. Había tardado un poco en llevarlo a cabo y sintió la esperanza de tener éxito cuando, después de la primera aparición, ella estuvo preguntando, nerviosa, sobre el tema. Creyó que, si la asustaba lo suficiente, ella se querría ir, y sabía que él no la detendría. El asunto de que siguieran casados no era un problema para Sally, quien podía aceptar ser su amante siempre y cuando Dominik la quisiera. Con un poco de suerte, volvería a enviudar.

Pero, entonces, él la había descubierto. Y quería sacarla de la casa.

Sally no se imaginaba sola en un colegio con gente que no conocía. Al menos allí los sirvientes eran sus amigos y estaba Dominik. Pero en un colegio era diferente. Habría hijas de buenas familias que la mirarían por encima del hombro, gente con la que no podía congeniar porque nunca había sido buena para hacer amigos.

No quería ir y, si deseaba evitarlo, debía buscar la manera de ganarse la confianza de Dominik.

Evaluó sus opciones. Aunque omitir que se iría podría ser conveniente, delatarla podría serlo aún más. Existía el riesgo de que él se lo impidiera, pero Sally le habría hecho ver que era una mala mujer y tal vez la mandara a otro sitio. Volvería a confiar en ella y ya no la mandaría a esa horrible escuela.

Ahora bien, primero tenía que confirmar que ella de verdad fuera a escapar. No podía permitirse quedar como una idiota con Dominik. Había escuchado que el desconocido la instaba a irse esa noche. Vigilaría su habitación para poder saber cuál era su decisión e informar.

Esperaba que decidiera irse. Lo deseaba con toda su alma.

Rosemary le dijo a Dominik que se sentía indispuesta para que no la siguiera a su habitación. Se sentía mal por la mentira, no creía que le gustase su plan.

A ella tampoco le gustaba. La parte más irracional de sí temía que ni siquiera la dejara hablar y la montara en el carruaje creyendo que había accedido a su absurdo plan. Lo más sensato sería no asistir, pero Rosemary no se podía quitar la sensación de que su

conversación había quedado inconclusa. Tenía que, al menos, hacerlo entrar en razón, para que pudiera estar en paz.

Cuando el reloj marcó las once, Rosemary tomó su abrigo, respiró hondo, y salió de su habitación. No se fijó en los ojos llenos de satisfacción que la siguieron.

Sally aguardó con paciencia unos cinco minutos desde que se marchó para ir a tocarle la puerta a Dominik.

—Pasa.

Sally lo hizo.

Dominik, que había estado a punto de quitarse la camisa para irse a dormir, se quedó perplejo cuando la vio.

—¿Qué diablos…?

—Me dijo que pasara —le recordó Sally.

—Creí que era Rosemary quien tocaba. ¿Qué haces aquí? Deberías estar dormida.

Dominik se sintió inquieto, como hacía tiempo no le pasaba. Quizás si Rosemary no hubiera sembrado en él la teoría de que la niña estaba enamorada de él, no le preocuparía tanto su presencia allí.

—Tu esposa te ha abandonado —dijo sin tapujos.

Al principio, Dominik creyó que no había escuchado bien, o que le estaba haciendo una broma. Sin embargo, la seriedad de su expresión descartaba lo último. La única posibilidad era que hubiera perdido el juicio.

—Sally —dijo con cuidado—. Estás confundida.

—No lo estoy —dijo con terquedad—. Esta tarde vino un hombre, le propuso huir y ella acaba de salir de su habitación para encontrarse con él.

Dominik ni siquiera lo pensó. Caminó con rapidez hasta el cuarto de Rosemary. Cada paso se sentía más pesado. Su corazón latía rápido, mientras intentaba convencerse de que era una mentira.

¿Por qué? ¿Por qué lo haría?

Abrió la puerta, esperando encontrarla acostada en la cama, pero el fuego de la chimenea solo le mostró una habitación vacía.

—Te lo dije —comentó Sally con satisfacción.

Dominik la hubiera ahorcado de haber tenido menos autocontrol. Sus emociones estaban al borde de un abismo, a punto de llevarlo a la locura.

¿Por qué?, se preguntó.

La traición se sentía muy amarga, incluso más que la muerte. Se sabía que a la segunda no podía desafiarla. Era cruel, injusta, llegaba de improviso, pero no engañaba. La traición, en cambio, dolía por la mentira, por las ilusiones rotas. Por la creencia de que se estaba bien cuando, al parecer, no era así.

—¿Con quién? —le preguntó a Sally. Su voz era calmada. Demasiado, y eso la engañó.

—¿Acaso importa? No es una buena mujer. Deberías dejar que se vaya con él.

Sally no esperó que la mano de Dominik le agarrara el brazo con brusquedad. Sus ojos habían perdido calidez. Y cordura.

—Aunque ella se fuera, tú no ocuparías su lugar —dijo con crueldad. No estaba de ánimos para ser empático ni resguardar sentimientos ajenos, sobre todo cuando los suyos estaban hechos pedazos—. ¿Con quién se fue? —preguntó, de nuevo, haciendo énfasis en cada palabra.

Sally sintió que las lágrimas llenaban sus ojos. La brusquedad de su tono y la fuerza de su mano presionando su brazo habían empezado a asustarla. No había esperado que se lo tomara bien, pero tampoco así de mal.

—Era un caballero de tez clara y cabello negro —dijo—. Joven y apuesto.

—Calloway —musitó.

Se sintió muy estúpido en ese momento. Si Rosemary se había fugado con él, se debían de haber visto más veces de las que ella hubiera estado dispuesta a admitir.

Dominik todavía no podía creerlo. Durante días, había creído que todo estaba bien. Había tenido esperanzas. Rosemary le había dado a entender que aceptaba su nueva vida, que estaba dispuesta a que su matrimonio funcionara, y él, a pesar de sus recelos, le había dado una oportunidad.

Pero la vida no podía ser tan buena con él. Estaba claro que debió de haberla ofendido de una forma terrible, porque cada jugada que le hacía era peor que la anterior. La muerte dolía, pero la traición desgarraba.

¿Cómo había osado creer que el destino iba a dejarlo ser feliz?

—¿Dónde se iban a encontrar?

—Fuera de la propiedad, al principio de la carretera.

Dominik asintió. Hizo ademán de caminar hacia la puerta cuando un leve gimoteo llamó su atención. Robbie salió de entre las sombras en donde había estado tomando su siesta y caminó hacia él lentamente, su cola apenas se movía en señal de alegría.

¿Lo había abandonado?

No podía creerlo. No la veía capaz.

Pero tampoco la había visto capaz de cometer esa traición. Dominik había creído en su sonrisa dulce, sus ojos pícaros y su alma pura.

Aun, una parte de él, creía en eso, le gritaba que era un malentendido.

Deseaba que lo fuera. Robbie se paseó entre sus piernas, pero Dominik estaba demasiado centrado en sus pensamientos para prestarle atención.

—¿Vas a ir a buscarla? —preguntó Sally. Lo miraba con cautela.

Dominik no le respondió. Caminó hasta la puerta y salió de la habitación.

Tal vez debería dejarla marchar, demostrarle que no le importaba lo suficiente para traerla de vuelta.

Esa hubiese sido una situación que su orgullo celebraría, pero había otros sentimientos haciendo peso en la idea de encontrarla. Necesitaba ver con sus ojos que ella se iba con él. Necesitaba convencerse de que era cierto y, entonces, quizás la dejara marchar.

O quizás no.

Lo decidiría en el momento.

Capítulo 20

Hacía mucho frío o, al menos, quería convencerse de eso, ya que admitir que estaba temblando porque tenía miedo no la ayudaría a continuar. Azuzó las riendas de Luz, instándola a ir más rápido. Había sido fácil sacarla de las caballerizas. A esas horas no quedaba ningún mozo en los alrededores, y ni siquiera los caballos estaban despiertos.

—Al menos he podido montarte de nuevo sin compañía —le dijo a la yegua con humor.

Esta relinchó en respuesta.

El final de la propiedad se materializó en el horizonte y la luna le dejó entrever lo que parecía la silueta de un carruaje estacionado en el camino que los árboles bordeaban.

Rosemary respiró hondo y continuó. A medida que se acercaba, sus nervios eran más difíciles de controlar. ¿Y si regresaba? Él tendría que entenderlo como una negativa.

O no.

Le había dicho que lo haría, pero era difícil creerle con la desesperación por salvarla que mostraban sus ojos. Necesitaba asegurarse de que la dejaría en paz.

Y de que no difundiría rumores sin fundamentos.

Movió las riendas para instar a la yegua a ir más rápido, aunque siempre con precaución. La luna estaba menguante y apenas podía ver por dónde iba.

Cuando por fin llegó al punto acordado, lo buscó con la mirada.

El señor Aldridge se bajó del carruaje estacionado justo al inicio de la carretera. Vestía completamente de negro, como si buscara camuflarse con el ambiente, y su sonrisa mostraba alivio. No se escuchaba nada alrededor, solo el sonido de las hojas agitadas por la brisa.

—Milady, me alegra que haya venido.

—No me iré con usted —le aclaró Rosemary. Él abrió los ojos, sorprendido—. He venido a decírselo personalmente, y… a pedirle que entre en razón.

—¿A qué se refiere?

—Está equivocado. Dominik no mató a su hermana.

Él apretó los dientes.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—¿Cómo puede estar tan seguro usted? —replicó ella—. Ellos se amaban. Todos lo veían.

—Si no la mató él, entonces, ¿cómo murió? —preguntó, su voz se había elevado—. No supe de ella desde que perdió el bebé. Estaba en América por aquella época. Le escribí y jamás me contestó. Mi hermano mayor me dijo que había venido a verla, me prometió que estaba bien de salud, solo un poco triste. Entonces, ¿qué pasó? Ni siquiera pude llegar a tiempo a su funeral.

La última frase la dijo en un murmullo apagado, triste. El peso de la culpa ahogaba sus palabras.

—No he sido capaz de ver su tumba desde entonces. Creo que me resigno a creer que esté muerta. Ella estaba bien. Si estaba bien, ¿cómo murió?

La voz se le había vuelto ronca. Perdía la batalla contra las lágrimas. Rosemary se tomó el atrevimiento de colocar su mano sobre su hombro para consolarlo.

—Él no la mató.

—¿Se ha enamorado de él?

—Sí —respondió sin dudar.

—El amor es ciego, milady.

—Al contrario. Diría que te da otra perspectiva. También lo creía, ¿sabe? Que era un asesino. Estuve a punto de huir el día de mi boda por esa estúpida nota que me envió. Pero me alegra no haberlo hecho. Él es más de lo que hablan. También sufre, también siente, también ama, y alguien que hace todo eso, no puede ser un asesino. Por favor, olvide esa idea, continúe en paz. No puedo decirle por qué murió Poppy, es algo que deberá preguntarle a él.

—¿Cree que me dirá la verdad? —preguntó con sarcasmo.

—Sí, porque necesita decirla tanto como usted necesita saberla.

Rosemary no había querido presionar a Dominik con ese tema porque entendía que era delicado para él. Sin embargo, sabía que el

secreto de esa muerte aún le atormentaba. De vez en cuando lo atrapaba pensativo, aislado, con esa expresión de pesar que tanto se esforzaba en ocultar.

Él sonrió con tristeza.

—Mi instinto me dice que la saque de aquí y la lleve conmigo.

—Temo que, si hace eso, sí tendré que cometer un asesinato.

La voz de Dominik llegó desde los árboles, sombría, oscura y helada.

Cuándo había llegado, era un misterio, pero su expresión hizo que Rosemary quisiera salir huyendo.

—Mowbrat —dijo el señor Aldridge, serio.

—Aldridge. Un gusto conocerte al fin.

Los hombres se dirigieron una mirada helada. La tensión se podía cortar con un cuchillo. El señor Aldridge observaba a Dominik con algo similar al odio, y la mirada de este no era diferente.

Rosemary carraspeó.

—Dominik, puedo explicarlo.

—No es necesario. Escuché gran parte de su conversación.

—Entonces, ¿pondrás fin a mi dilema y me dirás cómo murió mi hermana? —preguntó con resquemor.

—Un paro respiratorio.

Rosemary quiso zarandearlo.

—Quizás sea mejor que los deje solos.

Le dolía pensar que el motivo por el que no quería hablar era ella, pero estaba dispuesta a marcharse en pro de la paz.

—No se te ocurra —dijo él, furioso.

—No quieres decírmelo porque te deshiciste de ella.

—Señor Aldridge —intervino Rosemary—. Creo que con acusaciones de esa índole no vamos a…

—¡Se suicidó!

El silencio se instaló entre los tres mientras las palabras eran interpretadas por los oyentes. El señor Aldridge había perdido el color y Dominik tenía todos los músculos del cuello tensos. Luchaba por contenerse, pues era la primera vez que se atrevía a pronunciar esas palabras en voz alta y el dolor del recuerdo amenazaba con desbordarlo.

—No —musitó Aldridge—. Mientes.

—No pudo soportar la pérdida de nuestro hijo. Estaba triste. No quería comer, apenas dormía.

—¡Mientes!

—Tu hermano la vio —continuó Dominik—. No era la Poppy de siempre. Un día, tomó una sobredosis de morfina. No pudimos salvarla.

Aldridge se pasó las manos por la cabeza. Empezó a caminar de un lado a otro, quizás intentando manejar sus emociones.

—¿Por qué no lo dijiste?

—¿Para que se esparciera el rumor? ¿Para que me obligaran a enterrarla en una tierra abandonada por Dios porque nadie podía entender su decisión?

Dominik había empezado a alzar la voz.

—Tu hermana te necesitaba —espetó—. ¿Dónde estabas cuando lloraba todas las noches? ¿Cuando no quería levantarse en las mañanas? Te fue más fácil echarme la culpa, como todos, e inquietar a mi mujer con esas estúpidas notas.

—¿Cómo…?

—Poppy siempre te escribía. Reconocí tu letra desde la primera misiva, mi error fue no haberte reconocido cuando nos vimos por primera vez. Es fácil aparecer ahora, ¿verdad, Aldridge?

—Dominik, basta —pidió Rosemary en un susurro conciliador.

El señor Aldridge tenía cara de alguien que acababa de ser apuñalado. Dominik, quien estaba harto de la vida.

—Yo…

No fue capaz de pronunciar palabra. Se giró y se montó en el carruaje. En menos de un minuto, su carruaje desaparecía en el horizonte. Rosemary se acercó a su esposo y le puso una mano sobre el hombro. Se sorprendió cuando él la abrazó.

—No fui suficiente. No fui suficiente para instarla a quedarse.

Su voz era ronca. Contenía el llanto.

Rosemary lo abrazó con fuerzas. Quería consolar a su esposo, a ese hombre que se sentía impotente por no haber podido salvar a la mujer que amaba.

—He escuchado de varias personas que se quitan la vida. Creo que entran en un estado en el que no piensan con claridad. No habrías podido hacer nada. Lo siento mucho, Dom.

Rosemary se sentía muy mal por haber desconfiado de él durante tanto tiempo. Había sacrificado su reputación para que la difunta no estuviera en boca de todos y pudiera descansar en paz. No se comportaría como un caballero ideal, pero tenía más bondad que muchos que presumían de hacerlo.

Se separaron lentamente y regresaron a la casa en silencio. Rosemary fue viendo en su expresión cómo la caminata iba relajando sus músculos. Poco a poco, los pensamientos negativos se alejaban. La culpa no era algo que desaparecería de un día a otro. Al igual que el señor Aldridge, el fantasma de lo que pudo haber pasado si hubiera hecho algo diferente lo atormentaría por un tiempo, pero Rosemary confiaba en que podía hacerlo olvidar.

Cuando llegaron a la casa, ella se disponía a ir a su habitación. Creía que ambos querían descansar, pero eso no estaba en los planes de Dominik.

—No pienses que olvidaré que me has mentido y te has escapado de noche a ver a otro hombre.

Rosemary hizo una mueca de disgusto.

—¿Cómo te enteraste?

—Hay una espía muy confiable en esta casa.

Ella arrugó el ceño.

—¿Cuándo dijiste que la ibas a mandar al colegio?

—Quizás la deje aquí, para que me informe cada vez que mi esposa cometa una tontería. ¿En qué estabas pensando?

—Consideré apropiado ir a rechazar su propuesta en persona.

—Creo que, si faltabas a la cita, se hubiera dado por entendido.

—Si faltaba a la cita, no habría podido intentar convencerlo de que no eras un asesino —siseó con disgusto.

La expresión de Dominik se ablandó. Cuando había llegado al punto de encuentro, estaba furioso. Sin embargo, tuvo la prudencia de no intervenir de inmediato, sino de escuchar. La había oído

defenderlo y había escuchado otras declaraciones con las que ni siquiera se atrevía a fantasear.

—¿Cuándo dejaste de creerlo?

—Quizás cuando me enamoré de ti.

Rosemary nunca había sido de las que ocultaban sus sentimientos. Si estaba triste, lo expresaba, si estaba molesta, también. Por ende, no vio razón para no decirle la verdad, sobre todo porque él debió de haberla escuchado.

Dominik dio un paso hacia ella. La declaración se repetía en sus oídos como una oración que no se atrevía a creer.

—¿De verdad creíste que me iría con él?

—Era mi mayor temor —le confesó con sinceridad.

Temía perderla, y solo se teme perder lo que se ama.

—Sabes, cuando conocí a Poppy, siempre supe que tendría una vida tranquila con ella. A ambos nos gustaba el silencio, nos entendíamos solo con miradas. Sabía que al fin tendría paz. Cuando te conocí a ti, creí que mi vida estaría llena de caos, y no me equivoqué. —Guardó silencio un segundo, solo para deleitarse con su expresión de horror—. Nunca te callabas, replicabas a todo y te gastaste una fortuna en muebles, pero también trajiste a esta casa algo que no había desde hacía mucho tiempo: vida. Y ahí entendí que el amor se manifiesta de formas distintas y que puedes complementar con alguien muy diferente a ti. Te amo, Rosemary, aunque intenté no volverme a ilusionar, aunque traté de mantener las distancias, aunque mi sentido común me gritaba que te alejara, te has metido dentro de mí.

—Te faltó decir que has luchado contra las expectativas de tu familia, mi inferioridad social y tu posición y circunstancia —acotó ella, divertida.

—No entiendo.

Ella se rio.

—No importa. Oh, Dom, ¿crees que esto pueda funcionar?

Él le acarició la mejilla.

—Creo que podemos hacerlo funcionar.

La besó para reafirmar lo dicho.

«Funcionará», pensó Rosemary. O moriría en el intento.

Epílogo

Tres meses después

Dominik estaba sentado en su despacho cuando Rosemary entró. Tenía una sonrisa radiante, aunque eso era natural en ella, y lo miraba como quien estaba a punto de darle una buena noticia.

Se preocupó. Una buena noticia para Rosemary no siempre era una buena noticia para él.

—Ha venido el doctor.

Eso definitivamente no sonaba como una buena noticia.

—¿Por qué? ¿Estás bien? ¿Por qué nadie me dijo nada?

Empezaba a sentirse intranquilo. Un doctor. Nada bueno podía traer la visita de un doctor.

—Nadie te comentó nada porque pedí que no lo hicieran. Quería que fuese una sorpresa.

Una sorpresa de Rosemary definitivamente no era una buena sorpresa para él, pero su sonrisa era tan linda, que decidió darle el beneficio de la duda.

—Vamos a tener un hijo.

Bien, esa sí era una sorpresa, pero le estaba costando encasillarla en buena o mala.

La sonrisa de Rosemary perdió un poco de su esplendor ante su falta de respuesta. Se acercó a él y se inclinó sobre la mesa inclinó sobre la mesa del escritorio. Desde esa vista, Dominik podía notar que sus pechos estaban ligeramente más grandes.

—¿No estás contento, Dom?

—Por supuesto.

Lo estaba, pero también tenía miedo, y el miedo era más fuerte que la alegría.

Dominik ya había perdido a un hijo, y a una esposa que no había podido aceptar la muerte de ese hijo. La cantidad de mujeres de las que había escuchado que habían muerto en el parto vinieron a su mente, como un terrible presentimiento.

Rosemary, quien ya había aprendido a leer su silencio, caminó hasta él y se sentó en su regazo.

—Todo va a salir bien, Dom. ¿Confías en mí?

Confiaba en ella, pero no confiaba en la vida. A veces, todo parecía demasiado bueno.

—Hay que vivir el presente, ¿recuerdas? Y ¿Por qué no tener un poco de fe? Cuando empecé a tener esperanzas de que esto funcionara, al final funcionó.

Rosemary sabía que sus palabras apenas surtían efecto en él. No podía arrebatarle el miedo, no después de lo que había vivido, pero podía intentar dar un poco de esperanza.

—¿Tendrás fe? Por mí y por nuestro hijo.

Dominik supuso que, si alguien se merecía su esperanza, eran ellos.

—Sí —musitó—. Confío en que todo saldrá bien.

Rosemary sonrió.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, señalando la nota en su mano.

Esperaba que no fuera otro anónimo. No había vuelto a ver a Aldridge desde aquella noche, pero hacía algunas semanas, habían recibido una carta de él, donde expresaba sus más sinceras disculpas por las molestias ocasionadas. No expresó más nada. Ni como se sentía, ni a que conclusión había llegado, pero, al menos, se había disculpado.

Esperaba que no apareciera otro familiar furioso intentando sabotear su matrimonio.

—Oh, es de Becca —dijo, y procedió a abrirla—. Llegó esta mañana, pero, con la emocionante noticia, se me había olvidado leerla.

Abrió la nota y la leyó:

Querida hermana, me gustaría anunciarte la feliz noticia de que me he comprometido. Sin embargo, no es feliz, puesto que no he querido este compromiso. Explicarte cómo llegué a esta situación requeriría más de una hoja, así que solo diré que fui víctima de una vil traición proveniente de alguien a quien llegué a considerar un amigo. Quisiera que te apiadaras de mí y me recibieras en tu casa unos días, mientras evalúo que cómo puedo solventar el pequeño inconveniente en el que me he metido por un afán de venganza.

Siempre tuya, Becca.

—Oh, Becca —musitó Rosemary.

Le tendió la carta a Dominik, quien frunció el ceño.

—No.

Ella lo miró, furiosa.

—Es mi hermana.

—Y con gusto iremos a Londres para su boda, pero no puedes apoyar esta locura.

—¿Por qué no?

—Porque no es algo que esté en nuestras manos solventar. Tu hermano, sin duda, no estará de acuerdo, y si viene a buscarla, no podré detenerlo.

—De Raymond nos encargamos nosotras.

—Rose…

—No puedo negarle mi ayuda.

Estuvo a punto de decirle que a ella le hubiera gustado que alguien la apoyara, pero la prudencia se impuso a último momento. Él, sin embargo, leyó las palabras en su mirada.

—Tiene que enfrentarlo, Rose, igual que lo hiciste tú. Así es la vida. —Ante su mirada de desconsuelo, suspiró—. Podemos recibirla aquí, pero sería conveniente que la hicieras desistir de cual sea la idea absurda que esté pasando por su cabeza. No va a llegar a ningún lado sola.

Tenía razón y Rosemary lo sabía. Al menos, cuando planeaban su huida, se tenían una a la otra. Pero sola, el camino era más duro. Una mujer no tenía muchas opciones si caía en desgracia.

—Oh, Becca —murmuró—. ¿Cómo te metiste en este problema?

—Quizás no salga tan mal —le dijo Dominik—. ¿Por qué no tener un poco de fe?

Rosemary sonrío con tristeza.

—Supongo que es verdad. Si lo nuestro salió bien, su situación puede tener un final similar. Si al menos supiera quien es su prometido…

Había estado hablando con Becca con frecuencia, pero jamás mencionó nada de que tuviera un amigo, o de una venganza. Para algunas cosas, su hermana era bastante reservada.

—Si se viene a visitarnos, te aseguro que no tardaremos en descubrirlo —dijo con humor.

Rosemary lo abrazó.

—Gracias Dom.

—Me has vuelto blando.

—No es blandura, es empatía. Y creo que siempre has tenido buenos sentimientos, solo que habías construido un muro de piedras delante de ellos.

—Y tenías que venir a destruirlo, ¿no es así?

Ella se rio.

—Estás mejor sin él.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Te atreves a decirme que no es así?

Él no pudo hacerlo.

—Te amo, Rosemary Morgan, aunque solo Dios sabrá por qué.

—Te amo, Dominik Morgan. Pero, a diferencia de ti, yo sí sé por qué.

Ambos se rieron, y, con un beso, se lograron decir por qué se amaban.